

May Angel

DAMA
BELTRÁN



zafiro[♥]

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
DEDICATORIA
CITA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

BIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Thomas Sanders y Virginia Wallace quedaron unidos en el pasado por una apuesta, pero cada uno siguió su camino imaginando que lo sucedido no alteraría sus vidas.

Sin embargo, cinco años después se reencuentran en un remoto pueblo cerca de Texas. Durante este tiempo, Thomas ha intentado rehacerse de las secuelas que le produjo una ruptura matrimonial que lo llevó a la autodestrucción. Virginia, por su parte, observa cómo su mundo laboral se trunca y es apartada, sin poder remediarlo, a un lugar cuya existencia desconoce y donde se reencontrará de nuevo con el hombre que la dejó marcada para siempre.

Con el paso de los días, las vivencias entre ellos se hacen más intensas, fuertes e íntimas. Sin embargo, justo cuando Tom cree que puede conseguirla y alcanzar la ansiada felicidad, Virginia se aleja de él de nuevo.

¿Podemos huir de nuestro destino? ¿Será capaz Virginia de vivir apartada de ese cowboy rudo, dominante y enigmático?

Para mis damitas

Sólo en la más absoluta oscuridad podrás ver la luz que dirija tu camino.

DAMA BELTRÁN, octubre de 2017

PRÓLOGO

Cinco años antes...

Al final terminó sentado, otra vez, frente a la barra de un bar bebiendo su cuarto o quinto whisky. Todo por lo que había luchado se iba al traste y, en vez de mantenerse sereno, se dedicaba a revolcarse en su propia miseria, lamentándose por lo que deseaba y no había conseguido. Agachó la cabeza, dejó que el sombrero le ocultara el rostro y tomó de un trago el resto del licor. Sin alzar la mirada, retiró el vaso hacia la derecha y la camarera entendió que deseaba verlo de nuevo lleno. De repente, la puerta principal se abrió, dejando que el humo del tabaco abandonara el interior del local y entrara algo de oxígeno. No se habría dado la vuelta, no estaba para nada. Sin embargo, las risas de quienes habían llegado picaron su curiosidad. Mirando de reojo, observó a un nuevo grupo que se había sentado al fondo del local. Se trataba de cinco chicas jóvenes que se carcajaban sin parar. Frunció el ceño y regresó a su necesitado momento de profunda decepción. Prefería seguir ahogando su pena con litros de alcohol a observar a unas niñas que se reían de la vida. Porque posiblemente eso era lo que estaba haciendo Amanda. Mientras él se mataba poco a poco, ella debía de vivir feliz, triunfante, al haber conseguido su propósito: arruinarlo. Tragó saliva y la nuez se movió en su garganta. Estaba dolido. Su situación era bastante penosa. Había perdido todo lo que un día había sido importante para él por amar a la persona equivocada. A pesar de las incesantes advertencias de quienes lo apreciaban e intentaban convencerlo sobre las intenciones de la mujer, él había caído en sus redes y se había dejado pisotear. Odiándose nuevamente, volvió la mirada hacia la estantería que tenía delante. Sus ojos sólo alcanzaban a observar

las botellas de whisky y meditaba sobre cuál sería el siguiente en terminarse. La camarera le acercó un vaso distinto repleto de cubitos sacados de la nevera que había bajo el mostrador. Lo observaba con tanta cautela mientras llenaba de licor el cristal, que estuvo a punto de derramarlo. Cuando ella se retiró para continuar con su tarea, Tom acercó la mano a la bebida y dudó si tomársela de un trago o darle una pequeña tregua a su dañado estómago.

—¡Hola! ¿Me pones seis tequilas? —dijo una de las jóvenes, que se había acercado a la barra para pedir la bebida.

«¡Joder!», exclamó Tom para sí al notar la presencia de la chica muy cerca de él. Tenía toda la barra libre y podría haberse puesto en otro lugar, quizá en el otro extremo, pero no, aquella alborotadora había decidido colocarse a menos de un metro de la única persona que no deseaba tener a nadie a su alrededor. Sin apartar la vista de la bebida y oculto bajo el sombrero, él quiso pasar desapercibido, pero, como es lógico, no lo consiguió. ¿Quién es capaz de no percatarse de la presencia de un hombre que ronda los dos metros, va vestido con una camisa de cuadros color sangre y lleva sobre la cabeza un sombrero lo suficientemente grande como para ocultarle el rostro? Así que la joven, tras ojearlo con detenimiento, se volvió hacia él, apoyó el codo derecho en la barra metálica y, sin dejar de exhibir la sonrisa más sensual que tenía en su repertorio, llamó la atención de aquel a quien parecía no interesarle su compañía.

—¿Bebes solo?

—Mejor solo que mal acompañado, ¿no crees? —gruñó sin dejar de contemplar su vaso.

No deseaba iniciar una conversación que no quería que durase. Lo único que pretendía era pasar inadvertido y beber hasta que los pies fueran incapaces de soportar su peso. No obstante, esperaba que su tono y su desdeñosa respuesta fueran motivos suficientes para darle a entender que no quería a nadie a su alrededor. Sin embargo, ella parecía no captarlo.

—Quizá nadie ha merecido la pena hasta que yo he llegado. —La joven seguía sonriendo y no apartaba sus azuladas pupilas de él. La mejor defensa era un buen ataque, y ella era la mejor atacante del mundo.

—¿Putas? —soltó Tom sin mirarla.

«Si con esto no corres, me sorprenderás», pensó mientras levantaba el labio superior hacia la derecha.

—No, recién licenciada —contestó sin inmutarse ante la brusca insinuación del extraño.

—Ajá. Y piensas que celebrar tu nueva vida follándote al primero que te encuentras es una buena forma de comenzar esa etapa... —Alzó con suavidad el ala del sombrero y dejó que ella descubriera lo que se escondía bajo la sólida pieza de cuero oscuro.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Decidida, sin sentirse herida por las groseras palabras del desconocido, Virginia quería ganar la apuesta como fuese, y que el tipejo la hubiera llamado puta no era algo tan importante como para abandonar y salir huyendo.

Cuando sus amigas le habían planteado un desafío y ella lo aceptó, no imaginó que terminaría en un bar perdido de la mano de Dios, insinuándose a un extraño. Por eso, tras entrar en el local y conocer el siguiente reto, buscó al personaje más solitario e introvertido del lugar. La jugada era simple: una descarada insinuación, una rotunda negativa por parte de él y una sonora victoria para ella. Estaba cantado, nada podía salir mal. ¿Quién, en su sano juicio, aceptaría una insinuación así?

Tom la observó durante unos instantes en silencio. No debía de tener más de veinticinco años. Vestida con unos vaqueros ajustados y una pequeña camiseta anudada a la cintura, era un bombón deseando ser devorado. Sin mirar su vaso, alargó la mano izquierda, lo atrapó y, frente a ella, se lo bebió de un trago. «¿Hasta dónde quieres llegar? —se preguntó—. Porque no tienes ni idea de con quién te estás enfrentando...»

—Así que dudas. Bueno, no pasa nada, tal vez en otra ocasión... —dijo Virginia, satisfecha al creer que había ganado el desafío sin esfuerzo alguno.

—No lo estoy pensando... —aclaró Tom acercándose a ella y cogiéndole una muñeca—. Sólo dudo si tu invitación es real o es tan sólo una argucia femenina. —Dirigió la mirada hacia las chicas de la mesa, que los observaban con atención.

—Piensa lo que te dé la gana, pero tengo edad suficiente para hacer frente a mi proposición —explicó Virginia enojada. Parecía que la cosa no le estaba saliendo tan bien como pensaba.

—Pues si es así, y tan segura estás de ti misma, la acepto. Te espero en el almacén dentro de quince minutos —dijo Tom haciendo uso del poco

autocontrol que le quedaba.

La muchacha sonrió y, cuando él la liberó del agarre, caminó hacia sus amigas. Se sentó con ellas y no volvió a mirarlo.

Al cabo de un rato, Tom alzó la vista y observó, en el reloj redondo de la pared, que faltaban cinco minutos para el supuesto encuentro. Pidió la cuenta y, después de pagar, se levantó del taburete y se dirigió hacia la parte trasera del bar. Estaba seguro de que ella no acudiría, pero le demostraría a esa jovencita que con un tipo como él no se jugaba. Bastantes patadas en el culo le había dado ya la vida como para que una tipeja se riera en su cara por algo que había empezado ella misma. Se apoyó en la pared, echó la cabeza hacia atrás, haciendo que el sombrero se levantara un poco más, y colocó la suela de su bota izquierda en el muro. De pronto, una canción comenzó a sonar en el local. Arrugó la frente e intentó no pensar en los recuerdos que le traía Tim McGraw con su *I Need You*.

[1]

—Has venido... —Una melosa voz acompañó la romántica canción.

Tom echó un ligero vistazo a la joven, que lo miraba sin pestañear, posó el pie en el suelo y se llevó las manos a las caderas.

—No sé por qué te extrañas —dijo intentando evitar la sorpresa que le produjo ver que ella estaba allí y que no parecía echarse atrás.

La joven caminó despacio hacia él. Sensual, tranquila, segura de lo que estaba haciendo.

—Todavía estás a tiempo de huir... —le advirtió él con voz estrangulada.

¿Dónde estaba la confianza que tenía minutos antes? ¿Dónde estaba esa firmeza que había mostrado en sus palabras? Seguro que todo eso lo había dejado dentro del vaso que había abandonado en la barra porque, en esos momentos, no hallaba nada en su cabeza. No obstante, sí que sentía algo que llevaba tiempo sin notar: excitación. La situación lo excitaba tanto que el deseo le dejó la mente en blanco y una enorme erección en la entrepierna.

—Lo mismo te digo... —Virginia se acercó tanto que ambos podían respirar el mismo aire.

Se colocó de puntillas y sonrió suavemente, mostrando su blanca dentadura.

—Tú lo has querido...

Tom, ardiente, cogió la cintura de la chica para girarla y colocarla en la misma posición que él había estado mientras aguardaba su llegada. Mirándola a

los ojos y apretando su cuerpo contra el de la joven, invadió su boca con violencia. Deseaba que ella se arrepintiera y echara a correr. Pero donde él esperaba un reproche, una negación, un quejido de arrepentimiento, hubo todo lo contrario: aceptación e invitación a continuar.

Con decisión, metió la mano derecha bajo la camiseta y buscó uno de los pezones. Al hallarlo duro y de punta, lo presionó con fuerza. Necesitaba asustarla. Sin embargo, de nuevo obtuvo aquello que no esperaba: la joven respondió a la caricia con un gemido largo y suave. Un gemido que se le metió en la cabeza con tanta fuerza que pensó que no volvería a tener nada más dentro de ella salvo aquel meloso suspiro de placer.

—Huye ahora que puedes... —susurró Tom sobre la boca de Virginia.

—No —respondió la muchacha conduciendo sus manos hacia el cinturón de él.

Metió la mano dentro de la prenda y tocó aquello que andaba buscando. Lo notó grande, fuerte, duro. Tal como le había mostrado el abultado pantalón cuando el hombre la presionaba contra su cuerpo para besarla. Levantó la mirada, lo observó y, aunque jamás lo afirmaría en voz alta, se quedó prendada de aquellos ojos negros como el carbón. Nunca había estado con un hombre con una mirada tan oscura y un semblante tan enigmático.

En el momento en que sintió las frías manos de la desconocida acariciando su sexo, Tom perdió toda fuerza de voluntad y empezó a respirar de manera entrecortada. Aunque ávido de placer, dejó que ella lo acariciara. Llevó despacio sus manos hacia el rostro de la chica y lo atrapó con ternura. Aquella extraña mujer le estaba haciendo sentir muy especial, casi único. Con mucho mimo, acercó sus labios a los de ella y los besó con delicadeza.

—Cowboy... —murmuró la joven colocando cada mano en un cachete del culo masculino y apretándolo con fuerza.

—¿Qué? —inquirió dudoso.

—¡Fóllame!

Tom la miró unos instantes. Parecía titubear, aunque cuando observó cómo los párpados de la muchacha se cerraban a causa del deseo, desapareció de su mente cualquier indecisión. Ni Amanda, con la que había mantenido un matrimonio de cinco años, le había mostrado un rostro de satisfacción tan claro como lo estaba haciendo aquella desconocida. Sin dudarle ni un segundo más,

llevó los dedos al pantalón de la chica, se lo bajó hasta la rodilla, la giró, inclinó la cintura hacia ella y, sacando su sexo del calzoncillo, la embistió con ansia. Era la primera vez que enloquecía por estar dentro de una mujer. Era la primera vez que necesitaba sentirse abrigado por alguien. Era la primera vez que hacía eso...

Mostrando la exaltación que sentía en aquel instante, le agarró con fuerza el pelo y la penetró tan profundamente que el redondo glúteo femenino tocó su velluda pelvis.

—¿Te va bien así? —le preguntó mordiendo el lóbulo de su oreja izquierda.

—Seguro que puedes hacerlo mejor... —lo retó ella.

Tom tiró con tanta fuerza del cabello azabache que pudo ver cómo la chica tragaba saliva. Su mano libre se aferró a la carnosa cintura y la apretó con fuerza. Si ella buscaba pasión, él la deseaba aún más. Con ímpetu, la embistió una y otra vez. Cada golpe en la cadera provocaba un pausado gemido de ambos. Lo intentó. De verdad que intentó alargar aquel momento, pero cuando oyó muy próximo a su oído cómo ella llegaba al orgasmo y su sexo era bañado por el fluido femenino, Tom convulsionó. Su enorme cuerpo comenzó a agitarse descontrolado. Cada movimiento involuntario le producía una inmensa descarga eléctrica. Abrió los ojos y confirmó lo que estaba viendo y sintiendo: una jovencita lo había despertado de un largo y profundo letargo. Exhausto, llevó su palma hacia la espalda de ella. La acarició despacio, sin prisa. Almacenó en su cerebro la suavidad de la delicada piel y retuvo en sus pupilas unas palabras que la joven tenía tatuadas. Tras un largo suspiro, salió de ella, guardó su sexo y, antes de que la muchacha se llevara las manos a la cintura del pantalón, él se inclinó y la vistió lentamente. Cuando confirmó que cada prenda estaba en su lugar, se alejó de ella.

—Gracias... —le dijo antes de cerrar la puerta que lo haría desaparecer.

Virginia lo observó marcharse. Quería reprocharle ese agradecimiento, pero le resultó imposible. Por primera vez en su vida no le salía ni una sola palabra de la boca. Estaba sorprendida, aturdida. No se trataba de la situación que había vivido, sino de la intensidad de ésta. Ningún hombre la había conducido a un clímax tan intenso que, en vez de placer, le había provocado una inusual descarga eléctrica. Confusa, se arregló el pelo, se abrochó el botón del pantalón y, aparentando enojo, salió del almacén.

—¿Qué? —le preguntó una de sus amigas.

—Me ha rechazado... —respondió la joven a sus compañeras, quienes empezaron a carcajearse tras confirmar que habían ganado la apuesta.

CAPÍTULO 1

SUPERACIÓN

Era la quinta vez que oía el teléfono. No lo iba a coger. Sabía con exactitud quién estaría al otro lado de la línea y no le apetecía hablar de algo que ya se había dado por zanjado. Cogió los papeles que tenía sobre la mesa, volvió a echarles un vistazo y se levantó. Hoy tenía una importante reunión. En ella se debatiría el proyecto en el que llevaba trabajando algo más de dos años y, como era lógico, nada ni nadie evitaría que alcanzase su ansiado objetivo. Cogió sus gafas del cajón, se estiró el pantalón y salió del despacho con la firme idea de ganar.

—Buenos días, Virginia, ¿qué tal estás? —le preguntó Estela mientras se unía a ella en el pasillo.

—Buenos días. Bien, como siempre —respondió segura de sí misma.

—¿Nervios?

—En absoluto. Sé que mi proyecto es bueno y lucharé por él.

—Te envidio, de verdad que lo hago. Yo en tu lugar estaría temblando.

—La procesión va por dentro... —dijo Virginia sonriendo de medio lado.

Juntas, caminaron en silencio por el blanco y largo pasillo hasta que llegaron a una puerta donde unas letras mayúsculas informaban de que era el despacho del director. Tras abrirla, se encontraron con que cinco hombres, todos ellos trajeados, se hallaban sentados alrededor de la mesa redonda, mirándolas.

—Señores, ellas son Virginia Wallace, nuestra enfermera jefe, y Estela Katson, la presidenta del comité de empresa —explicó el director con una

enorme sonrisa mientras les indicaba a las dos mujeres los lugares que debían ocupar.

—Estamos deseosos de ver ese plan ideal que ha trazado para ampliar y reestructurar el hospital —comentó el hombre más anciano. El ceño fruncido, el labio superior ligeramente levantado hacia la izquierda y la mirada vacilante le indicaban a la enfermera jefe que todo su interés aparente era falso.

—Buenos días y gracias por ofrecerme esta oportunidad —comenzó su discurso Virginia después de tomar asiento—. Si son tan amables de abrir el dossier que tienen sobre la mesa, les explicaré cómo podemos alcanzar nuestros objetivos con apenas una décima parte del presupuesto que han imaginado.

Los hombres abrieron las carpetas y echaron un rápido vistazo a lo que allí se exponía. Virginia suspiró y continuó con la charla.

—Durante estos últimos tiempos ha aumentado en casi un setenta por ciento el ingreso de pacientes con enfermedades crónicas. El hospital no tiene suficientes medios para costear los tratamientos, y, en ocasiones, eso conduce a un fracaso inevitable. Por ese motivo, el proyecto que ustedes tienen en las manos es una buena alternativa a dicha demanda.

—Sí, pero lo que usted nos recomienda es la creación de otra ala dentro del mismo hospital para continuar con esos costosos tratamientos. Como ha podido comprobar, no podemos hacernos cargo del coste de la nueva infraestructura si queremos mantener los tratamientos que, por el momento, estamos ofreciendo.

—No sería comenzar desde cero —aclaró Virginia—. El edificio anexo pertenece al ayuntamiento, y éste podría cedérselo.

—¿Sabe usted algo que nosotros desconocemos? Porque imagino que, si ya cuenta con ese inmueble, es por alguna razón —intervino otro de los asistentes.

—Por supuesto, el alcalde está dispuesto a ofrecer toda la ayuda que necesitamos. El edificio del que hablo era una antigua fábrica que, tras la pasada crisis, se declaró en bancarrota y fue adquirido mediante subasta por el municipio.

—Ajá... —contestó el hombre que le había hecho la pregunta.

—Eso es un punto a favor —señaló el director—. Podríamos emplear la inversión que nos ahorraríamos en dicha infraestructura para acondicionar el lugar y comprar aparatos nuevos.

—Ése es el objetivo. Economizar todo lo posible para emplear ese dinero en

la adquisición de los nuevos fármacos que nuestros pacientes necesiten — explicó Virginia con una leve sonrisa triunfal.

—¿Está usted segura de la viabilidad de este proyecto? —preguntó de nuevo el anciano trajeado.

—Estoy convencida de ello —dijo Virginia sin titubeos.

—De todas formas, tendremos que deliberar al respecto —comentó el hombre que estaba sentado al final de la mesa.

Sus ojos marrones miraban fijamente a Virginia e intentaba no mostrar la apatía que sentía en ese instante. Desde el momento en que ella había entrado no había dejado de observarla; pretendía incomodarla, pero la joven estaba tan sumida en la exposición del proyecto que no había reparado en su malhumor.

—Por supuesto —respondió ella—. Tienen tiempo para estudiarlo con detenimiento. Sin embargo, les recuerdo que el próximo año se celebran elecciones, y tendríamos que tener en cuenta que, si el nuevo gobierno no acepta la proposición que éste nos ofrece, perderemos una buena oportunidad.

—Yo no estaría tan seguro —repuso el hombre con semblante apático—. Cualquier partido se complacería en aportar su granito de arena a un proyecto que le daría una buena repercusión social. Los políticos siempre están dispuestos a colaborar cuando se trata de mostrar a sus votantes un logro tan importante como éste.

—Deliberaremos sobre el asunto.

Antes de que Virginia pudiera ofrecer una explicación plausible al hombre que la miraba con desaire, intervino de nuevo el anciano:

—Será informado en cuanto tengamos una respuesta —dijo dirigiendo la mirada al director.

—Muchas gracias —contestó éste levantándose de su asiento y extendiendo la mano hacia el grupo de benefactores.

Todos respondieron al saludo del gerente y saludaron con la cabeza a las dos únicas mujeres que había en la sala. Cuando los hombres se hubieron marchado y se quedaron solas, Estela echó el brazo sobre los hombros de Virginia y la achuchó contra su cuerpo.

—Lo has intentado... —le susurró.

—Ya, pero parece que no ha sido suficiente —contestó con enfado.

—Dales tiempo. Esos miserables tan sólo velan por el dinero que tienen en

sus bolsillos, no les importa lo que les suceda a los pacientes.

—Pero a mí sí. Somos nosotras quienes vivimos de primera mano el dolor y el sufrimiento que padecen, y no me parece justo que, por unos míseros dólares, esos hombres continúen haciendo de sus vidas enormes colchones repletos de dinero y los demás deban sufrir las consecuencias —explicó a regañadientes.

—El dinero y el poder es lo que tienen. Ellos miran y cuidan su ombligo... —Estela se levantó, cogió el dossier y lo colocó bajo su brazo—. De todas formas, he de confesarte que es el mejor proyecto que he visto hasta ahora. Si no lo aceptan es porque son una panda de necios egoístas.

—Recemos para que no sea así...

* * *

Dos meses después, Virginia recogía todas sus pertenencias y las metía dentro de una pequeña caja. Las lágrimas rodaban por su rostro sin que ella pudiera evitarlo. No entendía cómo había llegado hasta ese punto. No sólo habían rechazado su proyecto, sino que le habían ofrecido, sin que pudiera negarse a ello, un nuevo lugar donde ejercer su labor como enfermera. Todo parecía indicarle que la deseaban lejos de aquel hospital, y no entendía muy bien por qué. Ella tan sólo hacía su trabajo lo mejor que podía, y aquellos tipejos trajeados la querían fuera de allí.

—¿Se puede? —preguntó una voz masculina tras golpear suavemente la puerta.

—Sí —respondió ella sin mirar.

—Venía a despedirme. Virginia —el hombre hizo una leve pausa tras dar dos pasos hacia el interior de la oficina—, créeme cuando te digo que he hecho todo lo posible para evitar tu traslado.

—Lo imagino... —contestó ella limpiándose las lágrimas para que él no las viera.

—Pero sé que allí podrás sacarle partido a ese potencial que posees. —Se acercó a ella y se colocó a su espalda.

—Estoy segura de ello.

Sin hacer caso del acercamiento de él, Virginia cogió la caja con fuerza y, con el orgullo que la caracterizaba, se volvió para enfrentarse al rostro embustero

del que había sido su jefe hasta el momento.

—Que tengas un buen día —le dijo antes de caminar con firmeza hacia la puerta.

—Lo mismo te deseo —le contestó él sin moverse de la baldosa que pisaba.

CAPÍTULO 2

LA NUEVA ETAPA

Llevaba algo más de siete horas conduciendo cuando decidió darse un descanso. Salió del coche para estirar las piernas y tomar un poco de aire fresco. Se sentó despacio sobre el capó, porque estaba bastante caliente, y observó a su alrededor. El paisaje era muy diferente de lo que, hasta ahora, había vivido. Mirara a donde mirara, sus ojos sólo veían campos repletos de siembra y árboles en cuya sombra poder descansar en un fantástico día de pícnic. Incluso el aire parecía distinto. Quizá estaba tan acostumbrada a la maldita contaminación que envolvía la ciudad que sus pulmones reaccionaron con alboroto cuando se llenaron de un verdadero y puro oxígeno. Tras meditar durante un buen rato si de verdad debería haberse tomado ese tiempo sabático del que tanto había hablado su madre, abrió la puerta y cogió el mapa que tenía en el asiento del pasajero. Lo extendió sobre el capó y comenzó a mirar la trayectoria que había trazado para no perderse. «Si estoy aquí —señaló con el dedo en el plano—, tan sólo me quedan unos treinta kilómetros, es decir, como mucho, media hora más», murmuró para sí. Volvió a doblar el papel y entró en el vehículo. Se puso en marcha hasta que llegó a una intersección de cuatro vías donde debía tomar la de la izquierda para continuar su camino. Miró hacia la derecha. La visibilidad era escasa. Apenas se podía ver bien la carretera por la inmensa altura de los setos. Puso el intermitente, avanzó un poco y... frenó bruscamente.

—¡Gilipollas! —le gritó al vehículo que, a gran velocidad, había aparecido por la derecha.

«Estos pueblerinos no saben conducir», se dijo tras observar cómo se alejaba el coche que no había reparado en su presencia.

Tras el pequeño susto, continuó su camino. Alargó la mano hacia la radio, pulsó el botón de *play* y empezó a sonar su canción preferida, *A Little Bit Stronger*,^[2] de Sara Evans. Mientras la tarareaba, vio pasar su vida como si de un cortometraje se tratara. Se vio de pequeña caminando junto a su padre; en el colegio, sonriendo al descubrir que el chico de quien estaba enamorada se ofrecía para acompañarla hasta su casa. Rememoró también el día de su graduación, las juergas con sus amigas, y le fue inevitable no acordarse del día en el que se entregó a un extraño, a quien, por mucho que sus amantes lo hubieran intentado, nadie había superado. La sonrisa tonta que dibujó su boca al sentir de nuevo aquella sensación de placer desapareció cuando la mente le mostró la imagen de la persona con la que había convivido durante los tres últimos años. Un hombre que, tras engañarla con varias enfermeras, seguía diciéndole que la amaba y que tan sólo eran aventuras esporádicas que reforzaban todavía más el amor que sentía por ella. La ira poseyó su cuerpo y, sin darse cuenta, aceleró el coche más de lo permitido, sin reparar en la señal de «Stop», que se saltó por descuido. Entonces, un enorme tractor hizo una maniobra casi paranormal para no atropellarla. Virginia frenó de golpe y, sin saber qué hacer, apoyó la cabeza en el volante mientras se recuperaba del sobresalto. Cuando notó que el corazón volvía a latirle con normalidad, levantó el rostro y distinguió una enorme figura humana que se acercaba a ella. El destello del sol le impedía verlo con exactitud, sólo podía atisbar una gran silueta que andaba en mitad del camino. Entornó los ojos y, tras tomar fuerzas, salió del vehículo dispuesta a ofrecerle millones de disculpas.

—¡Pero ¿en qué estabas pensando?! —gritó el hombre al mismo tiempo que hacía grandes aspavientos con los brazos—. ¿Acaso no has visto la señal de «Stop»? —Detuvo el enérgico movimiento de sus extremidades superiores para dirigirlas hacia el enorme poste—. ¡¡Porque hasta un ciego podría verla!! —siguió diciendo enfadado.

—Lo siento... Estaba... distraída —se excusó.

—¿Distraída? ¡Podría haberte matado! —continuaba gritando el desconocido—. Si no llego a dar ese volantazo, ahora mismo no respirarías.

—De verdad que lo siento...

Durante unos segundos, el hombre se mantuvo a una distancia prudencial, como si evitara avanzar por si la furia que sentía lo traicionaba. Virginia seguía con la mano en la frente para impedir que los rayos del sol la cegaran. Era un momento extraño para ambos, más de lo que nadie habría imaginado.

—¿Te encuentras bien? —El tono de voz del desconocido ya no era tan inquisitivo ni agitado, había cambiado de manera radical. Ahora sonaba calmado y denotaba preocupación más que enfado.

—Sí. Como te he dicho, ha sido una mera distracción —contestó ella.

Seguía sin poder distinguir el rostro de quien le hablaba. El sol continuaba obstaculizando su visión. Pero, por la altura de la figura, debía de medir casi dos metros.

—¿Hacia adónde te diriges? —preguntó el hombre sin mover los pies del suelo.

—Hacia un pequeño pueblo llamado Old-Quarter.

—Entonces vas por buen camino. Sigue todo recto y, en el próximo cruce — recalcó—, gira a la izquierda. No hagas caso del letrero que señala en dirección contraria, alguien lo cambió para confundir a los que desean visitar ese pequeño lugar.

Cuando descubrió que tenía las gafas de sol enredadas en el jersey, Virginia se las puso para ver con más claridad al hombre que le hablaba, pero éste ya había regresado a su tractor y arrancaba el motor del cachivache agrícola. Sorprendida y un tanto confusa, volvió a meterse en el coche y, con una marcha lenta, circuló tras el inmenso vehículo durante un buen rato. La música seguía sonando mientras ella se recomponía de lo sucedido. Sin lugar a dudas, podría haber ocurrido una desgracia, una gran tragedia en la que podría haber perdido la vida. Habría sido irónico, ¿verdad? Más de una semana sopesando lo que debía hacer para comenzar de nuevo y que su existencia finalizara antes de intentarlo... Apenas oía las canciones que sonaban en el interior del vehículo, sus pensamientos estaban muy alejados de aquel lugar, dirigiéndola de nuevo a aquella noche... ¿No lo olvidaría jamás? ¿Aparecería aquel extraño cada vez que algo grave ocurría en su vida? ¿Sería ése su último pensamiento antes de morir? De pronto oyó un claxon. Levantó con lentitud la mirada y observó que el conductor del tractor, que había estado a punto de arrollarla, le cedía el paso con el intermitente de la derecha. Aceleró, metió una nueva marcha y lo adelantó.

Justo cuando ambos vehículos circulaban en paralelo por la recta, ella lo miró. El extraño mantenía la mirada fija en la carretera, el sombrero impedía que Virginia le viera el rostro, y el sol seguía reflejándose en su enorme cuerpo. Ahora reparó en que no llevaba camiseta, sino que iba con el fornido torso al aire. Ella aceleró un poco más y se alejó de allí. Como era lógico, no podía pararse a pensar en cómo de sensual era aquel desconocido que la había librado de una muerte segura. «Demasiado tiempo sin sexo...», meditó enfadada. La música cambió y de fondo comenzó a oírse la canción de Gwyneth Paltrow *Coming Home*.^[3] Riéndose por la ironía que le ofrecía ese nuevo destino, inspiró con profundidad y continuó con el pie pegado al acelerador. Veinte minutos más tarde se encontraba en la intersección que su salvador desconocido le había indicado. Efectivamente, el letrero le mostraba que Old-Quarter estaba hacia la derecha. Giró el volante hacia la izquierda y prosiguió su viaje.

Al llegar al pueblo, apenas vio a diez personas merodeando por las calles. Éste se asemejaba a uno de los escenarios de las películas del viejo Oeste, donde sólo recorren las calles los arbustos secos movidos por el viento. Siguiendo las indicaciones del navegador, consiguió llegar hasta el hospital, aunque, por la pinta que tenía, un bajo con barrotes en las ventanas, parecía más una cárcel de esas películas. Aparcó en uno de los espacios que encontró junto al lugar y, tras tomarse un tiempo para aparentar entusiasmo ante su llegada, salió y se dirigió hacia el interior del edificio donde daría comienzo su nueva etapa.

Se llevó una gran sorpresa al ver que nadie la esperaba para darle la bienvenida. Quizá había pensado mucho en cómo la recibirían sus nuevos compañeros y el entusiasmo que mostrarían ante su llegada. Se había imaginado una especie de comité de bienvenida donde los pasteles y el champán pudieran calmar su hambre y su sed. Pero no fue así. En el mostrador de recepción no había nadie. La sala de espera no tenía ni un solo paciente, y en el interior no se oía siquiera el canto de los pájaros. Virginia echó un vistazo rápido a su alrededor y apreció que, al final del pasillo, donde un cartel colgado del techo informaba de que en dicho lugar estaba prohibido fumar, una puerta permanecía medio abierta. Evitando divagar sobre el penoso recibimiento, caminó hasta ella y dio unos pequeños golpecitos.

—Pase —le indicó una voz masculina.

—Buenas tardes, estaba buscando a alguien con... —Se quedó sin palabras

al contemplar un ángel rubio vestido con bata blanca que le ofrecía la sonrisa más bonita que había visto en su vida.

«Si todos son como él —pensó de inmediato—, voy a mandar una carta de agradecimiento al imbécil que me ha obligado a trasladarme temporalmente aquí.»

—Perdona, en la entrada no... —continuó diciendo al mismo tiempo que volvía la cabeza hacia la salida.

—Imagino que Miah se ha tomado un descanso. ¿En qué puedo ayudarla? — El hombre se levantó del asiento y caminó en su dirección.

—Me llamo Virginia Wallace, soy la...

—¡Ah! ¡La nueva enfermera! Encantado. —Extendió la mano—. Soy Mathew Thompson, aunque aquí todos me llaman «doctor».

—Igualmente —respondió ella al saludo—. No había nadie a quien informar de mi llegada —se excusó por haber entorpecido su calma.

—Tranquila. Pasa, siéntate y cuéntame qué hace una chica de la metrópolis en un pueblo como éste —continuó sonriendo.

—¿Cambiar de aires? —dijo ella arqueando las cejas.

—Si es eso lo que buscas, has venido al lugar ideal. Aquí el aire es sano, quizá demasiado para unos pulmones contaminados por la polución de la ciudad. Sin olvidar la tranquilidad con la que vivimos. Los lugareños tenemos otro ritmo, y nuestros pacientes tienden a ofrecer un diagnóstico común: necesitan a una persona que escuche sus increíbles historias.

—Para serte sincera, no estoy familiarizada con dicha enfermedad y, posiblemente, el tratamiento que les ofrezca no sea de su agrado —comentó Virginia con sarcasmo.

¿Tonteaba? ¿De verdad estaba tonteando con él? Si la respuesta era afirmativa, tenía un grave problema porque, de ser así, no había aprendido nada tras lo sucedido con Henry.

—Te adaptarás con facilidad. Te lo prometo. Si yo lo hice, cualquiera puede hacerlo. Por cierto, ¿has buscado ya un lugar donde hospedarte? —Se cruzó de brazos y se sentó, ligeramente, sobre la mesa.

—Todavía no. Aunque he visto, a través de un buscador, que hay un pequeño hotel. Imagino que me registraré y me alojaré ahí durante el tiempo que dure mi visita.

—¿Acabas de entrar y ya estás pensando en marcharte? —preguntó él entornando los ojos.

—Estoy esperando un destino definitivo; éste es provisional, ya lo...

El sonido de una puerta al abrirse de golpe se oyó tras ellos. Ambos dirigieron la mirada hacia la entrada y vieron a una enorme figura que se les acercaba. Virginia se tensó. Reconocía aquella silueta, aunque ya no llevaba el torso desnudo. Se había puesto una camisa de cuadros azules. Era el hombre que había estado a punto de atropellarla en el camino. Parado justo detrás de ella, no se quitó el sombrero. Sin embargo, Virginia pudo apreciar unos ojos negros como las plumas de un cuervo. Unos ojos que la miraban sin parpadear.

—Buenas tardes, doctor —saludó él con el mismo tono de voz con el que le había hablado a Virginia con anterioridad: firme, calmado, impersonal, si es que esos adjetivos podían describirlo con exactitud.

—Buenas tardes, Tom. ¿A qué debo este inmenso honor? —preguntó el médico sin dejar de mostrar el asombro que le había producido la visita de éste.

—Venía a comprobar que ella estaba bien. —Miró al doctor e inclinó la cabeza hacia Virginia.

—¿Os conocéis? —preguntó Mathew aún más asombrado si cabía.

—¡No! —respondió ella con rapidez.

—Sí —la contradijo él—. Hemos tenido un «casi accidente» —explicó mientras fruncía el ceño y alzaba ligeramente el labio superior hacia la derecha.

—¿Un accidente? —El doctor se acercó a Virginia e intentó tomarle el pulso, pero ella no se dejó.

—No ha sido nada... —dijo la joven restándole importancia—. Una distracción que, gracias a su «magnífica maniobra», no ha llegado a mayores. Como puedes comprobar, he salido ilesa.

—Pero... ¿te has golpeado en algún lugar? Los impactos en la cabeza suelen ser los más peligrosos. —Al ver que ella rehusaba sus servicios, Mathew dio unos pasos hacia atrás y dirigió la mirada hacia Tom, quien, según parecía, tenía más ganas de hablar que ella, aunque eso le parecía bastante sorprendente—. ¿Qué clase de distracción? Virginia, ¿has descansado durante el viaje o has conducido ocho horas sin darte una tregua?

—Si ha conducido ocho horas sin parar, no debería venir al hospital, sino acudir a un psiquiátrico —interrumpió Tom clavando sus oscuros ojos en la

mujer, quien había fruncido el ceño y le echaba una mirada asesina para que dejara de hablar.

—Deberías descansar —dijo al fin el doctor. Notaba que entre ellos había un aura negativa, y, si era así, conociéndose de minutos, ¿qué ocurriría después de un largo tiempo?—. Tom, ¿puedes hacerme un favor? ¿Podrías llevar a nuestra nueva enfermera hasta el hostel de Kathy? Allí podrá descansar el tiempo que necesite.

Él asintió con la cabeza y, a continuación, miró a la mujer y le dijo en un tono calmado pero autoritario:

—Sígueme. El hostel está a tan sólo tres minutos de aquí. Podemos llegar andando.

—De verdad que no... —quiso excusarse Virginia, pero, tras observar el semblante firme de Tom y descubrir que, o se iba con él por las buenas o *por las menos buenas*, se despidió de quien sería su nuevo compañero y siguió a su inesperado guía unos pasos por detrás.

—No muerdo —le indicó Tom al ver que no se colocaba a su lado.

—Ya..., me lo imagino —comentó Virginia con una leve sonrisa pero sin adelantar el paso.

—El hostel de Kathy es pequeño pero bastante acogedor. Allí podrás descansar tal como te ha indicado el doctor. Además, la señora Duffy es famosa por sus excelentes comidas caseras. De esas que, según parece, llevas tiempo sin probar.

—Mi alimentación es bastante equilibrada para el cuerpo que poseo —refunfuñó ella.

—Por supuesto. Seguro que tus platos están llenos de grandes y jugosos bistecs y muy pocas hojas verdes..., ¿estoy en lo cierto? —comentó Tom sin aminorar el paso y sin mirar el rostro enfurecido que ella debía de mostrar.

—Te advierto una cosa, vaquero. Estoy en deuda contigo por salvarme la vida, pero ¿alguien en este pueblo te ha dicho que eres un tipo bastante desagradable? —soltó Virginia con enfado mientras aceleraba el paso y pisaba con fuerza el suelo por el que andaba.

—Todo el mundo... —replicó él, y sonrió. O eso le pareció a Virginia, porque tampoco estaba muy segura de que ese gesto fuese una sonrisa.

Durante el resto del trayecto, ella no dejó de observarlo con recelo. Desde el

primer momento en que lo vio creyó que ya lo conocía. Sin embargo, ella nunca había visitado Old-Quarter y, por la pinta que él tenía, tampoco le parecía que hubiese salido nunca del pueblo. No obstante, seguía pensando que había visto antes en alguna parte aquella inmensa figura, uno ojos tan oscuros y que, también, había podido escuchar una voz tan particular. Sin querer iniciar otra conversación con el desagradable personaje sobre si se habían conocido en algún momento de sus vidas, continuó sumergida en sus pensamientos hasta que éste paró de pronto y ella frenó bruscamente para no empotrarse en la dureza de aquel cuerpo.

—Pasa tú primero, yo iré detrás ahora —le dijo burlón.

—No sé si darte las gracias por la inesperada caballerosidad o mandarte a freír espárragos —refunfuñó ella.

Virginia dio unos pasos largos y, cuando estuvo a su altura, lo miró de reojo. Quizá, si lo observaba con más de detenimiento, hallaría las respuestas que no paraban de rondarle por la cabeza.

—¿Qué? —inquirió él curioso al ver que ella intentaba, de una forma sutil, estudiarlo.

—Nada, nada... —y alargó la mano para alcanzar la manija de la puerta que los conduciría al interior del pequeño albergue, porque, por mucho que aquella gente le diera la categoría de hostel u hotel, era tan sólo una casa de dos pisos con una entrada de madera.

Después de entrar, Tom cerró la puerta a su espalda. Se quitó el sombrero y caminó con sigilo hasta el diminuto mostrador que había en la parte izquierda del hall. Virginia, mientras tanto, contemplaba la decoración del hogar. Olía a algo que no acertaba a definir. Era una mezcla entre jazmín y la esencia que emana del paso del tiempo. Abrió los ojos de par en par cuando observó que, en mitad del comedor, o eso concluyó al ver unas mesas rodeadas de sillas, había un piano de cola. Habían puesto sobre él un tapete bordado de color blanco. Quizá intentaban con ello que la gente no lo tocara, pero Virginia no pudo evitar dirigirse hacia él. Retiró la tela con mucho cuidado. No quería arañarlo. Apoyó las yemas de los dedos sobre la brillante madera y dejó que los recuerdos más bellos de su infancia fluyesen con libertad por su mente.

Como todos los domingos, cuando oía las suaves y melodiosas notas

musicales, saltaba de la cama y corría escaleras abajo para ver, escondida entre los barrotes de la baranda de madera, a su padre tocando el gran piano de cola. No podía pasar un domingo sin escuchar el concierto que su padre y Beethoven le ofrecían. No había nada más bello, y nada le proporcionaba tanto placer como ver a su padre acariciar cada tecla y sentir cada nota que fluía de sus manos. Creyó, ingenuamente, que sin aquella preciosa imagen su vida no estaría completa. Hasta que descubrió la dura realidad: la vida pasa, y aquello que pensabas que era importante para continuar viviendo deja de serlo...

—Hace años que dejó de sonar... —la sorprendió una voz de mujer a su espalda—, e imagino que el paso del tiempo lo habrá estropeado.

—Lo... lo siento —se excusó ella colocando la pieza de tela en su sitio.

—No tiene por qué disculparse. Estoy segura de que ese viejo instrumento ha rejuvenecido unas cuantas décadas cuando ha sentido su tacto —dijo la anciana sonriendo.

Virginia siguió los pasos de la mujer hasta llegar al mostrador, donde Tom la esperaba con las piernas cruzadas y un codo apoyado sobre el duro tablero. Cuando la pequeña figura encorvada pasó por su lado, él se irguió y la saludó con cariño.

—Buenas tardes, señora Duffy. ¿Cómo se encuentra?

—¿¡Thomas Sanders?! —preguntó la anciana extrañada y un tanto asombrada.

—Sí, señora, el mismo —sonrió él.

Era la primera vez que Virginia observaba, con claridad, que el duro rostro se relajaba, e incluso se sorprendió al ver que tenía los músculos de la risa activos.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Cómo va todo por «Reborn»? —La anciana rodeó con lentitud el mostrador de recepción y se colocó tras él.

—Me encuentro muy bien, y parece que el tiempo nos ha dado una necesitada tregua. «Reborn» se habría convertido en una pequeña isla si hubiera seguido lloviendo —contestó Tom.

—Sí, creí que esa maldita lluvia terminaría destrozando las cosechas. —La mujer hizo una leve pausa, como si la necesitara para respirar, y continuó—: Y ¿qué se te ha perdido por mi pequeño hostel?

—He venido acompañando a la nueva enfermera —indicó al tiempo que

dirigía la mirada hacia la mujer, que permanecía inmóvil y, extrañamente, callada.

—¿Es usted la nueva enfermera? —inquirió la anciana levantando el delgado metal de sus gafas para que éstas no se le resbalaran hasta la punta de la nariz.

—Por poco tiempo. He solicitado otro destino, pero hasta que obtenga la nueva plaza, he de permanecer en este pueblo —explicó Virginia acercándose al mostrador.

—Bueno, todo el mundo que llega a Old-Quarter piensa lo mismo. Aunque no sé muy bien qué tiene este bendito lugar que termina atrapando a las personas que aparecen de paso y los convierte en sus eternos habitantes. —Miró de reojo a Tom y sonrió.

La joven echó un vistazo a ambos, intentando confirmar si aquellas palabras eran el principio de la historia de aquel hombre que le hablaba como si fuera una niña traviesa.

—Señora Duffy... —Virginia rompió el silencio que se había forjado entre ellos.

—Llámeme Kathy, querida —la interrumpió ella con cariño.

—Ehh..., Kathy. No creo que esté por aquí más de dos semanas, y necesito un lugar en el que hospedarme durante ese tiempo.

—No hay problema. En estos momentos tengo todas las habitaciones libres. Dígame, ¿tiene alguna preferencia? —Al ver que ella dudaba sobre qué debía responder, la anciana continuó—: Me refiero a si le gustaría que la habitación tuviera vistas a las montañas o si, por el contrario, prefiere observar el movimiento de la calle principal.

—La primera opción suena bastante bien —dijo ella a la vez que cogía entre los dedos el bolígrafo para poner su nombre en la línea de clientes.

—Señora Duffy —comentó Tom, que había permanecido observando en silencio—, sería interesante que nuestra nueva enfermera estuviera bien alimentada.

Virginia lo fulminó con la mirada. Ni se le había pasado por la cabeza que aquel hombre hablara en serio cuando se había quejado sobre sus hábitos alimentarios. Quiso dar un golpe en el mostrador, girarse ante aquel extraño y gritarle que él no era su padre para controlarla, pero, según empezaba a comprender, le serviría de muy poco. Éste haría caso omiso de sus envenenadas

palabras y continuaría con su propósito.

—¿Necesita algo en especial? —preguntó la anciana observándola de arriba abajo.

—Como mínimo, yo diría que necesita unos cinco kilos —bromeó Tom—. ¿No ha visto usted que ese pantalón está a punto de caérsele?

—Las chicas de ciudad cuidan mucho su figura... —explicó la mujer mirando con atención el nombre de su próximo huésped.

—¿Cuándo habías dicho que te marchabas? —preguntó Virginia con retintín dirigiéndose a él.

—No recuerdo haberlo comentado, pero si te incomoda, no te preocupes, se te pasará después de veinticuatro horas.

—Kathy, ¿podría darme la llave de mi habitación? Me gustaría estar a solas un rato. Tengo un terrible dolor de cabeza y creo que desaparecerá en cuanto dejen de incordiarme —inquirió tras tomar el aire suficiente para controlar la creciente ira.

—Por supuesto, señora Wallace.

—Señorita Wallace —rectificó ella con rapidez—. Pero, al igual que usted, prefiero que me llamen por mi nombre de pila: Virginia.

—Que tengas un buen descanso..., Virginia, y espero que ese dolor de cabeza desaparezca con rapidez —comentó Tom al verla subir los peldaños de la escalera de dos en dos sin haberse despedido de él siquiera.

Ella lo miró desafiante y, tras alzar el mentón y resoplar como un toro, continuó subiendo sin molestarse en responder al sarcasmo. Aquel hombre era insufrible. Al principio había aguantado su altanería porque, de no ser por sus increíbles reflejos, ahora ella no estaría viva. Pero comenzaba a colmar su paciencia. Una cosa era permitirle que la ayudara a encontrar el hostel y le presentara a la señora Duffy, y otra bien distinta era querer controlar sus hábitos alimentarios. ¡Por ahí no pasaba!

Una vez que sus ojos ya no lo veían, Tom se colocó el sombrero y se dispuso a despedirse de la anciana, pero ésta le agarró el antebrazo y lo detuvo.

—Ahora que no nos oye, ¿me puedes decir quién es esa chica?

—Ya se lo he dicho, la nueva enfermera —respondió él con cautela.

Kathy era una bruja, no en la acepción maligna de la palabra, sino en el sentido de que era muy intuitiva. Haber vivido algo más de seis décadas le

proporcionaba la experiencia necesaria para ir más allá de lo que los ojos ofrecían. Es decir: captaba con rapidez una mentira, como la que él estaba contándole en ese momento.

—¿Crees que nací ayer, jovencito? ¿Quién es? ¿Qué significa ella para ti? ¿Por qué la señorita Wallace te mira como si te hubiese conocido hoy, y tú, en cambio, parece que la conozcas de toda la vida?

—No diga tonterías. He sabido de su existencia cuando mi tractor casi modifica la carrocería de su bonito y flamante Smart. Y no la miro de esa forma. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer en la finca.

Tomó aire y caminó hacia la puerta del hostel. Sin embargo, cuando asió la manija para salir, echó un vistazo al piano y negó con la cabeza. «Ni lo sueñes —se dijo—. Ha dicho que se marchará, y será lo mejor.» Salió y dejó a la señora Duffy observándolo sin pestañear.

—¡Jóvenes! —exclamó la anciana en voz alta—. Si hubieses sido tú, ya me habrías pedido matrimonio —continuó con su monólogo en solitario—. ¿Recuerdas nuestro primer encuentro? Fue un flechazo. Al mirarnos, supimos que estábamos hechos el uno para el otro. —Suspiró profundamente—. La vida ya no es lo que era, Howard, ha cambiado mucho...

Y, sin saber cómo ni por qué, se oyó una nota musical que provenía del piano.

CAPÍTULO 3

REMIND ME (RECUÉRDAME)

El viaje en su viejo tractor se le hizo interminable. Quizá se debía a que no prestaba atención a la carretera porque su mente no cesaba de pensar en ella. ¿Quién le habría dicho que se encontrarían cinco años después y en un pueblo del que ni siquiera sabían de su existencia? «Nadie», se respondió. Apagó el motor y bajó despacio. Parecía que, después de encontrarla, las fuerzas lo habían abandonado. Caminó hacia su casa y se quedó parado en el porche pensando si lo más adecuado en esos momentos de discordia mental era ser abrazado por la soledad que encontraría en el interior de ésta o, por el contrario, debía disfrutar de la preciosa puesta de sol que le ofrecía la tarde. Optó por lo segundo. Se sentó en el balancín de madera, posó los pies en la baranda y dejó que los últimos rayos le proporcionaran el calor que necesitaba.

«Estoy jugando a la maldita ruleta rusa —se dijo con pesadumbre—. En cualquier momento, dispararé y terminará saliendo la bala que me aniquilará.»

Allí, con los pies sobre la baranda, observando la llanura de su campo, rememoró el instante en que la vio salir del coche y cómo notó un golpe tan fuerte en el pecho que a punto estuvo de caerse de culo en mitad del camino. Al principio tuvo sus dudas, había cambiado mucho desde la última vez; ya no llevaba el pelo largo, sino que lucía una corta melena azabache que acariciaba sus hombros, y, tal como había señalado, su delgadez resultaba un tanto preocupante. La recordaba más robusta, sin embargo, ahora su figura se asemejaba más a la de un palillo de dientes que a la de una exuberante mujer de

caderas carnosas. Pero si había habido algo que lo había dejado noqueado de toda aquella increíble situación fue que ella no lo reconociera. Era cierto que su encuentro había durado algo menos de una hora y que, después de aquel momento, no habían hecho el intento de verse de nuevo. Pero, para él, aquella batalla sexual con la firme y sensual muchacha fue más que suficiente para que le cambiase la vida.

—¡Eh! ¿Estás ahí? —preguntó a su fiel amigo, que lo miraba desde los escalones de la entrada y movía con intensidad la cola—. ¡Ven! —le indicó al perro estirando la mano hacia él—. ¿Me has echado de menos? Lo siento, hoy ha sido un día extraño. ¿Quieres saber por qué? Porque la mujer de la que tanto te he hablado, esa que hizo que tú y yo termináramos siendo buenos amigos, ha aparecido. ¡Como lo oyes! Después de cinco años, nos hemos vuelto a encontrar. —El perro hizo un sonido gutural al sentir las caricias de su amo y él lo interpretó como una repuesta entusiasta—. Aunque, yo que tú, no me haría muchas ilusiones... —Alzó la cabeza y miró hacia el horizonte, donde pudo apreciar las últimas carreras que hacían sus potros antes de encerrarlos en las cuadras—. ¡Vamos, *Chico!* ¡Hay que trabajar! —Se levantó y, jugando con el perro, ambos se dirigieron hacia las caballerizas.

* * *

Virginia observaba la habitación por novena vez. Aquel lugar le recordaba muchísimo a la casa de sus abuelos. Podría asegurar que hasta habían comprado los mismos muebles. Cuando entró en el baño para darse una relajante ducha, recordó que todas sus pertenencias estaban en el coche. Sin dudarlo un segundo, salió del dormitorio. Necesitaba algunas cosas imprescindibles para darse ese baño tranquilizador. Justo cuando estaba en el primer escalón, se detuvo en seco. ¿Se habría marchado Tom? Y, si la respuesta era no..., ¿insistiría en acompañarla y ayudarla cuando informara de que debía recoger algunas cosas del coche? No, no podía dejar que hiciera hacer tal cosa. Con la suerte que padecía desde que había llegado al pueblo, estaba segura de que en mitad del camino se rompería la cremallera de la maleta, ésta se abriría y caerían al suelo sus «juguetitos de placer». Sólo de pensarlo le temblaron las manos, el corazón se le aceleró como una máquina de vapor y le subió la sangre a la cara. Si esa tragedia ocurría, no le

quedaría más remedio que huir de allí. Daría media vuelta, como es lógico, no dedicaría ni un solo segundo a mirar la cara que habría puesto Tom al ver sus cosas, arrancaría el coche y no regresaría jamás. Así que, como quería pasar inadvertida durante los días que le quedaban en aquel lugar, debía bajar la escalera con sigilo y, si él seguía merodeando por el hall, ella regresaría al dormitorio y abandonaría la descabellada idea.

Tal como lo había planeado, dejó de respirar y bajó cada peldaño con muchísima cautela. Sus ojos miraban a un lado y a otro buscando una enorme figura. Allí no había nadie. Como una niña que acaba de hacer una travesura y no ha sido pillada, terminó bajando los últimos peldaños al trote.

—¿Ya te marchas? —La pregunta de Kathy la paró en seco. Esa mujer era como un fantasma. De repente aparecía sin hacer ni un suave ruido en sus movimientos.

—Tengo el equipaje en el coche y he de traérmelo —informó. Esperaba que aquel rostro de niña buena no le indicara a la mujer que, tras sus palabras inocentes, había un deseo algo más oscuro.

—¿Te ha gustado la habitación? ¿Te la imaginabas así? —Quiso saber la anciana mientras se sentaba detrás del mostrador, se subía de nuevo las gafas con un dedo y cogía una revista de la estantería de su derecha.

—Es muy parecida a la que tenían mis abuelos en Sunset Valley. Creo que hasta huele igual —explicó con entusiasmo.

—Muy bien... —Y, de forma drástica, Kathy zanjó la conversación. Dirigió su vista cansada hacia la revista que tenía entre manos y olvidó que Virginia estaba allí.

Comprendiendo que ya no seguirían charlando, ella salió del hostel. El cielo tenía un precioso color rojo anaranjado y apenas había nubes que entorpeciesen la bonita puesta de sol que se apreciaba en el horizonte. Dirigió las manos hacia la cintura del pantalón y se lo subió. Era cierto que intentaba bajarse por sí solo, aunque era normal. Desde que había sabido que la destinaban a otro lugar para quitarla de en medio, su estómago estaba en huelga de hambre y, cada vez que comía, vomitaba. No obstante, eso cambiaría. Había decidido tomarse las cosas de otra manera, y la tranquilidad de aquel lugar la ayudaría, aunque jamás lo admitiría.

Pensó que le costaría más trabajo del que en realidad tuvo llegar hasta el

coche. No se había dado cuenta de que el pueblo se componía únicamente de cuatro calles y que todas ellas terminaban en el mismo lugar: en el hospital. Era normal que no lo hubiese descubierto con anterioridad, puesto que no le había resultado fácil ver lo que tenía delante cuando las grandes espaldas de Tom hacían de muro. Pero ahora, sin esa pared de carne impidiéndole apreciar el paisaje, encontró que el pueblo era precioso. Las casas eran prácticamente iguales: de un solo piso, con amplias entradas, adornadas con robustas barandas de madera oscura. En casi todos los balcones se alzaban la bandera de Texas y la de Estados Unidos. Durante el paseo, la suave brisa las movía con tanto cariño que parecían darle la bienvenida a aquel pedacito de tierra apartado del mundo que había conocido. Observó que, muy cerca de donde se hospedaría, había una taberna semejante a las que aparecían en las películas. Sólo que le faltaban esas puertas batientes de madera y la barandilla para amarrar a los caballos para imaginarse la protagonista de una película de vaqueros. Continuó su camino sin dejar de prestar atención a su entorno. La paz reinaba a su antojo en el lugar. Nadie aparecía para entorpecerla. Finalmente llegó hasta su coche y, antes de abrir el maletero, echó un rápido vistazo a su alrededor. Aunque todo parecía tranquilo, Virginia necesitaba cerciorarse de ello. Lo que iba a hacer requería de cierta intimidad. No es que fuera a ponerse, en mitad de una calle, a comprobar lo que guardaba en la maleta, pero no le hacía ninguna gracia que algún lugareño la interrumpiera, y menos que ese personaje fuera el dichoso Tom. Se acercó al coche, abrió la puerta trasera y sacó su equipaje.

—Buenas tardes, imagino que eres la nueva enfermera, ¿verdad? —oyó de pronto que decía una voz de mujer.

—Sí, ésa soy yo —contestó ella con rapidez y asombro.

—Me llamo Miah. —La mujer sonrió y se acercó a darle dos besos.

—¿La recepcionista? —Virginia levantó las cejas.

—Yo me considero más bien una administrativa, pero sí, ésa soy yo. —No borró la sonrisa de su rostro—. Bueno..., ¿qué te ha parecido el pueblo? Imagino que demasiado tranquilo para una mujer como tú, aunque te adaptarás con facilidad.

—No llegaré a acostumbrarme. —Cerró el maletero del coche, cogió la bolsa para echar a andar e intentó dar dos pasos hacia adelante—. Me iré en cuanto me den el próximo destino.

—Eso me ha dicho Mathew. —Miah alargó la mano y agarró el asa de la bolsa, que Virginia llevaba en la mano izquierda, en la que guardaba sus juguetes —. ¿Estás segura de querer marcharte tan rápido? Aquí todos somos muy buena gente.

—Ya he tenido el placer de conocer cómo son los ciudadanos de este pueblo... —dijo Virginia con sarcasmo.

—¿Lo dices por alguien en concreto? —Miah arrugó la frente y se paró frente a ella.

—¡Oh..., no lo digo por ti! Siento si te he dado esa impresión. Se trata de otra persona...

—¿Mathew? —continuó su interrogatorio.

—¡Para nada! Ese hombre es un encanto..., además de ser muy atractivo.

—Sí, no está mal —respondió Miah con cierto tono de enfado.

Virginia no había reparado en el tono de la mujer al hablar sobre el doctor. Pero, tras notar el resquemor que le había producido cuando añadió el adjetivo, descubrió que era la única persona que, hasta el momento, lo había llamado por su nombre de pila.

—Me refería a un tal Tom... ¿Sanders?

—Bueno, no todos son como él —explicó Miah mientras la sonrisa regresaba a su rostro y continuaba avanzando.

—Eso espero, porque es un descarado, un malhumorado y un repelente...

—¿Estamos hablando de Thomas Sanders? —inquirió la mujer asombrada tras oír la descripción.

—Así creo que lo llamó Kathy, la dueña del hostel en el que me hospedo —aclaró Virginia sin mirar a su acompañante.

—Lo habrás pillado en un mal día, pero es un cielo... —El rostro sonriente de la mujer se demudó para mostrar algo de tristeza y aflicción.

—¿He metido de nuevo la pata? Te pido mil disculpas. No estoy acostumbrada a mantener una conversación más allá de lo que son temas sobre pacientes o tratamientos.

—No te preocupes, tarde o temprano lo sabrás. Es el único inconveniente que tiene vivir en un pueblo tan pequeño, que todos sabemos la vida de cada uno de sus habitantes. —Respiró con profundidad y prosiguió—: Sé que no nos conocemos de nada, pero me gustaría comentarte una cosa sobre Tom.

—No tienes que contarme nada, como ya te he dicho...

—Él apareció hace algo más de cuatro años —la interrumpió Miah—. Casi al mismo tiempo que yo contraía matrimonio con Luke. Mi..., bueno..., él no era quien parecía ser, y una noche bebió más de la cuenta...

—¿Tom? —soltó Virginia sorprendida.

—No, mi marido. Entonces...

—No hace falta que continúes. De verdad que no tienes por qué contarme eso. Apenas llevamos hablando diez minutos, y sospecho que fue un tiempo que deseas olvidar.

—Sólo te diré que, si Tom no hubiese aparecido, ahora yo no estaría aquí contigo. Por eso me extraña tanto que lo describas de esa manera.

—Quizá lo haya juzgado antes de tiempo. Ha sido un día muy duro...

—Tranquila; en cuanto hayas descansado lo verás todo desde otra perspectiva. —Se paró en la entrada del hostel, dejó la bolsa en el suelo y, tras darle de nuevo dos enormes y sonoros besos, se despidió—: ¡Nos vemos mañana!

—¿A las ocho? —preguntó Virginia.

—¡A las ocho! —dijo la mujer, y se alejó calle abajo.

CAPÍTULO 4

AMANECER

¿Eso que había oído era un despertador o el verdadero canto de un gallo? Medio dormida, apartó las sábanas y se estiró. Era la primera vez en años que dormía tanto. Imaginó que todo se debía al cansancio del día anterior. Conducir tantas horas y vivir una gran cantidad de emociones había sido demasiado para ella. Puso los pies en el suelo y, casi zombi, caminó hacia el baño. Se lavó la cara, los dientes, y se cepilló el pelo. Miró de reojo el cepillo y arrugó la nariz al ver que un matojo de cabello se quedaba enredado entre las puntas de éste. «Necesitas tranquilidad», pensó mientras posaba sobre el lavabo el pequeño neceser. Volvió a estirar los brazos y bostezó. Se dirigió hacia la maleta, que todavía no había deshecho porque tenía la esperanza de salir de aquel pueblo lo antes posible, y cogió el vestido azul marino con flores turquesas. Se puso las medias y unas botas que le llegaban casi a la rodilla. «¡Perfecto!», se dijo sonriendo. Antes de salir, recordó que el juguete que había utilizado la noche anterior seguía en la bañera, por lo que regresó al baño, apartó la cortina y lo cogió. Mientras lo metía dentro de la maleta, sonrió. Aquel pequeño vibrador la había complacido bastante, más de lo que lo había hecho en anteriores ocasiones. Quizá la culpa de ello la tenía Tom. Sí, el mismo, porque mientras disfrutaba de las invasiones del artefacto de silicona no había cesado de pensar en él. En anteriores ocasiones lo había hecho recordando al extraño con el que había mantenido un encuentro sexual siendo ella bastante joven, pero la noche pasada... habían sido las grandes manos de Tom las que la acariciaban, el enorme cuerpo de él el que

presionaba el suyo, y el imaginario sexo del hombre el que... «¡Joder! ¡Basta ya! —se dijo enfadada mientras ocultaba el consolador entre las prendas de la maleta—. ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Es un tipo insufrible, maleducado y, sobre todo, arrogante, ¿no tuviste bastante con el imbécil de Henry?» Malhumorada, abrió la puerta y caminó hacia la escalera.

Lo primero que olió su nariz fue un delicioso y atrayente aroma a café. Hechizada por el aroma, fue bajando la escalera dispuesta a saborear una gran taza de aquello que había despertado a su estómago.

—Buenos días —la saludó Kathy, que portaba en sus viejas manos una enorme bandeja repleta de comida—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien. ¿La ayudo? —preguntó Virginia acercándose a la anciana.

—Prefiero que te sientes a la mesa y desayunes —dijo señalando el comedor con la mirada.

Virginia asintió y caminó tras la mujer. Iba a preguntarle para quién era tanto alimento cuando la respuesta surgió sola. Allí, sentado al fondo del comedor, Tom miraba hacia donde ella se encontraba. La muchacha evitó fijarse en aquellas negras pupilas y se giró hacia Kathy para hablarle en voz baja.

—Desayunaré tan sólo un café... —La vergüenza que sintió al verlo le provocó un intenso calor en las mejillas.

¿Qué hacía él allí? Y, lo que en verdad importaba, ¿cómo podría mirarlo a la cara tras lo sucedido en su habitación? ¡Imposible! Tenía que salir huyendo de aquel lugar cuanto antes. No podía permanecer al lado del hombre con el que la noche anterior había imaginado una escena lujuriosa.

—Aquí se desayuna algo más que un mísero caldo caliente —comentó Tom sin apartar los ojos de ella.

—Pero yo sólo... —quiso replicar.

Miró a la anciana suplicante. Necesitaba que le echara una mano. Pero era absurdo pensar que se libraría de aquella situación. Mientras que Virginia se había girado para mandarle señales de socorro a la señora Duffy, Tom se había levantado de su asiento y se dirigía hacia ella.

El ruido de sus pasos le hizo darse la vuelta. Allí estaba, con la majestuosidad que le proporcionaban sus casi dos metros de altura y sus, aproximadamente, cien kilos de puro músculo. Un enorme titán se acercaba hasta donde ella se encontraba para conducirla a la mesa, a su lado. La joven

revisó con rapidez las posibles salidas que tenía aquel lugar en caso de emergencia, porque en ese momento se hallaba en una. No tenía la más mínima intención de pasar su primera mañana comiendo como si fuera un oso antes de hibernar. Además, ¿y si el estómago la traicionaba de nuevo? ¿Qué sucedería si, antes de acabarse el último bocado de uno de esos platos, comenzaba a vomitar? Su cuerpo se tensó, y por unos instantes creyó que devolvería aun sin tener nada en su interior. Pero sus ojos se posaron en Tom y se calmó al mirarlo. No era la mejor manera de relajarse, pero eso fue lo que hizo. Observó su forma de vestir; esa camisa con tres botones abiertos de más, los pantalones ceñidos a las largas y rudas piernas... En fin, parecía uno de esos cowboys de los que hablaban sus novelas preferidas de amor o un ser extraño estudiado por el equipo de *National Geographic*.

—Buenos días, Virginia. ¿Has podido descansar? —la saludó él quitándose el sombrero y mostrando una enorme sonrisa.

—Señorita Wallace —le indicó ella a regañadientes—. Y, sí, he descansado muy bien.

¿Notaría algo? ¿Se percataría de que su comportamiento hacia él había cambiado tras pasar la noche sola? No, no podía darse cuenta de eso. Sin embargo, su cerebro sí que lo sabía, y no cesaba de hacerle sentir cosas que había vivido bajo el agua caliente.

—¿Sería tan amable de acompañarme, *señorita Wallace*? —Continuó dibujando en su fuerte y duro rostro una sonrisa.

Algo le sucedía a la muchacha. No estaba muy seguro de lo que le rondaba por la cabecita, pero el sonrojo de sus mejillas la delataba. ¿La avergonzaba desayunar con él? «Eso es una tontería —pensó—. Sólo vamos a desayunar. Ni se me ocurriría hacer lo que...» Borró sus pensamientos y dejó la mente en blanco. No era conveniente que recordara lo que habían hecho en la parte trasera de aquel bar, y menos si ella llevaba un vestido.

—No creo que pueda, tengo...

Tom la cogió del brazo y la condujo hasta la mesa, la sentó en la silla que había colocado para ella y evitó escuchar las maldiciones que Virginia soltaba entre susurros.

—¿Deseáis algo más? —inquirió la anciana, divertida por la escena que sus viejos ojos presenciaban.

—Hay más que suficiente, gracias —respondió Virginia alzando el rostro hacia la mujer para pedirle, de nuevo, auxilio.

—Todo el mundo disfruta de los sabrosos desayunos de nuestra encantadora señora Duffy y, como no queremos que la gente murmure sobre su estupendo hospedaje, debemos comernos aquello que ella amablemente nos sirve —indicó Tom al tiempo que señalaba los cuatro platos que había sobre la mesa.

—¿He de comerme todo esto? —Virginia levantó las cejas y dejó que sus grandes ojos azules se apreciaran sin entorpecimientos.

—Come lo que desees y no le hagas caso a este cabezota. Por cierto... —la anciana se llevó las manos a la cintura y miró con fingido enfado a Tom—, ¿cómo que te ha dado hoy por desayunar en mi humilde hogar?

—Yo... —Él tragó saliva y echó un vistazo rápido a las dos mujeres, que lo observaban calladas esperando una respuesta—. Tengo que ir al taller, y me pareció una idea excelente desayunar aquí con su nueva huésped.

—Si tú lo dices... —replicó la anciana antes de marcharse y dejarlos solos.

—Creo que has venido a comprobar que cojo esos kilos que dices que necesito —refunfuñó la joven.

—Como ya he dicho... —Virginia levantó la mano derecha y lo obligó a callarse.

Tom le hizo caso, se quedó mudo y continuó observándola. Esa mañana se había levantado muy guapa. No había duda de que necesitaba descansar. Pero su mente volvió a traicionarlo e hizo que sus ojos se posaran en la piel que el vestido no cubría. Tragó saliva y controló la respiración. No debía mostrar nada más que aquello que deseaba expresar: cordialidad.

—¡Hummm...! —exclamó la muchacha tras tomar el primer sorbo de café—. Está delicioso. Creo que es el mejor que he tomado en mi vida.

—Seguro que siempre has bebido la basura que sirven esas máquinas exprés.

—El tiempo en la ciudad es oro y siempre ando con muchas prisas —se defendió ella.

—Gracias a Dios, aquí tenemos otro ritmo y apreciamos un buen manjar.

Tom cogió el plato de huevos fritos y se lo acercó.

—No creo que pueda tomar eso... —susurró ella.

—¿Sabes lo que dicen por aquí? Que el comer y el rascar es cuestión de empezar... —sonrió él.

—Pues ¿sabes qué he oído decir yo? —Levantó el mentón y clavó las pupilas en las de Tom—. Que eres un buen hombre, aunque yo no estoy muy de acuerdo con ello.

—No me conoces... —murmuró él con desgana.

—Lo estoy haciendo... —se encaró Virginia.

—Come y calla.

—Eres un grosero... ¿Tanto te fastidió el «casi accidente» que me estás haciendo la vida imposible? —¿Estaba guapo sin el sombrero o eso le parecía a ella?

Tom cogió los cubiertos y empezó a trocear las tortitas de miel que tenía en el plato.

—Esto está delicioso... —dijo evitando responder.

Virginia no tenía ganas de continuar una discusión que no la conduciría a nada salvo a mantener su malestar, así que lo imitó. Cuando se llevó a la boca un pedazo de pan con un trocito de huevo encima, sus papilas gustativas se exaltaron al paladear algo tan sabroso. Sin querer ratificar la frase del hombre, fue devorando la comida que tenía enfrente. Tras el último mordisco de pan, levantó con suavidad la mirada y observó que Tom la contemplaba con los brazos cruzados, sin dejar de esbozar esa mueca que parecía una sonrisa.

—¿Qué? —inquirió ella con la boca llena—. Ayer no cené...

—Ya... —Tom mantuvo su pose triunfante—. Bueno, el deber me llama. Si tengo un hueco por la mañana, iré a visitarte al hospital.

Antes de que Virginia pudiera engullir lo que tenía en la boca y replicarle, él se había puesto ya el sombrero y se despedía de la señora Duffy, que estaba sentada tras el mostrador. La joven le echó un último vistazo. Deseó, con todas sus fuerzas, odiarlo por la actitud insolente que tenía hacia ella, pero en el fondo no podía. ¿Cómo se podía odiar a una persona que, por mucho que no deseara reconocerlo, cuidaba de ella? Porque eso era lo que había estado haciendo Tom desde que la había conocido. No sabía la razón ni comprendía por qué tanta insistencia, pero lo hacía. Suspiró con nostalgia al admitir que desde hacía mucho nadie se había preocupado por ella. Quizá ésa fuera la causa por la que había pensado en él la noche pasada. Alargó el brazo hacia la taza de café, se la llevó a los labios y, mientras se calentaba las manos con el calor que ésta desprendía, se reclinó en la silla y comenzó a pensar en lo diferente que era Tom

de Henry. Éste siempre le recriminaba cada cosa que hacía. Al principio de su relación, todo parecía perfecto, aunque con el tiempo esa perfección se volvió imperfecta. No le gustaba su vestimenta, no le agradaba su larga melena, le reprochaba su forma de comer, pero, claro, ella no podía decir nada sobre los interminables idilios amorosos que él le ocultaba día tras día. Frunció el ceño, respiró hondo y levantó la mirada. Kathy la observaba con una gran sonrisa.

—¿Me decía algo? —preguntó con timidez.

—Te decía, por tercera vez, si te ha gustado el desayuno. —Se acercó a la mesa y comenzó a recoger los platos, ahora vacíos.

—Ha sido el mejor que he tomado en años.

Virginia depositó la taza sobre la mesa e intentó ayudarla, pero la mujer le apartó con mimo las manos para que no continuase.

—Márchate. Debes ir a trabajar. Si la experiencia de esta vieja no falla, tendrás mucho trabajo —comentó mientras apilaba los platos.

—Muchas gracias.

Retiró la silla, se levantó y, sin saber por qué, le dio un beso a la mujer en la mejilla antes de salir del hostel.

Cuando abrió la puerta, se sorprendió al ver que por fin en las calles había gente y que todo el mundo, sin conocerla, la saludaba con un «buenos días». Eso no lo había vivido en la ciudad, donde cada individuo iba a lo suyo y no alzaba la mirada para observar a quien tenía a su lado. De repente, justo antes de acceder a la escalera que la llevaría hasta el interior de la clínica, un hombre de avanzada edad y vestido con una ropa cubierta de manchas verdes y de polvo se le acercó por la derecha.

—¿Es usted la nueva enfermera? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con cautela.

—Buenos días, necesitaría que me revisara esta herida.

El anciano se levantó la pernera del pantalón y permitió que Virginia observara la enorme lesión, que incluso tenía pus alrededor.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella asombrada—. Venga conmigo y lo curaré ahora mismo. —Agarró a su primer paciente del brazo y lo ayudó a subir la escalera. Abrió la puerta y se encontró con la sonriente Miah—. Buenos días, necesito atender a este hombre, ¿me podrías indicar dónde está la sala de curas?

—¿Otra vez aquí? —le preguntó Miah al anciano con las cejas arqueadas.

Virginia los observó con prudencia. El hombre seguía aferrándose a ella y no la soltaba. Entonces sintió cómo su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia la izquierda.

—Esta mujer tiene pinchos en el culo —le comentó el anciano al oído—. Usted no le haga caso y cúreme.

Virginia, que no sabía si reír o enfadarse, caminó junto al hombre hacia la puerta que Miah le señalaba con el dedo. Dentro descubrió una pequeña cama, una mesa blanca alargada y una estantería metálica donde innumerables botes y vendas estaban colocados en perfecto orden.

—Siéntese y levántese el pantalón. Necesito volver a ver esa herida.

El hombre hizo lo que, con tanto cariño, la nueva enfermera le había indicado mientras ella buscaba un bote de agua oxigenada, guantes y gasas estériles.

—Me lo hice hace un par de días —empezó a explicarle—. Estaba en el campo y noté un terrible dolor. Cuando miré, vi que tenía una herida y sangraba bastante.

—¿Recuerda con qué se lo hizo? —preguntó ella al tiempo que rociaba un buen chorretón de líquido en la zona que debía limpiar.

—No, pero imagino que sería con alambre, porque estaba cercando el campo cuando sucedió.

—¿Tiene puesto el tétanos? —continuó su interrogatorio mientras desinfectaba la herida.

—Pues el pantalón creo que es de algodón...

Virginia levantó la mirada y no supo cómo reaccionar. Terminó mostrando una leve sonrisa y explicándole al hombre, durante la cura, a qué se refería.

—La vacuna del tétanos se pone mediante una inyección que se ha...

—¡Sí! ¡Eso sí lo tengo! Esa vieja bruja me clavó una aguja en el culo con tanta fuerza que atravesó mi cuerpo —dijo el paciente con enfado.

—Bueno, pues esto ya está. Debe limpiarse la herida con jabón y, si dentro de un par de días no empieza a cicatrizar, vuelva de nuevo.

—¿Va a quedarse aquí?

—¿Cómo? —inquirió Virginia al tiempo que se quitaba los guantes de látex y los tiraba a la basura.

—Se rumorea por el pueblo que sólo está de paso. Que ha pedido el traslado.

—Veo que me informaron bien cuando me advirtieron de que en este lugar no se pueden guardar secretos... —comentó ella cruzándose de brazos y sonriendo con desgana.

—¿Y bien? —insistió el anciano.

—No lo sé... —dijo con un profundo suspiro.

—Bueno, entonces me ha dicho que regrese dentro de dos días, ¿verdad? — Se levantó, se bajó la pernera del pantalón y se dirigió hacia la puerta.

—Le he dicho... —Pero Virginia no terminó. El anciano ya se había ido.

«Aquí todo el mundo está sordo o hace lo que le da la gana», caviló al tiempo que ocupaba la silla tras el escritorio y encendía el ordenador.

—¿Se puede? —Oyó la voz de Miah detrás de la puerta.

—Pasa, tan sólo me he puesto a mirar algunos archivos de pacientes.

—El señor Miller es buena gente, pero está muy solo.

—El señor Miller tenía una herida infectada —la corrigió ella—. ¿Sabes si está vacunado? Esa herida era un tanto fea.

—Sí está vacunado, lo que sucede es que es diabético y...

—¡Ah! Ya entiendo. Bueno, de todas formas, vendrá dentro de dos días y así podré controlarle la herida y el nivel de azúcar.

—¿Qué tal has pasado la noche? —Sin ser invitada a ello, Miah se sentó sobre la camilla y alargó las manos hacia sus rodillas.

—He descansado muy bien, como hace tiempo que no hacía.

De nuevo, Virginia notó que le ardían las mejillas. Si seguía así, tarde o temprano la descubrirían porque seguro que en algún momento su subconsciente la traicionaría.

—Eso es el aire de Old-Quarter, nos relaja a todos —sonrió Miah.

Antes de que ella pudiera responder, alguien volvió a llamar a la puerta. Miah se levantó y se dirigió a abrir, habló con alguien fuera y luego asomó la cabeza.

—Virginia, tienes trabajo —la informó.

—Hazlos pasar...

CAPÍTULO 5

UN DÍA TRANQUILO

Las horas pasaron con rapidez. La gran afluencia de visitas evitó que Virginia tuviese algo de tiempo para mirar el reloj. Creía que, al ser un pueblo tan diminuto, no tendría mucho trabajo, pero se equivocaba. Los pacientes que acudían al pequeño y viejo hospital no sólo eran habitantes de Old-Quarter, sino que allí también trataban a propietarios de fincas colindantes. Casi todos ganaderos, casi todos con heridas infligidas por los instrumentos que utilizan en las tareas habituales del campo, y algunos de ellos aparecieron incluso montados a caballo. Exhausta, se sentó en la silla y anotó el pronóstico de su último paciente. Estaba terminando de redactar el informe cuando una pregunta apareció en su cabeza como una estrella fugaz: ¿no le había dicho Tom que la visitaría? Fue una pregunta tan inesperada que hasta ella misma se sorprendió. «Quizá se haya dado por vencido y deje de atosigarme. —Puso las manos sobre la mesa, miró la pantalla del ordenador y continuó cavilando—. ¿De verdad piensas que es un acosador? No, no parece un tipo así. Más bien parece un hombre que, tras salvarte la vida, se ha preocupado de tu bienestar. Eso, querida Virginia, es algo a lo que no estás acostumbrada y que, según parece, en este pueblo es lo normal. ¿No te has dado cuenta de lo amables que son aquí? Pues él no tiene por qué ser la excepción. Claro que, si lo comparas con lo que has vivido con Henry, todo tiene que resultarte extraño.» Y así era. Henry era un futuro político, un hombre de negocios que controlaba cualquier detalle, por insignificante que fuera. Había llegado a revisar incluso su forma de vestir, su

alimentación y su comportamiento. Todo lo que ella odiaba en una pareja lo había encontrado en él. Enfurecida por los recuerdos y la sumisión que éste le había provocado, golpeó con fuerza la mesa.

—¿Un mal día? —Mathew apareció justo en el momento del incontrolado impacto.

—¡No! —respondió ella con rapidez notando cómo sus mejillas comenzaban a arder de nuevo—. Son sólo recuerdos..., malos recuerdos. —Sonrió.

—Si te sirve de consuelo, cuando vine aquí —entró y entornó la puerta—, huía de un pasado repleto de angustia. Pero, tras asentarme en este pueblo y respirar el ambiente que desprende, me llené de paz.

—Vaya... Me alegro mucho por ti, aunque yo no tengo ese tipo de problemas —dijo ella con aparente calma—. Ya sabes que este destino es sólo circunstancial, estoy esperando...

—Ya..., ya —la interrumpió el doctor.

—Y hablando del tema, ¿sabes si ha llegado ya el fax que espero?

Virginia se levantó de su asiento y se quitó la bata. Rezaba para que la respuesta fuera afirmativa, pero tal como expresaba el rostro del doctor, imaginó que aún no tenía noticias de ello.

—Miah no me ha informado de nada. Imagino que, en cuanto lo tenga, te lo dará —respondió él en tono impersonal. Como si el tema de poder abandonar el pueblo y conseguir asentarse en una ciudad para vivir el resto de su vida no fuera tan importante.

—Pensarás que soy una ansiosa, pero ponte en mi lugar, ¿cómo estarías tú si todo tu futuro dependiera de un dichoso papel? —indicó Virginia con un largo y profundo suspiro.

—Estaría como tú, ansioso, o más bien desesperado. Sin embargo, te hago una pregunta: ¿por qué no quieres darle una oportunidad a Old-Quarter? Si lo intentaras...

—No, gracias. Sé que mi sitio no está aquí —dijo ella frunciendo con suavidad el ceño.

—Mientras llega ese fax, podrías participar en el evento de este sábado. —Ante la cara de sorpresa que Virginia mostró, Mathew continuó—: Hace un par de meses, nuestra iglesia ardió. No hubo víctimas, gracias a Dios, pero tan sólo quedó la sólida estructura de lo que fue un lugar de paz. Los vecinos decidieron

reconstruirla durante los fines de semana. Por eso, todos los sábados preparamos manjares y pasamos la jornada arreglando nuestra parroquia. Es un día especial y muy divertido. Todos los lugareños nos unimos, charlamos, comemos..., y cuando regresas a casa, comienzas a ver la vida desde otra perspectiva.

—Y, cuando la iglesia esté reconstruida, ¿quemaréis otra cosa para continuar con dicha diversión? —soltó Virginia con sarcasmo.

—No seas tan cínica. Sólo te animo a que vengas y vivas lo que allí se siente —dijo Mathew sin querer reprocharle su insolente e inoportuna pregunta.

—No, gracias. Aprovecharé para regresar a la ciudad. Necesito hacer unas cosas.

Virginia abrió la puerta y dejó a Mathew dentro.

—Buenas tardes, Miah. Me marchó —se despidió de la joven sin darle tiempo a que ella respondiera.

Cuando Mathew y Miah se quedaron solos, esta última caminó hacia la consulta y se apoyó en la puerta con los brazos cruzados.

—No estoy de acuerdo contigo. Creo que deberías dárselo cuanto antes; esa mujer tan estirada no encaja en el pueblo —expuso enfadada.

—Hay que darle una oportunidad. ¿Acaso has olvidado cómo fue mi primer mes aquí? —El médico caminó hacia ella y se quedó a unos centímetros de distancia. Quería acercarse más, pero estaba seguro de que ni era el momento ni el lugar.

—Sí que lo recuerdo. Creo que nadie en este tranquilo pueblo podría olvidarse de ello —comentó Miah con mofa.

—Bien, pues dejemos que pasen esas dos semanas que ella piensa que debe permanecer aquí y, si sigue deseando huir, entonces le darás ese fax.

—Pero en ese momento verá la fecha de recepción y... —Ella abrió unos ojos como platos.

—Le pondremos cualquier excusa. Hoy en día, las administrativas pueden ser muy despistadas... —Mathew sonrió, le puso la mano en el hombro y regresó a su despacho.

Miah se quedó observando cómo se alejaba. Sus ojos se entristecieron y su semblante palideció. No le cabía duda, estaba enamorada de Mathew, pero, por mucho que le doliese no hacérselo saber, debía seguir ocultando su secreto. Después de su horrorosa vida con Luke, ¿cómo podría mantener otra relación?

Tras un resoplido, regresó al mostrador, selló los últimos papeles que le quedaban en la carpeta y, después de informar al doctor de su partida, se marchó a su casa.

* * *

Era la hora de almorzar y se notaba. No había nadie por la calle. Parecía que Tom, al final, iba a tener razón y en aquel lugar se respetaban mucho los tiempos de llenar los estómagos vacíos. Con paso ligero, porque el suyo también reclamaba ser llenado, Virginia llegó al hostel. Abrió despacio la puerta y se encontró con Kathy, que llevaba otra bandeja de suculentos platos hacia el comedor.

—¡Venga, te estaba esperando! —le dijo la anciana con entusiasmo.

Con cierta cautela, caminó tras los pasos de su anfitriona. Cuando dirigió la mirada hacia el salón observó, con tristeza (aunque jamás lo admitiría) que Tom no estaba esperándola.

—¿Te sucede algo? —inquirió Kathy tras observar el semblante afligido de la muchacha.

—¡Nada! —se apresuró a responder ella—. Es sólo cansancio.

—Este pueblo engaña, ¿verdad? Debías de imaginar que no habría nadie y ha resultado ser todo lo contrario. —La señora Duffy le ofreció asiento y, mientras Virginia afirmaba con la cabeza, ella le sirvió un buen plato de deliciosa comida caliente—. Come, esto repondrá ese cuerpo fatigado.

Sin oponerse, Virginia cogió la cuchara y comenzó a introducir en su cuerpo aquello que parecía un estofado de res. Emitiendo en cada cucharada un pequeño gemido de placer, devoró la cantidad que la mujer le había servido.

—Está buenísimo... —dijo tras limpiarse la boca con la servilleta de tela blanca que yacía sobre sus rodillas.

—Es una receta antigua. Mi bisabuela se la enseñó a mi abuela, ella a mi madre y luego pasó a mí. Imagino que cada una le ha dado un toque diferente, pero la base es la misma —explicó la anciana reclinándose sobre el respaldo del asiento.

—Mi madre tan sólo me enseñó a ser una luchadora en un mundo de lobos —dijo ella sonriendo levemente.

—Cada una enseña lo que puede.

—Mundos distintos —susurró Virginia—. Entonces... —cambió de tema porque no le gustaba hablar de su madre—, ¿usted vive en este lugar desde que nació?

—Sí, aquí llevo toda una vida... —contestó Kathy. Lo dijo con un tono suave, alargando cada palabra.

—¿Nunca ha pensado en marcharse, en alejarse?

—¿De Old-Quarter?

Virginia asintió

—¡No! Aquí he tenido todo aquello que he necesitado para ser feliz. ¿Por qué iba a abandonar el lugar donde tengo lo que deseo?

—Me cuesta creerlo. Quizá, al venir de una ciudad donde las necesidades de una persona nunca se ven saciadas, hace que me resulte difícil pensar que alguien puede conseguirlo.

—Mis necesidades, como tú las llamas, eran pocas: un hogar, alimento con el que subsistir y un buen hombre a mi lado —explicó Kathy.

La satisfacción que mostraba su rostro anciano le demostró a Virginia que la felicidad podía alcanzarse, que no se trataba de algo utópico.

—Y ese buen hombre era quien tocaba el piano, ¿verdad? —Dirigió la mirada hacia el objeto inanimado.

—Sí. Howard era un loco enamorado de la música. De joven se marchó a la ciudad para aprender a tocar ese armatoste. Cuando lo consiguió, regresó al pueblo, construyó este hostel y se casó conmigo.

—Los hombres en la ciudad son diferentes... —dijo Virginia con pesar.

—¿Divorciada? —La anciana la observaba atenta mientras levantaba, como era costumbre, sus gafas.

—¡No! Gracias a Dios, descubrí que no era quien decía ser y lo dejé.

—¿Cómo se lo tomó?

—No muy bien... —respondió tras una pequeña risotada—. Es demasiado orgulloso, y creo que le di una buena patada en su ego.

—¿Por eso te trasladaron? —continuó Kathy con el interrogatorio.

—Pues no lo sé con certeza... A veces me hago esa pregunta. Tal vez quiso apartarme de su vida de la única forma que sabe, retirando todo aquello que le molesta... —Virginia desvió la mirada hacia el enorme ventanal que había a su

derecha y observó la calle.

—Ése es el duro precio que hay que pagar cuando una se lía con el jefe... — Kathy se levantó de la mesa para recoger.

—Henry no era mi jefe exactamente. Es miembro de la comisión de benefactores que se hacen cargo del hospital.

La joven imitó a su anfitriona y la ayudó. Esta vez, la anciana no la regañó, al contrario, le dejó que recogiera la mesa.

—Aquí hay un refrán que dice algo acerca de que donde trabajas no hagas no sé qué, pero ahora mismo no me acuerdo con exactitud.

—No se preocupe, mi madre me ha enunciado todos los refranes que pueden existir en el mundo y, sí, ése también me lo repitió varias veces cuando recibí la carta de traslado —explicó ella, intentando mostrar que su confesión no le producía dolor.

—Bueno, pues si Dios te ha mandado hasta el pueblo más apartado del estado de Texas, tendrá sus motivos. —Kathy continuó avanzando por el salón hasta llegar a la cocina.

—No tengo ni idea de qué es lo que desea Dios, pero sí que entiendo que alguien no quería que continuase trabajando en mi antigua plaza...

—Pues rezaremos por ese imbécil —dijo la anciana antes de dibujar en su cara una sonrisita.

A Virginia la tarde con Kathy le resultó bastante agradable. Ambas salieron a dar una vuelta por el pueblo para comprar algunos víveres. En su largo y ameno paseo, la anciana le informaba sobre quiénes eran las personas a las que saludaba y le contaba, entre cuchicheos, algo de sus vidas pasadas. En general, eran gente corriente que vivía con tranquilidad y amabilidad. El hecho de que todos se conocieran tan bien les proporcionaba cierta complicidad y una infinita amistad. De regreso, pasaron por el taller de Dylan, un hombre entrado en los cincuenta que, bajo una desastrosa vestimenta azulada, recibía a todo el que aparecía por su local con una enorme sonrisa.

—Buenas tardes, Dylan. Te presento a la señorita Wallace, es nuestra nueva enfermera.

—Encantado... —dijo él mientras se limpiaba sus grasientas manos en los pantalones y, tras comprobar que estaban algo más limpias, extendía una hacia Virginia.

—Igualmente... —respondió la joven agarrando aquella mano pringosa de aceite.

—Necesito que le echés un vistazo a la caldera. Desde hace unos días la oigo hacer unos ruidos bastantes extraños, y mucho me temo que pronto nos dejará sin agua caliente.

—Señora Duffy, tendrá que esperar un par de días. Ahora mismo estoy liado con el tractor de Tom Sanders.

Al oír eso, Virginia tuvo que morderse la lengua para no preguntar qué le sucedía. Estaba segura de que la avería había sido causada por el quiebro que Tom había dado en la carretera para no arrollarla. Gracias a Dios, fue Kathy quien hizo la pregunta, y ella escuchó con atención la exposición del mecánico.

—El motor suena como una cafetera y el eje está torcido. Parece que estaba arando la tierra y, en un despiste, volcó el tractor. Aunque sé que miente. Si este trasto cae hacia la izquierda, como me ha dicho, no habría fuerza humana capaz de volver a enderezarlo.

—Quizá haya sido otra cosa... —dijo la anciana sin dar importancia a la duda de Dylan. Recordaba que el muchacho le había comentado que había tenido un «casi accidente» con la joven que tenía a su lado, y si Tom no había desvelado la verdadera razón, ella tampoco pensaba hacerlo.

—Aquí nada es lo que parece, señora Duffy. Pero ya sabemos cómo es Tom, —explicó él mirando a la anciana—. Así que, si él me ha dicho eso, no pongo en duda su palabra.

Virginia se mordió de nuevo la lengua. Deseaba preguntarle: «Y ¿cómo es Tom?». Pero guardó silencio hasta que se marcharon de aquel lugar y, tras reanudar su paseo, Kathy comentó con cierta preocupación:

—Ese chico..., no sé.

—¿Le sucede algo? —preguntó ella con cautela, esperando que la reflexión de la señora Duffy se acercara a sus pensamientos.

—No, nada. Son sólo cosas de viejos —repuso ella, y zanjó el tema.

Virginia se quedó con la miel en los labios. Estaba tan enfadada como el niño al que le enseñan un pastel y luego se lo quitan. «No es porque me interese saber nada de ese cabezota —se dijo—. Sólo me siento culpable de lo sucedido, puesto que yo tuve algo que ver.» Callada y sin dejar de cavilar, continuó mostrando a su acompañante una sonrisa y un rostro de amabilidad. Cuando llegaron a casa,

decidió darse una ducha antes de cenar y meterse en la cama. Esa que la había acogido la noche anterior y le había ofrecido el mejor descanso de toda su vida. Una vez en soledad, se sentó sobre el colchón y continuó pensando. Quizá, el hecho de que Tom no hubiese aparecido por el hospital tuviera algo que ver con su tractor. Tal vez, al descubrir que por su despiste él había sido el peor parado, ya no pensaba volver a verla. Debía de estar resentido. «Podría hablar con él y pagar su factura —concluyó Virginia, levantándose de un salto y quitándose el vestido—. Así le demostraré que no soy una mujer a la que debe cuidar, porque sé hacerlo muy bien yo sola. —Sonrió—. Pero... ¿estás tonta? —se preguntó a continuación mientras caminaba hacia el baño—. ¿Por qué tienes que demostrarle nada? ¿Quién es ese hombre para ti? ¡Si acabas de conocerlo!...» Después de eso, se miró en el espejo y empezó, sin saber por qué, a recordarlo. Era un hombre bastante atractivo, alto, muy alto, fuerte, muy fuerte, con una mirada oscura, demasiado. Jamás había visto un hombre así, salvo el día en que... «¡Imposible! —gritó para sí al tiempo que abría el grifo del agua caliente y dejaba que el chorro llenara la bañera—. Eso pasó hace cinco años, y en Ogallah. ¿Cuántos kilómetros puede haber desde aquí? ¿Mil, mil doscientos tal vez? Es inviable, nadie viaja de un estado a otro salvo tú... Además, siempre pasa lo mismo. Cuando llevas más de un mes sin acostarte con un hombre, todo el que encuentras crees que es él, y «ese él» desapareció de tu vida justo cuando cerró la puerta y te dio las gracias por echarle un polvo. Deja ya esas tonterías y regresa aquí y ahora», se dijo, dando por finalizada la tormenta de ideas que se había producido en su mente sin poder evitarlo. A continuación, se metió en el agua y dejó que su calor la abrigase durante un buen rato.

CAPÍTULO 6

FRÍO

¿Puede alguien quedarse dormida en la bañera hasta despertar congelada? Pues sí, y así fue como Virginia consiguió abrir los ojos. Estaba morada y los dientes le castañeteaban sin parar. Se incorporó, quitó el tapón y abrió el grifo. Necesitaba con urgencia entrar en calor. Esperó a que saliera agua caliente, y esperó, y esperó... Hasta que, cansada, cogió la toalla, se la enredó en el cuerpo y salió de la habitación. Parecía que la caldera, tal como había indicado la dueña del hostel, estaba haciendo de las suyas. Echando un rápido vistazo antes de bajar la escalera y, tras confirmar que no había nadie a quien pudiera sobresaltar con su desnudez, empezó a buscar a la señora Duffy. Después de unos minutos, decidió preguntar a media voz:

—¿Kathy? ¿Está por aquí? Creo que la caldera se ha roto definitivamente.

Nadie contestó, así que continuó su aventura por la casa. Caminó hacia la cocina. Supuso que la anciana andaría preparando la cena y no la había oído. Pero allí no encontró a nadie. De reojo apreció que la puerta que conducía al sótano estaba entreabierta. Se acercó y, desde allí mismo, porque había mucha oscuridad y no le gustaban nada los ambientes tenebrosos (aún más, sabiendo que el marido de Kathy estaba muerto), la llamó. Siguió sin obtener una respuesta, por lo que se armó de valor y comenzó a descender. En cada escalón que pisaba suspiraba y se decía a sí misma que no sucedería nada, que los fantasmas eran una invención creada para causar pavor a los niños. Sin embargo, estaba aterrada. Era una niña asustada que avanzaba en la oscuridad protegiendo

su desnudez con una toalla más pequeña de lo habitual. En el último peldaño volvió a llamar a la señora Duffy y entonces le pareció oír un leve quejido. Con valentía, aparente claro está, avanzó.

—¿Kathy? —volvió a preguntar.

—Estoy aquí, justo a tu izquierda —le respondió la anciana. Pero cuando Virginia apareció con la toalla alrededor del cuerpo, la anciana se sorprendió y le preguntó alarmada—: ¿Qué ocurre?

—No sucede nada. Quería darme un baño, pero según parece...

—Lo siento. Debería haberte avisado de que finalmente ha terminado estropeándose. Llevo algo más de una hora intentando arreglar este cacharro, pero no lo consigo. Si eres tan amable de apretar esta manivela, buscaré algo que nos pueda servir mientras Dylan la repara.

Virginia se acercó hasta donde estaba la mujer y cogió el eje metalizado que le indicaba. Cuando se giró para hablar con ella sobre la posibilidad de encender una luz que alumbrara la tenebrosa habitación, la anciana ya se había ido. Kathy era muy sigilosa y, a pesar de ser una mujer de edad avanzada, se movía con rapidez. «Relájate —se decía la joven una y otra vez mientras esperaba el regreso de su anfitriona con ansiedad—. Eres adulta y debes hacer desaparecer esos miedos infantiles.» Pero el tiempo pasaba y la mujer no llegaba. Justo en el instante en que había decidido abandonar su misión, unas grandes piernas comenzaron a descender por la escalera.

—Kathy, ¿es usted?

—¿Acaso la señora Duffy podría calzar un cuarenta y siete? —le preguntó divertido Tom al llegar al último escalón.

—¿Tom? ¡Oh, Dios mío! ¡Ni se te ocurra mirarme! —voceó.

—¿Que no te mire? —preguntó él entre risas.

—¡Estoy desnuda! —exclamó ella llena de pavor.

—¿Desnuda? —Tom frenó en ese último peldaño. Trató de no mirarla, pero saber que bajo aquella tela no llevaba nada hacía que sus pupilas no fueran capaces de moverse hacia otro lado.

—Quería..., yo... —balbuceó Virginia, pero al final acabó ordenándole—: ¡Vete, por Dios!

—¿Crees que eres la primera mujer que veo desnuda? —inquirió él sin querer dar demasiada importancia a ese hecho—. No me vas a enseñar nada

nuevo... Además, ya sabes que no me gustan las mujeres huesudas... —Sonrió de medio lado.

«Otra batalla perdida...», se dijo la joven, y agachó la cabeza para que él no viese que se sonrojaba.

—Déjame que le eche un vistazo a ese cacharro, tú puedes subir y ponerte algo de ropa. No querrás asustar a cualquiera que ponga sus ojos sobre tu cuerpo, ¿verdad?

Con el orgullo en su nivel máximo, Virginia dejó de apretar la llave que sujetaba, hizo el hueco suficiente para que Tom pudiera pasar y, bufando como un toro a punto de embestir, dio unos pasos hacia delante.

—¿Sabes? Haces un sonido muy gracioso cuando resoplas —murmuró Tom cuando ella se alejaba.

—¡Eres un...! —Al girarse, justo en el momento en que iba a soltar el insulto más grande jamás oído, sus pies desnudos tocaron algo que la asustó y, sin pensarlo dos veces, Virginia saltó sobre el cuerpo de Tom.

Él la recibió liberando las herramientas que sujetaba entre las manos. Virginia tenía la cabeza pegada a su pecho y la respiración agitada por el sobresalto, Tom no sabía, con exactitud, qué debía de hacer. Se encontraba en ese momento en el que uno se pregunta: «Y ¿ahora qué?». Sólo pensaba en una cosa: si ella seguía en aquella posición durante mucho tiempo, su muro, ese que había construido desde la primera vez que la vio, se derrumbaría con facilidad, y no podía permitir que le sucediera lo mismo dos veces.

—Lo siento... —susurró Virginia sin alzar el rostro.

—Tranquila... —La levantó, colocando las piernas de la chica sobre su cintura y, haciendo el esfuerzo más grande de su vida, porque no paraba de pensar que su pantalón tocaba la calidez del sexo femenino, la dirigió hacia la escalera—. Baja despacio... —continuó con voz suave y melosa, casi estrangulada por la excitación que sentía mientras la depositaba sobre el peldaño—. Aquí no hay nada que deba asustarte.

—Tom...yo... —La altura del escalón la dejaba al mismo nivel que él. Sus labios casi podían rozarse. Sus ojos brillaban, y podía observar cómo las ventanas de la nariz masculina se movían para tomar aire.

—La señora Duffy te avisará cuando haya terminado aquí —dijo Tom. Después se giró y se marchó hacia donde estaba la caldera.

Virginia lo miró durante unos segundos, luego, tras relajar aquella excitación que había sentido de repente, subió tal como pretendía. Arriba, en la cocina, apoyó la espalda en la pared y echó la cabeza hacia atrás. Era una locura, su vida era una maldita locura. Además, por mucho que se obligaba a pensar que Tom no era el extraño de aquella vez, su olor, su rudeza al hablar e incluso la magnitud de su cuerpo le gritaban todo lo contrario. Sin embargo, debía de estar equivocada, tenía que estarlo porque, si no fuera así, él le habría insinuado algo al respecto, y no lo había hecho. Enojada consigo misma, se marchó a su dormitorio sin comprobar siquiera que en el hostel hubiese alguien más.

Tom no sabía con certeza si lo que tenía entre las manos era el tubo que debía cambiar o su sexo que, debido a la excitación, se había liberado del pantalón. Cuando comprobó que ella ya se había marchado, apoyó la espalda en la caldera y echó la cabeza hacia atrás para golpearse unas cuantas veces. Había estado cerca, muy cerca, de cometer otra locura y tenía que poner remedio cuanto antes. Respirando profundamente y después de sopesar los pros y los contras, tomó una decisión.

Una hora después, la señora Duffy llamaba a la puerta de la habitación donde descansaba Virginia para informarle de que la caldera estaba arreglada y que por fin tenían agua caliente.

—Gracias —le respondió ella, aunque ya no la necesitaba.

Desde lo sucedido en el sótano con Tom, se había metido en la cama y no deseaba salir de allí hasta que el canto del gallo le indicara la llegada de un nuevo día.

CAPÍTULO 7

¿DÓNDE ESTÁS?

Viernes. Habían pasado tres días desde el pequeño incidente de la caldera y Tom no daba señales de vida. Todas las mañanas, Virginia bajaba esperando encontrarlo en el comedor, pero eso no sucedió. Con cierta tristeza, se tomaba el desayuno que con tanto amor le preparaba la señora Duffy y se marchaba al trabajo. Lo primero que hacía tras abrir la puerta de la clínica y saludar a Miah era preguntarle si por fin había llegado el fax que esperaba. La respuesta de ésta siempre era la misma: «No», y luego la acompañaba con una enorme sonrisa. Cabizbaja, Virginia se metió en la consulta y encendió el ordenador. Mientras éste arrancaba y accedía a los ficheros, pensó que no le cabía la menor duda de que Tom la estaba evitando, aunque lo entendía. ¿Qué debía de haber pensado cuando ella se lanzó a sus brazos como una loca aterrorizada? Nada bueno. Sin embargo, su problema real no era la patética escena de miedo, sino el minúsculo instante en el que duró la proximidad de ambos. Sus labios, la oscuridad de sus ojos, su pecho tocando el suyo cuando respiraba... «¡Basta! —se dijo enfadada—. Mejor así. Pronto me marcharé de aquí y no quiero ser como esos marineros que mantienen amoríos en cada puerto. Además, ¿qué hago yo aquí? Mi hogar está muy lejos de este minúsculo pueblo, a muchos kilómetros de este maldito...»

—Buenos días. —Mathew interrumpió sus agónicos pensamientos.

—Buenos días. ¿Cómo crees que se presenta la mañana? —preguntó ella impaciente.

Necesitaba mantener la mente ocupada para dejar de pensar en la escena con Tom y las similitudes que éste tenía con el extraño del bar.

—Si mi experiencia con estos aldeanos no falla, hoy nos visitará muy poca gente —contestó el médico sin moverse de la entrada, observando cómo Virginia intentaba relajarse de aquello que había estado meditando antes de su intervención.

—¿Y eso? —Arrugó la frente y abrió los ojos de par en par. Para un día que necesitaba ver a esos ancianos dándole guerra, ¿no iban a venir?

—Porque mañana es sábado y todo el mundo se prepara para asistir al día de campo. Ya te lo dije hace unos días. Aquí se toman muy en serio el tema de la diversión, y no les interesa que el médico les diagnostique que no es conveniente que salgan de su casa. Por cierto, hablando de la jornada del sábado, ¿lo has pensado mejor?

—¿Qué tiene que pensar mejor? —Miah apareció tras él.

Aunque intentara disimular que no había oído la conversación, Virginia estaba segura de que, desde que el doctor se había acercado a su puerta, ella había aguzado el oído.

—Le explicaba a Virginia lo que sucede los sábados, y la estaba invitando a que se uniera a nosotros.

—¿Ha dicho ya que no? —quiso saber Miah. La sonrisa en su rostro y la mirada clavada en la joven le advertían a ésta que su pregunta encerraba cierto sarcasmo.

—No me ha respondido todavía. Creo que lo está pensando... —dijo Mathew sin dejar de mostrarle una ternura especial. Una ternura poco usual entre dos compañeros de trabajo.

—¡Ah! Creía que *la señorita No* ya se había negado —expuso ella con retintín.

—¿La señorita No? —espetó Virginia con aspereza.

—Así te llamamos en el pueblo. Porque debes admitir que, cada vez que te preguntamos algo o te invitamos a algo, respondes «No» con mucha rapidez. Si esa sílaba fuera una bala, te habrías hecho la dueña del pueblo en esta semana.

—Pues, mira, al final lo he pensado mejor y sí que voy a ir —reaccionó ella con soberbia—. Decidme cuándo y dónde, y allí estaré.

—Si quieres, mañana te recojo a las diez, ¿te parece bien?—intercedió Miah.

Le resultaba divertido ver la cara de enojo de la joven. Nadie en el pueblo se había enfurecido tanto por un mote tan infantil.

—Sí —afirmó Virginia enérgicamente.

—Entonces, todo dicho, y ahora a trabajar.

Mathew cerró la puerta y dejó a Virginia sola. Desde el pasillo, la oyeron maldecir por el apodo que la gente del pueblo le había puesto y cómo les iba a demostrar que ella no era *la señorita No*.

—Te lo dije... —sonrió Miah al doctor, y éste afirmó con la cabeza—. Las mujeres como ella no pueden resistirse a un desafío.

—Eres tan... —Se calló. Miró los verdosos ojos femeninos y, tras tomar fuerzas para no besar aquellos rojos labios que se alargaban con sensualidad, caminó hacia su despacho—. Avísame si aparece alguien.

—Ya sabes...

—Lo sé...

Mathew cerró la puerta y se quedó parado. Ahora que no tenía testigos que descubrieran su secreto, susurró las palabras «Te quiero», que tantas veces había querido murmurarle a la mujer que tenía a su lado.

Tal como la habían informado, esa mañana no apareció nadie. Virginia se sorprendió de no tener ni a un triste paciente con una picadura de mosquito. Aquello significaba que, en verdad, los lugareños se tomaban muy en serio la actividad del sábado. Arrepentida de haber aceptado, intentó buscar una buena excusa para no asistir, pero, en el transcurso de las horas no halló ninguna sensata. «¡Mierda! —escupió tras apagar el ordenador—, y sigue sin llegar el maldito fax. ¿Estará estropeado y Miah no se ha dado cuenta?» Después de recoger sus cosas, salió sigilosamente y, como no había nadie por los alrededores, se coló tras el mostrador de recepción y comprobó que el fax funcionara.

—¿Qué buscas? —la sorprendió Miah.

—Yo... venía..., necesito saber... —Virginia salió y dejó que ella se colocara en su puesto.

—Funciona. Aunque creas que somos un pueblo de paletos, algo sabemos, y a enchufar el fax para que éste funcione fue una de las primeras cosas que me enseñaron —comentó Miah con tanta mordacidad que Virginia se sintió mal por su comportamiento.

—Lo siento. Estoy desesperada. Me gusta estar aquí, pero de verdad que no es mi lugar. Debo marcharme cuanto antes...

—Lo dices con tanta pena que haces que me pregunte si te ha sucedido algo grave con algún lugareño para que quieras salir huyendo de este tranquilo pueblo. —Amusgó los ojos y la observó sin parpadear.

—¡No! ¡Para nada! —se apresuró a responder ella—. Aquí todo el mundo es muy gentil y amable.

—¿Todo el mundo? —insistió Miah.

—Sí, todo el mundo —repitió con retintín.

—Se rumorea...

—¡Ay, Dios! Y ¿cuándo no hay un rumor aquí? —exclamó Virginia poniendo los ojos en blanco y cruzándose de brazos.

—¿Quieres callar? Escucha un poco, que quiero saber tu opinión al respecto.

—¿Mi opinión? —inquirió asombrada.

—¿Puedes dejar que me explique?

—Venga, cuéntame. ¿Qué ha sucedido esta vez?

—Se rumorea —repitió Miah, parándose en cada sílaba— que Tom tuvo un accidente...

—¿Cuándo? —soltó con rapidez.

Quizá ésa era la causa por la que no había sabido nada de él. Pero si había tenido un accidente, ¿por qué no la habían llamado? Seguro que, aunque estuviese moribundo, gritaba que no la llamaran por lo sucedido la noche de la caldera.

—¿Quieres escuchar?!

—Sí, perdona. Te escucho. —Apoyó los codos en el mostrador, se llevó las palmas a las mejillas y se quedó mirándola.

—Bien, hace unos días, Tom llevó al taller de Dylan su tractor. Él dijo que había tenido un accidente en el campo y que había volcado ese armatoste, pero...

—¿Pero? —Virginia levantó las cejas.

—No puede ser cierto. Si hubiera sido así, el lateral que impactó contra el suelo estaría muy abollado y, según Dylan, no era el caso.

—Ajá... —Escuchó atenta.

—Nadie duda de la palabra de Thomas Sanders, aunque creemos que no desea desvelar lo que sucedió de verdad porque está encubriendo algo o a

alguien.

—¿Creemos? ¿Es que se hace reunión vecinal para debatir sobre este tipo de temas? —Frunció el ceño.

—No y sí. Es lógico que se murmure de Tom —comentó Miah agachando la vista hacia los papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Lógico? ¿Por? —Virginia estaba tan deseosa de conocer la respuesta, que no se había dado cuenta de que sus codos se escurrían y de que había estado a punto de golpear la cabeza de Miah con ellos.

—Es un buen hombre —prosiguió esta última, apartando hacia un lado los brazos de Virginia—. Como empecé a contarte el día que nos conocimos, cuando Tom llegó al pueblo y descubrió lo que sucedía en mi casa, fue el único que echó abajo la puerta de una patada y me salvó de otra terrible agresión.

—Lo siento..., no sabía que...

—Luke era peligroso y aquí todos lo temían. Desde niño, fue muy conflictivo. A mí me atraían ese tipo de chicos malos, pensaba que esa peligrosidad la demostraría en la cama y... que con el tiempo cambiaría —dijo con tristeza—. Creo que en el fondo me lo merecía... —concluyó tras unos instantes en silencio.

—Nadie debe pasar por una situación como la tuya, y si Tom le dio un buen escarmiento, me alegro de ello. —Virginia acercó la mano al hombro de Miah y lo apretó con cariño.

—Pero lo peor no fue que Tom lo sacara a rastras de la casa y le dijera que, si tenía el valor de pegarle a una mujer también tuviera agallas para enfrentarse a un hombre, sino que Luke huyó como el cobarde que era y en su huida sufrió un trágico accidente. Su coche salió disparado de la carretera y chocó contra un árbol. Nadie culpó a Tom de la muerte de Luke salvo él mismo. Tras su entierro, salió del pueblo, había comprado la finca de los Warrions, a la que llamó «Reborn», y desde entonces apenas aparece por aquí. Creo que lo hemos visto más en esta semana que en los últimos cuatro años... Por eso todo el mundo se ha reunido y ha estado hablando del tema. No queremos que le suceda nada porque es un buen hombre y no tuvo la culpa de lo ocurrido.

—Ya entiendo... —Tras pensarlo durante unos instantes, Virginia, al ver tan afligida a la mujer, decidió contarle la verdad—: El motivo de su accidente fue otro bien distinto del que él cuenta, y, aunque Tom no lo ha comentado, yo te lo

diré. —Miah, sorprendida, dio unos pasos hacia atrás y fijó sus ojos en la enfermera. Sabía que algo había ocurrido entre ellos y, por mucho que intentaba creer que tan solo eran falsas ideas, estaba confirmando que no lo eran—. Me dirigía hacia aquí, recuerdo que había parado en una gasolinera y conducía exhausta. En uno de los cruces que hay antes de llegar al pueblo no vi una señal de «Stop» y, justo en ese momento, Tom pasaba con su tractor. Gracias a una maniobra que realizó con rapidez, no chocamos, pero es verdad que su vehículo salió malparado. Creo que al realizar ese giro brusco...

—¿Fue por tu culpa? —Miah levantó la mirada y frunció el ceño—. ¿Todo este tiempo volviéndonos locos por lo que podría haberle sucedido a Thomas y resulta que tú lo sabías?

—Perdona..., pero no tenía ni idea..., yo...

—Estabas con Kathy cuando Dylan comentó la tonta excusa que Tom le había ofrecido y no fuiste capaz de decir nada... —La garganta de Miah se afinaba y en ella se marcaba una gruesa vena.

—Pensé que si él no había dicho...

—¿Pensaste? —gritó Miah—. ¿Sabes la tortura por la que he pasado durante estos malditos días imaginando lo que podía estar rondándole por la cabeza? —Respiró con profundidad antes de darle la espalda y murmurar—: Espero que llegue pronto ese maldito fax y puedas marcharte. Como bien dices, no encajas en un lugar como éste. Aquí nos protegemos como si fuéramos una gran familia —sentenció.

Virginia se quedó tan petrificada que no supo ni pudo replicar. Por la actitud de la mujer, se notaba que sentía algo muy especial por Tom, y no le cabía duda alguna de la pesadumbre que había vivido ante el extraño comportamiento de éste. Ya no era la sonriente Miah. Se había convertido en la malvada, histérica, maquiavélica y bruja señora Hetmon. Sin mostrar la aflicción que en ese momento sentía, se irguió y caminó con entereza en dirección al hostel. Una vez allí, vio a la señora Duffy, que la esperaba con los brazos cruzados.

—Lo sabe...

—Las voces de esa malhablada de Miah Hetmon alcanzaron mis sordos oídos —explicó Kathy.

—Lo siento, creí que si él no...

—E hiciste bien. —Abrió los brazos y la acogió entre ellos.

Cuando Virginia notó el calor de la anciana, se derrumbó y comenzó a llorar. Lloró con tantas ganas que empañó el vestido de la mujer. Pero lo necesitaba. Necesitaba desahogarse con alguien sin ser juzgada. Allí, aferrada a los brazos de la señora Duffy, recordó el dolor que había sentido cuando su padre falleció y cómo su madre le advertía que nunca debía mostrar debilidad ante los demás. Rememoró el momento en que consiguió licenciarse, también apareció por su mente el día que descubrió que Henry la engañaba y el calvario que sufrió. Su desastrosa carrera laboral, su desorientación en la vida, y lloró también por Tom. Duró tanto su gimoteo que la anciana decidió conducirla hasta el dormitorio y dejar que descansara el tiempo que necesitara. Sintió tanta lástima al verla fatigada por la lucha que libraba, que supuso que le vendría bien estar sola con sus pensamientos y dejarse atrapar por la tranquilidad del sueño.

—Las mujeres somos unas luchadoras natas —le murmuró mientras la arropaba como si fuera una niña pequeña—. Pero todas tenemos nuestro límite. Deja ya de luchar y libera tu corazón —dijo señalándoselo con el dedo—. Éste será quien te indique qué debes hacer. Ya verás como consigues tus sueños.

—Yo... sólo quiero ser feliz —respondió ella sin dejar de llorar—. Sólo quiero eso... —balbuceó.

—Duerme, cielo. Mañana verás las cosas de otra manera.

—¿Eso cree? —Se apartó las lágrimas de la cara y dejó que la anciana besara su frente.

—Lo sé.

Kathy se retiró, corrió las cortinas y dejó la habitación a oscuras para que Virginia descansara.

Cuando cerró la puerta, la joven se levantó, encendió la luz de la mesilla y regresó a la cama. Sus lágrimas no cesaban, aunque tampoco quería que lo hicieran. Después del desahogo, un estado de paz llenó su alma. Llorar había sido la mejor terapia que había tenido hasta el momento. Por fin podía ordenar sus ideas. Se sentía tan tranquila, tan calmada, que hizo algo que no había hecho desde que él murió: hablarle. «Te quiero tanto y te echo tanto de menos... —susurró intensificando el lloriqueo—. No puedes hacerte una idea de cómo te añoro...» Hundió la cabeza en la almohada y continuó llorando hasta que, finalmente, se quedó dormida.

CAPÍTULO 8

¿CÓMO?

A Tom le estaba costando horrores no ir a verla, pero se había hecho un juramento y, aunque le doliera, era mejor así. No quería forzar algo que estaba destinado al fracaso. «No, otra no», se decía con firmeza. Mientras Dylan arreglaba el tractor, se dedicó a limpiar las cuadras y a llevar a pastar el ganado por sus tierras. Necesitaba emplear su tiempo en realizar todo tipo de tareas para caer exhausto en el sofá y no pensar en ella, porque tenerla en mente era peligroso. Su cabezota calenturienta sólo le ofrecía la imagen de los pequeños pechos apretados contra su cuerpo y el calor de su entrepierna en el pantalón. «¡Joder, ya está bien!», gritó en mitad de la nada, con tanta fuerza que hasta el rebaño alzó la cabeza para cerciorarse de que el aullido que habían oído provenía de su dueño y no de una manada de lobos hambrientos preparados para atacar. Tom bajó la mirada y contempló el miedo en los ojos de su fiel compañero.

—Tranquilo, esto se pasará... —Extendió la mano y el perro se acercó con rapidez para mordisquearla y jugar—. Con el tiempo...

Se tumbó sobre la hierba e incluso consiguió dormir una siesta, cuando el can comenzó a ladrar con la vista fija en una dirección.

—¿Qué sucede? —preguntó él incorporándose con lentitud—. No pasa nada, *Chico*, tan sólo es Dylan con nuestro tractor.

Se quitó el sombrero y lo agitó con vigor para que el mecánico descubriera su posición. Tras aparcar el vehículo, el hombre caminó hacia donde se encontraba Tom.

—¡Corre! ¡Ve a recibir a nuestro invitado!

Y el perro lo obedeció.

—¡Hola, Tom! ¿Qué tal estás? Hacía días que no te veía por el pueblo y estaba preocupado. —El mecánico extendió la mano hacia él.

—Tenía muchas cosas pendientes y he aprovechado para terminarlas. ¿Qué tal todo? —Apretó la mano con fuerza y comenzaron a caminar por el campo.

—Has tenido suerte, el motor que encontramos de segunda mano le viene perfecto. Mi hijo lo ha probado antes de traerlo y no parece que haya ningún problema.

—¿Y el eje?

—Nivelado. Ya sabes que nosotros nos tomamos muy en serio la vida de nuestros clientes —se carcajeó Dylan.

—¡Pues claro! ¿Quién os haría ganar dinero si fallecemos? —Tom le dio varias palmadas en la espalda y sonrió tras su broma.

—La próxima vez, ten más cuidado —dijo el mecánico muy serio.

—¿Cuidado? —Tom arqueó las cejas y lo miró con cierta perplejidad.

—Como me dijiste que habías tenido un accidente arando... —comentó Dylan con una pausa entre cada palabra.

—¡Ah, eso! —Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza—. No creo que vuelva a suceder. Son situaciones que pasan una vez en la vida, y yo ya he sufrido la mía. —Sonrió y palmeó su pantalón con ahínco.

—No sabes mentir...—le dijo Dylan sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Cómo? —preguntó él sorprendido mientras frenaba el paso.

—Todo el mundo sabe qué sucedió en realidad. Bueno, más bien lo sabemos los habitantes de Old-Quarter y los pueblos de alrededor.

—¿Te he dicho que te explicas como un libro abierto? —inquirió Tom con ironía y ávido por descubrir qué había sucedido.

—La nueva enfermera mantuvo una acalorada conversación con Miah Hetmon...

—¿Una acalorada conversación? —Ahora era él quien tenía la mirada oscura y apretaba la mandíbula con tanta intensidad que sus mejillas mostraban los leves movimientos de ésta.

—Sabemos lo del accidente. Miah consiguió sonsacárselo a la señorita Wallace...

—¿Quién cojones se ha creído que es para interrogarla? ¡Si yo he dicho que volqué el tractor, lo volqué y punto! —gritó enfurecido.

—Relájate. Sólo le dio aquello que se merecía. Esa pija estirada no sabe de normas y...

—¿Qué me estás diciendo? —Entornó los ojos e hizo la pregunta con un tono tan airado que hasta el perro agachó la cabeza y se tapó la cara con las patas delanteras.

—Miah la puso en su lugar. Ella no es nadie para ocultar que tuvisteis un accidente por su culpa. El pueblo debía saber qué te había sucedido.

—¡El pueblo no debe saber una mierda! ¿Quiénes os habéis creído que sois para tratarla así? ¿Quién se ha creído esa mujer que es?

Tom parecía tan furioso que Dylan no sabía qué decir. Estaba tan sorprendido por el extraño comportamiento de su amigo que no encontraba palabras para calmarlo.

—La salvaste de Luke, y ella sólo quiere lo mejor para ti. En realidad, todos queremos lo mejor —le recordó.

—Pues que se meta en sus asuntos —replicó él acercando la cara al mecánico y apretando los dientes.

—Será mejor que me marche —se apresuró a decir el hombre.

—Sí, será lo mejor.

Tom se retiró unos pasos hacia atrás e intentó calmarse. No era propio comportarse de aquella forma con Dylan. Desde que llegó al pueblo, había sido muy bueno con él, incluso mejor que su propio padre. Metió la mano en el bolsillo, como si quisiera coger la cartera, pero oyó que el mecánico le decía:

—La cuenta está pagada. El pueblo al que acabas de maldecir se ha hecho cargo de la factura.

Y, sin tan siquiera volver la vista atrás, se marchó.

Tom quiso darle las gracias y pedirle perdón por su comportamiento, pero la ira lo cegaba de tal manera que no era capaz de reaccionar con coherencia. Sólo imaginaba la situación que había vivido Virginia y le salía humo por las orejas. Por si la chica no había tenido bastante con que él la hubiera abandonado sin darle una explicación, encima había tenido el dedo inquisidor del pueblo apuntándola por algo que sólo lo incumbía a él. Apocado, se montó en *Galope*, arreó la cinta y se dirigió al pueblo. Tenía que grabar con fuego que Virginia era

intocable y, si debía conseguirlo rompiendo el vínculo de amistad que lo unía a todos los habitantes de Old-Quarter, lo haría.

La primera parada era inevitable: la casa de Miah Hetmon. Tras dar dos fuertes golpes en su puerta, la muchacha apareció con el rostro apesadumbrado.

—¿Cómo has podido hacerle eso? —preguntó Tom antes de que ella hablara—. ¿Quién te crees que eres para humillarla de esa manera?

—No la he humillado. Ha sido ella solita quien lo ha hecho.

—¡Maldita sea, Miah! —exclamó airado—. Todavía no sabe cómo funciona esto. Ella es de ciudad, y allí las cosas son muy diferentes.

—Miah sólo quería saber qué te sucedía —oyó que decía la voz de Mathew desde dentro de la casa.

Tom lo miró de soslayo y luego dirigió sus ojos de nuevo a la mujer. Ésta negó con la cabeza advirtiéndole que no se trataba de aquello que estaba pensando. La razón por la cual el doctor estaba en su casa era muy distinta de la que imaginaba.

—Me parece bien —replicó—, pero ¿no crees que deberías haberme consultado a mí? Si tan preocupada estabas por mi bienestar, ¿tendrías que haberme preguntado!

Las calles comenzaron a llenarse de gente. Alarmados por los gritos, todos salieron de sus casas para descubrir qué estaba ocurriendo.

—¿Tú eres perfecto? —preguntó Miah colocando las manos en la cintura—. ¡Venga, responde! ¿Eres perfecto?

—No.

—¡Pues yo tampoco! Actué de manera incorrecta, lo admito. Pero ¿sabes el coraje que sentí cuando, con esa cara de pánfila que tiene, me confesó que habías tenido un accidente por su culpa?

—¡Ella no tiene cara de nada! —le gritó Tom—. ¡Ella es perfecta! ¿Lo has entendido? ¡Perfecta!

Y, sin darse cuenta, delante de todo el pueblo, menos de Virginia, que yacía plácidamente en su cama, Tom desveló cinco años de sentimientos escondidos hacia ella. Tras su confesión se oyeron todo tipo de exclamaciones, que si «Ya decía yo», que si «¡Te lo dije!», que si «¡Dame mi dinero, que he ganado la apuesta!»,... y un «Lo siento», que salió de la boca de Miah.

—No tenía ni idea... —dijo la muchacha con tristeza.

—Nadie hubiera imaginado esto de Tom...—intervino Mathew—. Lo mejor será que todos —se dirigió a los que estaban pendientes de la conversación— olviden lo que ha sucedido aquí. Mañana es sábado y tenemos por delante un bonito día para limar asperezas.

—No tengo ganas de...

—Había quedado con ella —dijo Miah interrumpiendo la frase que había comenzado Tom.

—¡Es verdad! —volvió a intervenir Mathew—. Le hablamos de la reunión de los sábados y había decidido ir.

—¿Crees que aparecerá? ¿Crees que, después de haber estado en el punto de mira de todo un pueblo, querrá salir de ahí? —replicó Tom señalando el hostel.

—Es cuestión de preguntárselo —dijo Miah más relajada. Sabía reconocer sus errores, y en ese momento era consciente de que había metido la pata más de lo que pretendía.

—No te entrometas..., ya has hecho bastante.

Tom dio media vuelta e intentó alejarse de allí cuando la minúscula mano de la joven lo retuvo.

—Eres muy importante para mí, Thomas Sanders, y si ella representa eso que has mostrado con palabras pero apenas con hechos, yo hablaré con Virginia.

Él la miró de reojo y, tras pensarlo durante unos instantes, declaró:

—Hazlo. Pero yo no he estado aquí, y nadie —se dirigió hacia los que lo miraban callados— sabe ni dice nada, ¿de acuerdo?

Los demás asintieron como los alumnos de un colegio.

—Descansa —dijo Miah—. Mañana nos vemos.

Se acercó a Tom y le dio un beso en la mejilla. Él pareció resoplar y, sin mirar atrás, volvió a montarse en *Galope* para regresar a su hogar.

—A ver cómo lo arreglas sin mencionar lo que ha sucedido aquí —sonrió Mathew.

—Tengo mis métodos... —Miah entornó los ojos y entró en la casa.

CAPÍTULO 9

ALCOHOL

Cuando todo el mundo se había marchado, incluso Mathew, Miah se dio una ducha rápida, se puso un vestido rojo, sus botas con espuelas, dejó que el viento secase la melena tan dorada como la mies antes de ser recolectada y caminó decidida hacia el hostel en el que se hospedaba Virginia. Tras abrir la puerta, se encontró frente a ella a Kathy, que parecía muy enfadada. Para evitar comenzar una guerra con ésta, mostró una gran sonrisa y la saludó:

—Buenas noches, señora Duffy. Quiero..., necesito más bien, hablar con Virginia. ¿Podría decirle que la espero aquí abajo?

—No está disponible —respondió la anciana hosca.

—¿Por?

—Mi huésped me ha ordenado que no se la moleste hasta mañana, y yo...

—¡Lo siento, Kathy! —gritó la joven al tiempo que empezaba a subir la escalera de tres en tres—. Su cara de enfado ya no me asusta. Además, esta vez es algo realmente importante.

La anciana no hizo ni el más mínimo movimiento para retenerla. En el fondo deseaba que Virginia despertara e hiciera alguna locura para que abandonara su letargo emocional y dejara de intentar encontrar respuestas coherentes. A veces, los comportamientos disparatados eran el mejor antídoto para sentirse libre.

—¿Virginia? —iba preguntado Miah por las habitaciones.

Como nadie respondía, siguió avanzando por el pasillo. De pronto llegó a una puerta en la que se filtraba luz por debajo. Abrió muy despacio y encontró a

Virginia sumergida en un profundo sueño. Tenía la cabeza tapada con la almohada y apenas se apreciaba su diminuta figura bajo la colcha. Entró, se acercó a ella y le apartó el almohadón con mucho cuidado. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Al verla, una punzada en el estómago la hizo sentirse cruel por lo que había sucedido. Entonces, los verdosos ojos de Miah se empañaron. Aquella situación le recordaba tanto a su pasado y a la cantidad de noches que ella se había quedado dormida así, que tuvo que respirar con profundidad para volver a ser la mujer que había subido la escalera. Apartó las lágrimas que habían empezado a recorrer su rostro, puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo de la joven y la zarandeó con suavidad.

—Virginia... —le susurró.

—¿Kathy? —respondió ella algo despistada.

—Soy Miah. He venido a pedirte perdón. Mi comportamiento no ha sido el más acertado, creo que me convertí en una bruja malvada. Pero es que Tom es tan importante para mí...

—Tranquila. —Virginia le palmeó en la mano para restarle importancia a lo sucedido—. Me lo merecía. Pero, si no te importa, hablamos mañana o pasado... —Se giró hacia el otro lado.

—¡Ni hablar! —exclamó Miah apartándole las sábanas y obligándola a levantarse—. Voy a demostrarte cómo se pide disculpas en este pueblo. Aquí somos parcos en palabras, pero sabemos mostrarlo de otras formas.

—No tengo ganas, Miah, por favor, no me hagas esto. Ya te he perdonado, además, no quiero que nadie me vea...

—¡Me da igual! ¡Venga! ¡A la ducha, que hueles peor que las reses de mi abuela! —Apoyó las palmas sobre la espalda de la joven y la empujó hacia el baño.

—¿Yo? —Virginia levantó tanto las pestañas que parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas.

—Sí, tú, *señorita No*. Hueles fatal.

—Pero si me he... —intentaba explicarse a la vez que Miah la continuaba arrastrando.

—Cuando tenía menos de veinte, me curaba las heridas de esta forma. —Le quitó la ropa y la metió en la bañera.

—¿De qué forma? —preguntó Virginia todavía somnolienta.

—¿De ésta! —Miah abrió el grifo del agua fría y se apartó.

Tras el grito de horror y de muchas maldiciones, Virginia empezó a ducharse.

—¿Te has despertado ya? —preguntó Miah entre carcajadas apoyada en la jamba de la puerta.

—¿Así se pide perdón en este pueblo? —inquirió tiritando la enfermera.

—Esto es sólo el principio de una larga noche...

—Miah, no deben de ser más de las seis de la tarde.

—Las ocho, para ser exactas —la corrigió ella al tiempo que se le acercaba y vertía un poco de champú en su oscuro pelo—. Me encanta tu cabello. Es brillante, y tiene una mezcla extraña entre negro y azul.

—¿Me estás haciendo la pelota? —Virginia arrugó la frente.

—¿Lo estoy consiguiendo? —Levantó varias veces las cejas y sonrió.

—Sí —respondió ella sonriente.

—Pues entonces, sí. Te estoy haciendo la pelota, *señorita No*.

Tras la ducha, ambas regresaron a la habitación. Cuando Miah vio que la maleta seguía sin deshacer, se dirigió hacia ella y la vació en el suelo, dejando todas las prendas esparcidas.

—¿Qué haces? —soltó Virginia desconcertada.

—Deshaciendo la maleta. Si tienes toda la ropa metida en esa bolsa, no voy a poder elegir lo que vas a llevar esta noche —dijo con la sonrisa de una niña traviesa.

—Miah, de verdad que no creo que sea buena idea eso de salir a estas horas. ¿Qué puede haber en el pueblo?

—Éste me gusta... —Sacó de entre la montaña de ropa un vestido de tirantes negro. Era recto salvo en el bajo, que estaba embellecido por un volante.

—No me has respondido. Además, ese vestido no me gusta, me trae malos recuerdos —dijo Virginia malhumorada.

Y era cierto. Se lo había comprado el día que esperaba con entusiasmo la llegada de Henry para celebrar su tercer aniversario y no había llegado a lucirlo porque, horas antes del encuentro, cuando fue a visitarlo al despacho para recordarle la cita que no debía perderse, lo halló besando a otra mujer. Desde aquel día, había cogido cierta fobia a la prenda. Debería haberla tirado, pero cada vez que el corazón le decía que debía darle otra oportunidad, iba al armario y, al verla colgada en la percha, reforzaba su decisión.

—Pues me encanta. ¡Venga, deja de decir tonterías y vístete!

Miah se lo lanzó y, tras un suspiro profundo, Virginia terminó por hacer lo que ella le ordenaba.

—Oye... —preguntó entonces Miah con admiración—, no sabía que te gustaban los tatuajes.

—¿Lo dices por éste? —Se giró y señaló entre los omóplatos.

—Sí, ¿significan algo esas palabras? —espetó curiosa.

—Mucho...

—Algún día me haré uno y pondré lo contrario que tienes ahí.

—Sería divertido —se carcajeó mientras le lanzaba una bota.

—A mí me parece genial. Seríamos el bien y el mal, el yin y el yang, el ángel y el demonio. —Tras imaginarse el lugar apropiado para dicho tatuaje, Miah se levantó y caminó hacia la puerta—. ¿Lista?

—Más o menos.

Agarrándola de la mano, para evitar cualquier intento de fuga, Miah bajó la escalera arrastrando a Virginia.

—¡No nos espere despierta! —le dijo la joven descarada a Kathy cuando pasaron junto a ella.

—No sé adónde voy... —aclaró Virginia a la anciana con incertidumbre.

—¡Miah! —gritó la mujer con tanta fuerza que las hizo parar en seco—. ¿Adónde la llevas?

—Señora Duffy, vamos a estar en el bar de Monthly. La voy a invitar a unas cervezas sureñas, bailaremos algo de buena música y la traeré sana y salva, se lo prometo —confesó ella con voz melosa y dulce.

—Más te vale porque, de lo contrario, me presentaré allí y os sacaré de los pelos —replicó la anciana frunciendo el ceño mientras levantaba el dedo índice.

Miah asintió y continuó tirando de Virginia. Cuando salieron al exterior, le soltó la mano y alzó los brazos al cielo.

—Hacía años que no me sentía así de bien. Tantos, que ni lo recuerdo... —Miró de reojo a Virginia y sonrió.

—Yo no he tenido nada de esto. Mi vida ha sido muy aburrida.

—¿Nunca has hecho ninguna gamberrada? —demandó Miah atónita.

—Alguna que otra, pero de eso hace ya mucho tiempo —contestó ella con nostalgia.

—Pues yo miles, y tampoco creas que me siento muy orgullosa de eso, pero sí que añoro el sentirme libre, el correr sin que nadie me juzgue o bañarme... — Entornó los ojos y la cogió de nuevo para conducirla hacia alguna parte.

—¿Adónde me llevas? ¿No le has dicho a Kathy que íbamos al bar de Monthy?

—¿Nunca has mentido? —Se paró para mirarla.

—Alguna vez, pero te puedo asegurar que terminan pillándome... —resopló.

—Bueno, pues te voy a llevar a un lugar donde podemos bañarnos desnudas y la luna nos alumbrará.

—¿Desnudas? ¿No será una charca? ¿Sabes cuántos insectos viven en un lugar así y las enfermedades que transmiten? —Virginia tiraba de la mano para que Miah parara.

—¿Quieres dejarte llevar por una vez en la vida? Quiero pedirte perdón por el mal rato que te he hecho pasar...

—Te juro que ya te he perdonado... —volvió a resoplar antes de ser arrastrada de nuevo.

* * *

Era la décima vez que se repetía que todo iba a salir bien y que Miah lo tendría todo controlado, pero, a pesar de ello, Tom se duchó, se puso su camisa de cuadros roja, unos vaqueros limpios y regresó al pueblo. Quería estar seguro de que Virginia no corría peligro. Llamó a la puerta de Miah y, al no responder, supuso que había ido al hostel. A mitad de camino oyó unos pasos que lo seguían. Se volvió y descubrió que era Mathew.

—No estaba seguro de los métodos de la señorita Hetmon —se excusó el doctor.

—Pues ya somos dos...

—¿Tienes alguna idea de adónde han podido ir?

—No. Tratándose de Miah, podrían haber hecho cualquier cosa, por muy remota que ésta pareciera.

—No creo que sea tan inconsciente... —comentó Mathew con suavidad—. Pienso que es una joven que no ha sabido vivir como debería... O tal vez no ha encontrado al hombre que...

—¿Una brújula sin norte? —lo interrumpió Tom entre risas.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué? —preguntó hosco.

—¿Cómo has podido enamorarte de Virginia en menos de cinco días?

—¿Amor a primera vista? —Evitó la pregunta con otra.

—Ya, que no quieres hablar de ello, ¿verdad?

—Me vas conociendo, doctor. Me vas conociendo... —dijo quitándose el sombrero y tocando el timbre de la señora Duffy. Cuando ésta salió, Tom la saludó—. Buenas noches, señora, veníamos buscando a dos jóvenes que hoy han armado un gran espectáculo en este tranquilo y apacible pueblo.

—¿Piensas ponerlas en su sitio, Tom Sanders?

—Por supuesto. Ya me conoce, soy un hombre sensato, y jamás haría nada que no fuera...

—Están en el bar, o por lo menos eso es lo que me ha dicho Miah. Se han marchado hace algo más de dos horas, así que o están bailando todas las canciones de Tim McGrall o no encuentran el camino de vuelta.

—No se preocupe, llegarán sanas y salvas.

Tom se giró, pero al sentir la mano de Kathy en el antebrazo, movió la cabeza hacia ella.

—Ha llorado como nunca la había visto hacerlo antes. Esa chica no se merece que le hagan daño, pienso que su tiempo de sufrimiento debe finalizar y ahora debe llegarle esa felicidad que tanto ansía.

Un nudo en la garganta le oprimió la tráquea a Tom. La actitud jocosa que había mantenido por unos instantes desapareció.

—No se preocupe, sólo quiero que la gente la respete como se merece —respondió con voz grave.

—Entonces empieza respetándola tú —sentenció Kathy antes de cerrar la puerta y darle con ella en las narices.

—Esa mujer tiene un carácter bastante agrio —dijo Mathew sin moverse.

—Es inteligente y sabe muy bien lo que dice —indicó Tom mientras se colocaba el sombrero y caminaba hacia el bar de Monthy.

La charla que él y el doctor habían mantenido anteriormente no continuó porque Tom no quiso. Deseaba llegar al bar y ver qué hacían las dos mujeres. Si la señora Duffy tenía razón, y rara vez se equivocaba, llevarían algunas copas de

más, y él mejor que nadie, sabía que una persona bebida actuaba de manera irracional. Antes de abrir la puerta, tomó aire y dejó que la serenidad recorriera su cuerpo. Tan sólo debía entrar, sentarse cerca de la barra y comprobar que regresaban sanas y salvas a sus hogares. Llevó la mano hacia la manija, la movió hacia la derecha... y volvió a coger aire. Dentro del bar no había nadie, salvo ellas dos bailando en la minúscula pista. Con una actitud relajada, caminó hacia el interior, se acercó a la barra y pidió una cerveza.

—¿Doctor? —preguntó Monthy mirando detrás de Tom.

—Un refresco me vendría bien, gracias.

Tom se sentó en un taburete al final de la barra y dio un gran sorbo a su bebida. No podía apartar los ojos de Virginia. Estaba preciosa con aquel vestido negro. Su pelo suelto flotaba libre mientras intentaba llevar el compás con los pies de las melodías que sonaban de fondo. De repente, el disco cambió y se oyó la voz de Blake Shelton, con su balada *Who Are You When I'm Not Looking*.^[4] La muchacha comenzó a balancearse de derecha a izquierda y, en uno de aquellos suaves movimientos, él pudo ver algo que a punto estuvo de hacerle escupir el trago que acababa de dar. Lo seguía llevando. Allí, entre sus omóplatos, lucía las palabras que lo hicieron reaccionar el día que la conoció. Fue tal el impacto que sufrió al leerlas por primera vez que cambió el rumbo de su vida y, gracias a éstas, se había convertido en Thomas Sanders, un hombre respetado y trabajador. Volvió a dar un buen sorbo a su cerveza y extendió la mano al ver que ya estaba vacía.

—Ponme otra —le indicó a Monthy.

—¿Un día caluroso? —espetó éste asombrado al verlo allí después de lo sucedido por la tarde y tras advertir a todo el que lo escuchaba que borrara de su mente lo que había confesado.

—No te haces una idea...

Parecía que no se iban a dar cuenta de su llegada hasta que Miah los observó de reojo, cogió a Virginia de la mano y se acercó a los cuatro pares de ojos que las observaban sin pestañear.

—Mi querida *amiga* Virginia, te presento al hombre más maravilloso del pueblo, mi amigo, bueno..., más que eso, mi hermano Thomas Sanders. Es un poco severo, frígido, gruñón y un tanto salvaje, pero en el fondo es buena persona —dijo arrastrando las palabras a causa del exceso de alcohol—. Y este

es nuestro doctor. Un hombre que vive por y para su pueblo, el hombre que...

—Creo que ya es hora de que regreséis a casa. —Tom se levantó, cogió a Miah del brazo y evitó que ésta continuara con la opinión que tenía sobre el doctor.

No era el momento adecuado para que expresara los sentimientos que tenía hacia él. Jamás le perdonaría que no la hubiese hecho callar a tiempo...

—Mathew, ¿puedes acompañarla a su casa? Le he prometido a la señora Duffy que me encargaría personalmente de su huésped y me gusta mantener mis promesas.

—¿Por qué? —preguntó Virginia abriendo los ojos. No quería estar a solas con él después de lo ocurrido en el sótano y de su primera noche en el hostel. Era mejor que alguien los estuviera vigilando.

—Como has oído, he hecho una promesa.

Tom entrelazó su brazo con el de ella y, tras despedirse de Monthy y pagarle la bebida, la hizo andar hacia el exterior.

—¿Ellos estarán bien? —indicó ella señalando a Mathew y Miah, que se marchaban en dirección contraria.

—Si ella mantiene la boca cerrada, seguro que sí.

—¿Por qué dices eso? Es una buena mujer. Me ha sacado de la cama, me ha llevado a un lago donde nos hemos bañado desnudas y luego...

—¿Adónde dices que te ha llevado? —Tom se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—A un lago. Un precioso lago en el que se reflejaba la luna. Si estamos aquí, hemos ido hacia... —se situó y luego señaló—: ¡hacia allá! Imagino que es un estanque, pero el agua estaba bastante limpia.

—Nunca. ¿Me oyes? ¡Nunca vuelvas a bañarte desnuda! —dijo enfadado.

—¿Tienes miedo de que los insectos se asusten al ver un palillo desnudo? —preguntó ella entre risas.

—No se trata de eso —replicó brusco.

—Entonces ¿por qué narices me prohíbes que me bañe desnuda?

Tom miró a ambos lados de la calle y, al confirmar que tras las cortinas de las ventanas no había nadie, arrastró a Virginia hacia el callejón situado entre el taller de Dylan y el supermercado de Samantha.

—Te estás equivocando... El hostel está hacia allí... —Ella señaló con el

dedo.

—Escucha atentamente, Virginia Wallace: nunca debes bañarte... —La sujetó contra una pared y la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Qué haces? ¿Quién te crees que...? —Pero ella no terminó sus incontables preguntas.

Tom le dio un fuerte y apasionado beso, mostrándole así la posible razón por la que no quería que hiciera aquello que había hecho.

Al principio Virginia no sabía si cerrar los ojos, alzar los brazos para entrelazarlos alrededor del cuello del hombre o quedarse quieta. El beso la había pillado tan de sorpresa que no era capaz de reaccionar. Finalmente optó por cerrar los ojos y disfrutar del momento, instante en el que descubrió que no la habían besado con tanta pasión desde aquella vez... Dejó escapar un pequeño gemido gutural que él interpretó como una negativa y él comenzó a retirarse. Entonces Virginia alargó los brazos y lo atrajo hacia sí. «¡Ni lo sueñes!», se dijo.

Tom la tenía apesada entre los brazos. Sus labios recorrían los suyos con tanto deseo que parecían ir dejando su marca a su paso por la suave piel. Reconquistaban un mundo perdido. En el instante en que la joven se dejó llevar por las caricias, él enloqueció. Se apretó más al pequeño cuerpo, introdujo la rodilla entre las piernas de Virginia, las separó y acarició con ella el sexo femenino. La joven lo aceptó emitiendo el precioso sollozo de placer que Tom había oído en el pasado. Entonces, justo en ese momento, se dijo que ya era hora de luchar por lo que deseaba. No le importaba que ella no lo recordase. Comenzaría de cero como si no hubiesen tenido un pasado, un encuentro, un antes que lo dejara marcado para toda la vida. Apartó sus labios, retiró un mechón negro de cabello de su rostro para colocárselo detrás de la oreja y le susurró tan cerca de la boca que podía rozarla en cada movimiento:

—¿Entiendes por qué no quiero que nadie vea tu desnudez? —Llevó la mano izquierda a la mejilla femenina para que la muchacha pudiera apoyarse en ella mientras la derecha bajaba hacia la pierna desnuda y la acariciaba con suavidad de arriba abajo—. Eres preciosa... —le murmuró antes de volver a besarla. Aunque esta vez sin prisa, recorriendo con la punta de su lengua los suaves y sonrosados labios, mordiéndolos a su paso.

«Tiene que ser él...», pensó Virginia tras el segundo envite hacia su boca.

Nadie la había besado así. Nadie le hablaba con aquel meloso ronroneo, en el

que Tom mostraba sin pudor el deseo que sentía por ella. Nadie había conseguido electrocutarla en cada caricia como aquel extraño. En medio de sus desvaríos, pensó que, si le hacía algún tipo de pregunta o insinuación sobre el pasado, saldría de dudas. Ya había metido la pata en varias ocasiones antes y, tras oír siempre: «Seré quien tú quieras que sea», se acostaba con ellos y resultaba que en realidad no eran quien imaginaba. Cansada de buscarlo, Virginia había dejado que la vida le ofreciese otra alternativa, y entonces había encontrado a Henry. Pero ni un beso, durante sus años de relación, había superado los que tanto Tom como aquel desconocido le habían ofrecido.

—Tom... —susurró mientras éste mordía su labio inferior y tiraba de él.

—Dime... —respondió él liberándola del mordisco e iniciando una nueva batalla en su delgado y terso cuello.

—Sé que eres tú...

—Pues claro..., soy yo quien te toca. —Metió la mano por debajo del vestido y acarició despacio la lencería mojada—. Soy yo quien te besa... —La besó con deseo.

A continuación, acercó su cadera a la de ella y le mostró el inmenso deseo que sentía. Virginia volvió a gemir. En ese momento, el hombre sintió la mano de la mujer aferrándose a la suya, esa que caminaba entre sus piernas, y ella la llevó hacia el interior de la lencería. Parecía como si le urgiera sentir sus caricias, sus dedos entre las esponjosas y suaves carnes.

—No... El ritmo lo marco yo... —susurró él—. Si quieres más..., dilo.

—Tom...

—Dime, Virginia...

—Quiero que...

—¿Sí? —le susurró al oído mientras él daba pequeños bocaditos y continuaba acariciando su centro, ahora con los dedos bajo la tela.

—Quiero... —Abrió aún más las piernas y alzó la cadera hacia él. Necesitaba saciarse y no podía esperar mucho más—. Quiero que me folles como la última vez —dijo entre susurros y sin hacer una pausa.

—¿Cómo? —Él se quedó parado, inmóvil, e incluso creyó que sus pulmones se habían vaciado como un globo sin atar.

—Que quiero que... —intentó repetir Virginia. Estaba tan evadida de la realidad que no se había dado cuenta de que él se había apartado de ella—. ¿He

dicho algo malo?

—Has dicho que...

—Que me folles como la última vez... ¡¡Dios!! —Se llevó las manos a la cara para esconder el estupor que sentía en aquellos momentos—. ¿No me recuerdas? Pensaba que me habías... Esto no ha ocurrido. Nada de esto ha sucedido —murmuró entonces apartándose de él y caminando con rapidez hacia el hostel.

Tom estaba tan estupefacto que no sabía cómo continuar la conversación, y no descubrió que Virginia se alejaba hasta que ésta ya estaba a tan sólo un par de metros del hostel. Echó a correr y, después de que ella llamara al timbre, la hizo girarse hacia él. Mirándola a los ojos, y haciendo que ella hiciera lo mismo, quiso decirle que él también la recordaba cuando la puerta se abrió y la señora Duffy apareció con una larga bata.

—Has sido todo un caballero —le dijo la anciana—. Gracias por traerla. Vamos, pequeña. Tienes que descansar. Mañana nos espera un día muy largo en el campo.

—Señora... —Tom quiso pedirle cinco minutos más con Virginia.

—¿Sí? —preguntó la anciana levantando la ceja derecha.

—Nada, hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo la anciana, y le cerró la puerta en las narices.

A Tom le costó bajar la escalera. En varias ocasiones, quiso darse la vuelta, llamar de nuevo y decirle a Virginia aquello que había estado a punto de comentarle. Pero no era el momento ni el lugar. Cabizbajo, anduvo por toda la calle hasta que llegó a su ranchera azul marino. Se metió de un salto en ella, puso en marcha el motor y se dirigió a su casa. De pronto, una sonrisa se dibujó en su rostro al recordar las palabras de la anciana: «Tienes que descansar. Mañana nos espera un día muy largo en el campo». Si Virginia estaba allí, él también.

CAPÍTULO 10

UN ERROR

Agarrada a Mathew, Miah fue caminando hasta su casa. Todo le daba vueltas y no sabía cómo hacer que parara. Llevaba años sin beber tanto y, lógicamente, su cuerpo ya no asimilaba el alcohol como antes. Miró de soslayo a su acompañante y suspiró. Lo tenía tan cerca que hasta le quemaba la piel allí donde él la rozaba. Sin decir ni una sola palabra, dejaron que la soledad de la noche los acompañara. De pronto, frente al portal de la casa, Mathew la incorporó y le preguntó con suavidad:

—¿Puedes hacerlo sola?

—¿El qué? —preguntó ella divertida.

—Meter la llave en la cerradura para abrir la puerta —contestó el médico sin ningún tipo de maldad.

—Pues claro. Mira.

Miah se llevó la mano al bolsillo, sacó el manajo de llaves y, después de encontrar la correcta, intentó introducirla. Como no lo consiguió, Mathew se las quitó con cariño y lo hizo él.

—Mejor será que duermas, mañana será otro día —le indicó abriendo la puerta y esperando a que ella caminara hacia el interior.

—Gracias por traerme —murmuró Miah entre tambaleos.

—Ha sido todo un... —y corrió hacia ella justo cuando estaba a punto de desplomarse en el suelo tras tropezar con una silla.

La puerta se había cerrado tras él. No había nadie a su alrededor, tan sólo

ellos...

—Creo que he bebido un poco más de lo que debería —se excusó ella al tiempo que se dejaba atrapar por los brazos del doctor—. Tal vez... —añadió justo cuando se enderezaba quedando a unos centímetros de él.

Su corazón bombeaba con rapidez. Su pecho se alzaba debido a la agitada respiración, y sus ojos verdes se clavaron en las pupilas marrones que la contemplaban con cautela.

—Miah... —susurró Mathew con ahogo al sentir su aliento en los labios.

—Mathew... —respondió ella.

—Sería mejor...

—Sería mejor... —repitió sin apartarse del rostro masculino.

—Que me marchara —dijo él al fin, poniendo algo de espacio entre ambos.

—Sí, sería lo mejor —contestó Miah tras un resoplido.

Apoyó las palmas en la mesa que tenía tras ella y no apartó la mirada del hombre, que caminaba hacia la puerta y se paraba justo cuando estaba a punto de mover la manija hacia la derecha para salir.

—¿No te vas? —le soltó con descaro.

Mathew giró sobre sus talones y respiró hondo. ¿Sería capaz de romper una relación cordial? ¿Sería capaz de mantenerse firme? La contempló durante unos instantes en silencio y la vio tan bella, tan sensual, tan erótica que se dejó llevar. Corrió de nuevo hacia ella, la aferró contra su cuerpo y la besó como tantas veces había deseado. Cuando retiró su boca de la de Miah, esperaba un guantazo, un reproche, algo que le indicara que no había obrado de forma coherente. Sin embargo, lo que sucedió en realidad fue que ella extendió los brazos alrededor de su cuello y lo besó de nuevo. Con manos temblorosas, Mathew acarició la espalda femenina. Ambos gemían de placer cuando sus lenguas se rozaban. Respiraban a duras penas, pero en aquel momento respirar era lo que menos les importaba. La alzó sobre su cuerpo, Miah enlazó las piernas en la cintura del doctor, y éste la condujo, sin dejar de besarla, hacia el dormitorio que había al fondo del salón. No quiso encender la luz, dejó que únicamente la claridad de la luna iluminase lo que estaba a punto de suceder. Sin palabras, tan sólo con caricias, Mathew la posó con cuidado sobre la cama, se colocó sobre ella y, sin dejar de observarla, se quitó la camiseta. «Dime que pare...», pensó. Pero no obtuvo la negativa que esperaba. Las manos de ella se apoyaron en su pecho y lo

acarició. El médico se inclinó para besarla, entonces los pequeños dedos femeninos abandonaron el terso abdomen para colocarse en la espalda. Miah disfrutaba notando en sus yemas la piel del hombre. Durante unos instantes le pareció percibir cierta rugosidad en ella, pero la sensación desapareció cuando reparó en que su vestido empezaba a subir. Con una leve sonrisa, le dio libertad para que continuara con sus caricias. Inclinó la cabeza hacia la almohada, sus manos regresaron hacia el pecho masculino y sintió cómo una gran palma acariciaba la lencería y se cubría de la humedad que su interior emanaba.

—Miah... —susurró Mathew excitado.

Pero ella no le respondió. Cerró los ojos e inclinó las caderas para que no pensara: quería que actuara. Y eso fue lo que hizo él. Le levantó el vestido lo suficiente para que sus ojos contemplaran aquello que necesitaba ver y tocar. Con las rodillas pegadas al colchón, se echó hacia atrás y agachó la cabeza hacia el centro femenino. Ávido de saborearla, bajó la escueta prenda por las piernas y la lanzó al suelo. Sin apartar la vista de aquello que iba a alimentarlo, inspiró. El suave aroma femenino llenó sus pulmones. Tragó saliva y bajó de nuevo. Apartando con delicadeza los pliegues, su lengua empezó la tormenta. Se quedó callado, escuchando los gemidos de ella. La mordió, la volvió loca, la llevó al éxtasis..., mientras él aguantaba, estoicamente, su excitación dentro del pantalón. Tras bañarse la boca con su esencia, se levantó apoyando con fuerza las rodillas en la cama. Estaba tan excitado que a punto estuvo de perder el equilibrio. Al ver que se levantaba y la observaba como si dudase continuar, Miah dirigió las manos hacia su cinturón y se lo desabrochó. Sin apartar los ojos de los suyos, Mathew la ayudó a sacar aquello que buscaba.

—Miah... —volvió a susurrar cuando se colocaba encima de ella.

—Chist... —le dijo colocando un dedo sobre sus labios.

Con los brazos temblándole, el médico fue introduciéndose en su interior. Al principio notó cómo la caliente carne de la mujer le daba la bienvenida. Salir y entrar de aquel cuerpo tan deseado era una deliciosa tortura, no quería que terminara nunca. No deseaba que el momento tuviese fin, pero tras oír el grito de ella al llegar de nuevo al orgasmo y comprobar cómo esta clavaba las uñas en sus antebrazos, arañándolo inconscientemente por la pasión, la embistió con fuerza hasta que él también consiguió su edén. Un paraíso donde dos «M» se grababan a fuego en una unión que mermaba con cada escalofrío. Acercó la boca

a la de ella, le dio un tierno beso y se quedó mirándola durante unos instantes. No obstante, el brillo en los ojos de Miah lo alarmó.

—¿Qué sucede? —Se retiró de ella para contemplarla mejor.

—Mathew, yo... no puedo ser. No podemos... —Se incorporó, se bajó el vestido y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo siento... No intentaba... —Mathew saltó al suelo. Se puso el pantalón y se volvió hacia ella—. No te preocupes...

—Dejemos que el tiempo nos diga si esto ha sido un error —señaló Miah sin querer demostrar aquello que sentía.

—Mejor así...

Mathew se levantó, buscó su camiseta y, justo en ese instante en el que le daba la espalda, Miah pudo ver que la rugosidad que había notado en sus yemas se debía a que el doctor escondía un enorme tatuaje. Amusgó los ojos para poder descubrir qué ocultaba, pero no consiguió ver nada, pues éste lo tapó con rapidez con la prenda.

—Adiós, Mathew —se despidió cuando él salía ya del dormitorio.

—Adiós, Miah.

Permaneció sentada hasta que oyó la puerta. En ese momento, se tumbó y comenzó a llorar. Lo amaba tanto que hasta le dolía, pero ella ya había vivido un turbulento pasado y, aunque sabía que él no era Luke —en verdad nadie podía ser Luke—, vivía con miedo. Se cubrió con la colcha y dejó que sus pensamientos se desvanecieran por el cansancio.

CAPÍTULO 11

EN EL CAMPO TODO PARECE DIFERENTE

«Por favor, Señor, que sea un día lluvioso... No quiero una gran tormenta, pero sí lo justo para que no pueda salir de aquí», rezaba Virginia escondiendo el rostro bajo la almohada y sin tener el valor suficiente para levantarse y enfrentarse al nuevo día. El gallo la había despertado con su canto, indicándole que el sábado ya había comenzado, pero ella permanecía en la cama murmurando miles de plegarias para que las nubes cubrieran el despejado cielo azul. Sin embargo, parecía que Dios estaba demasiado ocupado para ayudarla. Apartó el almohadón, salió de la cama perezosa y, tras descorrer las cortinas, descubrió lo que ya se temía: hacía un día maravilloso. Los primeros rayos de sol aparecían por detrás de las montañas y vaticinaban la estupenda jornada que iban a tener. Resignada, caminó hacia el baño, se lavó la cara, se cepilló el pelo y ensayó una sonrisa para no parecer demasiado falsa cuando la gente del pueblo la saludara. Respiró profundamente y regresó al dormitorio. La ropa de su maleta seguía en el suelo. Miah se la había esparcido como si con ello frenara sus intenciones de salir de aquel lugar cuanto antes. Mientras apilaba las prendas en un montón para que no le impidieran el paso, miles de imágenes de la noche anterior acudieron a su mente. Se vio reír y disfrutar con la travesura del estanque. Aquella minúscula locura la había hecho tan feliz que Miah le había prometido que la repetirían en otra ocasión. Pero tras eso apareció el rostro enfadado de Tom al contarle que se había metido en el agua desnuda. Continuó con él arrastrándola hacia el callejón, la situación tan excitante que vivió entre sus brazos y, cómo no, el final de aquel

inesperado encuentro. Su corazón se oprimió y le costó respirar. Le había desvelado algo que no debía. ¿Por qué se le había ocurrido comentárselo? ¿Por qué había creído que era el mismo hombre? Era cierto que la había besado y tocado con la misma intensidad, que su piel se erizaba y se electrizaba en cada caricia, que hasta su voz le recordaba las insinuaciones que aquel extraño le había hecho antes de conducirla al orgasmo más increíble, pero no podían ser la misma persona. Nadie podía ser aquel hombre... Pegó una patada a la montaña de ropa que había apilado y se sentó de nuevo en la cama para reflexionar sobre su vida. «Necesito algo de paz para reorganizar mis prioridades. Es verdad que hasta ahora la gente de aquí ha sido bastante agradable, incluso Kathy se ha comportado como una madre, pero debo irme...» Miró sus pertenencias y meditó acerca de recogerlas de nuevo y salir huyendo de allí o dejarlas como estaban. Sin embargo, no hizo nada. Alzó la mirada y dejó que el precioso amanecer la abrazara.

—¿Estás despierta? —preguntó Kathy al otro lado de la puerta.

—¡Sí, adelante! —Se levantó de un salto y, mostrando la sonrisa que había practicado, esperó que entrara.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió la mujer desde la puerta.

—Me duele un poco la cabeza... Miah me hizo beber más de lo que suelo soportar.

—Te podría decir que tengas cuidado con ella, pero imagino que ya no hace falta, ¿verdad? —dijo la anciana levantando su canosa ceja derecha.

—No, ya no hace falta —rio Virginia, aunque esa risa no fue falsa, sino muy real.

Miah se había convertido en la amiga que siempre te lleva a hacer las locuras que piensas pero no haces por miedo al qué dirán. Ella no tenía miedo a nada, y esa valentía le había hecho estar segura a su lado.

—Te recomiendo que hoy te pongas unos vaqueros —dijo la anciana mirando el largo camisón que llevaba la joven—. En el campo hay de todo y podrías hacerte daño con las ramas o podrían picarte los mosquitos.

—No estoy muy segura de ir... —comentó ella tras unos instantes en silencio mientras enredaba la suave tela entre sus manos. Parecía una niña traviesa a punto de recibir su castigo tras cometer alguna fechoría.

—¿Por Tom? —preguntó Kathy sin tener que pensarlo.

—¡No! ¿Por qué lo dice?

—No sé... Ayer, cuando abrí la puerta, creo que lo interrumpí en algo que deseaba decirte... —Finalmente entró y se sentó sobre la cama—. ¿Ocurrió algo entre vosotros? Porque, si es así, dímelo y le cortaré las pelotas.

—¡Kathy! —exclamó Virginia entre risas.

—Me prometió que te traería de regreso y también me dijo que te respetaría —añadió sin apartar la mirada de la joven.

—E hizo lo que le había prometido —repuso la joven con firmeza.

—Vale, entonces sus pelotas no corren riesgo alguno, por ahora...

—Kathy... —murmuró la muchacha caminando hacia la ventana.

—¿Sí?

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Miró a través del cristal y observó que la gente comenzaba a merodear por las calles.

—Puedes hacerla, pero no sé si podré responderte. Esta vieja sabe muchas cosas, pero otras no.

—¿Qué sabe de Thomas Sanders? —Giró la cabeza para observar los movimientos de la anciana, que entrelazaba las manos y las apretaba como si fuera a rezar.

—Puedo decirte que no es autóctono de Old-Quarter, que apareció hace algo más de cuatro años y se hospedaba aquí. Durante su primer mes estuvo viajando por los ranchos anexos al pueblo para comprar uno. Estaba en mitad de la transacción cuando tuvo un altercado con el difunto marido de Miah.

—Eso lo sé. Ella misma me lo contó... —susurró Virginia con tristeza.

—Nadie lo ha culpado de la muerte de Luke, pero él se retiró al campo tras el entierro de ese sinvergüenza. —Ante la cara de sorpresa de la joven, Kathy continuó—: Sé que no se debe hablar de aquellos que no pueden defenderse, pero ese chico era todo maldad.

—¿Qué sucedió después de eso? —Se acercó hasta Kathy y se sentó a su lado para agarrar con sus manos las de ella.

—La noche que Luke estuvo a punto de matar a Miah, Tom explotó. Creo que ya había decidido darle un escarmiento cuando descubrió que ese demonio me había robado en varias ocasiones...

—¿Le robaba? —Virginia levantó las cejas y abrió los ojos de par en par.

—Como ya te he dicho, era malo, muy malo.

—Entiendo... —murmuró exhalando todo el aire con la palabra.

—Él la salvó de un terrible final, pero todo tiene su precio, y creo que Tom sigue culpándose de la muerte de ese chico.

—Miah me dijo que lo sacó a rastras de su casa.

—Es una imagen de esas que no puedes olvidar. Recuerdo que estábamos cenando, Thomas me comentaba lo feliz que se sentía al comprar su terreno y el motivo por el que lo había llamado «Reborn» cuando oímos unos grandes gritos. Salimos corriendo a la calle y, al descubrir que los sollozos de socorro provenían de la casa de los Hetmon, no lo dudó ni un segundo. Corrió hacia allí y, de una patada —recalcó esas últimas palabras—, echó la puerta abajo para sacar a esa sabandija del interior. Como es natural en los pueblos pequeños, con el escándalo que se formó, todo el mundo salió a la calle. Cuando vieron la escena, esperaron a que Luke se enfrentara a él, pero no lo hizo. Se levantó del suelo, miró a su alrededor y corrió hasta su coche. Entonces..., bueno, ya sabes qué sucedió después.

—Sí. Luke tuvo un accidente con su vehículo y Tom se retiró a su casa.

—Exacto. Cada mes viene, compra víveres, revisa su tractor en el taller de Dylan y regresa a su finca. Creo que, desde tu llegada, los habitantes de Old-Quarter lo hemos visto más que en todo ese tiempo...

—Imagino que, después del accidente, él quería confirmar que me encuentro bien. Si se culpa por una muerte, no podría sobrellevar la pena de una segunda...

—Bajó la mirada y observó sus pies desnudos.

—Si quieres pensar eso, es cosa tuya. Mi opinión es una bien distinta. —La anciana sonrió y palmeó las manos de la joven.

Virginia quiso preguntar qué opinaba, pero Kathy se levantó y caminó hacia la salida.

—Te espero abajo. Hoy sí que necesitaré tu ayuda. Hay mucha comida que preparar, y mi viejo cuerpo se resiente del paso de los años.

—¡Por supuesto! —Se alzó de un salto—. En cuanto me ponga algo decente, bajaré y haré todo aquello que me ordene.

—¿Sabes? Me alegro de que estés aquí.

—¿Y eso? —preguntó sonriente Virginia.

—Porque ya no estoy sola y puedo tratarte como a la hija que nunca tuve...

Sin pensarlo dos veces, Virginia trotó hacia ella y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, es lo más bonito que me han dicho en años —murmuró la joven casi ahogada por la emoción.

—Pues es una pena, porque eres una mujer muy especial. ¡Venga! No tardes, que el puré de patatas nos espera.

—¡Ahora mismo!

Después de las palabras que Kathy le había dedicado, Virginia no volvió a pensar en la incomodidad que sería estar en un lugar donde Tom permaneciera cerca. Ahora sabía que lo que él sentía por ella era tan sólo instinto de protección, y todo aquello que había pasado por su cabeza únicamente eran ideas distorsionadas por el alcohol. Con un poco de suerte, incluso ni hablarían de lo ocurrido. Se puso unos vaqueros negros que encontró, una camiseta blanca y, tras enfundarse las botas, bajó trotando la escalera. Abajo, Kathy la esperaba con una gran taza de café y su bonita sonrisa.

De pronto, a la joven se le olvidó el deseo de marcharse de aquel lugar. Se le olvidaron los miles de dudas que tenía sobre el hombre que velaba por ella. Se le olvidaron hasta las últimas palabras que ella le había dicho la noche anterior y el asombro que éstas causaron en él al oírlas. Ahora sólo quería disfrutar ayudando a su casera como jamás había hecho con su madre.

CAPÍTULO 12

UNA DURA JORNADA...

A Miah le ocurría algo muy parecido. Cuando se levantó y vio el bonito día que se les presentaba, sus brazos cayeron hacia el suelo afligidos. Había rezado para que lloviese, pero no ocurrió. Caminó hacia su pequeña cocina, puso la cafetera al fuego y esperó a que el aroma alcanzara sus fosas nasales. Vertió el líquido caliente en la taza más grande que encontró y caminó hasta la mesa del comedor, la testigo silenciosa de su primer beso con Mathew. Se sentó, apretó la taza entre las manos y contempló el amanecer. «Dios mío, si me escuchas, haz todo lo posible para que Mathew no vaya hoy. No quiero que le suceda nada malo, pero algo pequeño que le imposibilite aparecer...», murmuró para sí. Se bebió el café y, tomando fuerzas, regresó al dormitorio. No halló nada que le desvelase lo que allí había sucedido, pero no le hacía falta: revivía las imágenes como si estuviera ocurriendo de nuevo. Tras respirar con profundidad, se acercó al armario y cogió los primeros vaqueros que encontró, añadió una camiseta turquesa, se enredó el pelo en una coleta y se marchó de su casa. «¿Por qué hoy todo me parece más ruidoso? —se preguntaba al tiempo que se ponía las gafas de sol y andaba hacia el hostel de la señora Duffy—. Estoy segura de que ese viejo Monthy nos sirvió veneno en vez de cerveza...» Subió los peldaños de la entrada del hostel y alargó la mano para llamar. Hasta los suaves golpecitos revotaban en su cabeza como atronadoras campanadas.

—Buenos días, señorita... —la saludó Kathy—. Espero que la noche finalizara bien.

—Sí, la noche terminó bastante bien, pero le rogaría que no levantase mucho la voz...

—Eso tienen las resacas —dijo la mujer entre risas—. ¿Has desayunado? —Miah asintió al tiempo que se llevaba las manos a las sienes—. Pasa, Virginia está en la cocina, terminando de meter en las cestas la comida que ha preparado.

—Pero... ¿esa escuálida sabe preparar algo, además de verdura cocida? —comentó la joven mientras pasaba—. Ya sabe cómo es la gente de este pueblo y, si ven un plato verde, se lo dan a los caballos.

—No seas sarcástica.

La señora Duffy la acompañó hasta la cocina, donde Virginia la recibió con una enorme sonrisa.

—Buenos días, Miah. ¿Pudiste llegar a casa?

—¿Y usted me dice que soy sarcástica...? —Miah miró de soslayo a la anciana tras el saludo de Virginia.

—Aprende con facilidad —sonrió Kathy—. Os dejo a solas unos minutos, voy a cambiarme. No seáis malas...

—No lo somos... —contestó Miah.

—No podríamos serlo aunque quisiéramos... —añadió Virginia.

Una vez a solas, se acercó a su amiga.

—¿Qué tal? —le susurró.

—Bien, ¿y tú? —contestó ella con otra pregunta.

—Bien, igual que tú —dijo intentando disimular el sonrojo en sus mejillas.

—Pues eso, que, salvo este terrible dolor de cabeza, no hay nada nuevo que contar —replicó Miah con tono hosco.

—Me ha dicho Kathy que vendrá gente de otros lugares. —Virginia cambió de tema al ver que ninguna de las dos quería hablar de lo sucedido la noche anterior.

—¿De otros pueblos? —Miah esquivó el cuerpo de su amiga y cogió una taza para servirse otro café.

—Eso pensaba.

—No, no son de otros pueblos. Son familias enteras que nacieron aquí pero decidieron vivir por los alrededores en apartados y grandes ranchos.

—Ya entiendo, te refieres a granjeros...

—Tampoco los llamamos así. Para nosotros son cowboys —dijo Miah antes

de beberse el café de un sorbo.

—¿Hay diferencia? Yo los veo igual, gente de campo, hombres que cuidan su ganado...

—Son diferentes —sentenció ella al tiempo que depositaba la taza en el fregadero—. Hoy descubrirás la razón.

—¿Preparadas? —La señora Duffy apareció vestida con vaqueros, una camisa de cuadros azulada y un gran sombrero de cuero.

—¿Señora Duffy? —inquirió Virginia asombrada.

La mujer había dejado su largo vestido negro para transformarse en un Llanero Solitario con pañuelo al cuello incluido.

—¡Vamos, jovenzuelas! —las arreó ella como una madre mandona.

Miah levantó las manos como si estuviera siendo asaltada y soltó una gran carcajada.

—No seas tonta. Coged las cosas y metedlas en la camioneta. Tenemos que coger un buen sitio antes de que sea demasiado tarde —les indicó la anciana.

Entre risas, las muchachas fueron colocando las cestas en la parte de atrás de la ranchera de la señora Duffy. Cuando Miah iba a sentarse en el lugar del conductor, Kathy la apartó y ocupó su sitio.

—Mientras me quede un ápice de vida, esta nena la conduzco yo... —sentenció metiendo las llaves en el contacto y haciendo rugir el motor.

El trayecto fue bastante corto. Entre los comentarios de Miah sobre el carácter de la conductora y la narración de historias que surgían en encuentros como aquel que iban a vivir, a Virginia no le dio tiempo a aburrirse o a sentir miedo por el modo en que conducía su anfitriona. Estaba sorprendida por lo que contaban. Tenía la impresión de que, en vez de ser un día normal de campo, todo tenía un protocolo. Hasta el mero hecho de colocar las mesas y los manteles indicaba cosas que ella ni siquiera podía llegar a sospechar: «Si era de cuadros...», «Si estaba inclinado...», «Si los platos se ponían sobre la mesa o en una pila...». Todo eran símbolos para los habitantes. Aunque lo que llamó su atención fue el cortejo de las nuevas parejas; no imaginaba que el mero hecho de que un chico se acercara a una mesa y le pidiera a una joven un refresco significara algo más aparte de que necesitaba saciar la sed.

—Mi difunto marido se pasó todo el día caminando de su puesto de trabajo a mi mesa —contaba Kathy entre carcajadas—. Mi madre estuvo a punto de

llevarle una garrafa porque incluso le dio pena —rio.

—La pena debía de darla su vejiga... —señaló Virginia con lágrimas en los ojos—, porque aguantarse todo el día con tanto líquido hasta llegar al baño debía de ser una locura...

Miah y Kathy se miraron durante unos segundos y, acto seguido, se carcajearon con ganas.

—Virginia, cariño —dijo Miah sin dejar de reír—, se hace pis en el campo. Lo normal es que los hombres rieguen los árboles de los alrededores.

—¿Y nosotras? —preguntó levantando las cejas y abriendo los ojos de par en par.

—Nosotras —Miah no podía dejar de reír ni para contestarle— nos vamos juntitas a dar un paseo y, en mitad de la nada, nos bajamos el pantalón...

—¡Para! —le gritó Virginia—. Yo no voy a hacer eso ni muerta.

—¡Allá tú! Pero cuando sientas la presión de la necesidad..., ¿qué vas a hacer?

—Regresaré al hostel —refunfuñó cruzándose de brazos.

—Vale..., vale. —Su amiga le echó el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí para darle un fuerte achuchón.

La conversación había sido muy interesante hasta que habían llegado a ese punto. Virginia no estaba dispuesta a alejarse para hacer pis en cualquier lugar apartado. Ya se imaginaba siendo atacada por algún animal mientras se bajaba los pantalones y echando a correr con ellos por los tobillos. «Ni en mis peores pesadillas haría eso...», caviló sin relajar el ceño fruncido.

—Ya estamos cerca —la informó Miah en voz baja.

Cuando Virginia dirigió la vista hacia el prado, se quedó sin habla. Allí había más gente de la que había supuesto. Unas veinte camionetas aparcadas bajo una gran arboleda le indicaban cómo iba a ser el día. Miró de reojo a su amiga y ésta le apretó la mano.

—Tranquila, estás en familia —le susurró.

La señora Duffy aparcó, a su manera, junto a los demás vehículos. Descargaron casi todo aquello que habían metido en la camioneta y, mientras la anciana estudiaba el mejor lugar donde dejar los víveres, Miah y Virginia la seguían sin mediar palabra.

—Buenos días, señora, ¡qué alegría me da verla! —Un hombre de mediana

edad se acercó a Kathy para ayudarla con la cesta y caminar junto a ella.

—Es el párroco... —le murmuró Miah a su amiga.

—¡Ah...! —dijo bajito la joven.

—Buenos días, señor Justin. No podía perderme un día como éste. —Al ver que el párroco miraba de reojo a Virginia, Kathy se paró y los presentó—: Señor Justin, ésta es la señorita Wallace, nuestra nueva enfermera.

—Encantado. —El sacerdote alargó el brazo hacia Virginia y ésta se cambió la cesta de mano para poder responderle al saludo—. Siento si no he ido a darle la bienvenida, pero últimamente tengo mucho trabajo y las horas pasan sin darme cuenta —explicó alzando la vista hacia la parroquia.

Virginia se quedó muda al ver el esqueleto de lo que debía de haber sido la casa del Señor. Tan sólo quedaban algunas vigas ennegrecidas por el incendio, aunque se empezaba a apreciar la nueva construcción a su alrededor.

—No se preocupe... —contestó.

—Si les parece bien, las acompañaré a un lugar que todavía no ha sido ocupado. Además, desde ahí podrán observar, de primera mano, el trabajo de nuestros feligreses —les indicó el párroco.

Bajo la sombra de dos grandes árboles había una pequeña dehesa en la que la hierba parecía crecer salvajemente. Virginia recordó las palabras de Kathy sobre la razón de llevar vaqueros; ahora la entendía mucho mejor. En aquel lugar, donde la vegetación crecía con libertad, se podía encontrar de todo. Caminaron hasta allí y dejaron en el suelo las cestas. Mientras Kathy y Miah comenzaban a limpiar la mesa y a discutir acerca de cómo debían colocar la vajilla, el mantel y hasta sobre si disponer tres o cinco sillas a su alrededor, Virginia regresó a la camioneta para coger la última cesta que quedaba. Al caminar, contemplaba con entusiasmo los alrededores. Había familias enteras preparando las mesas y no paraban de hablar y sonreír. Los niños correteaban felices por los inmensos prados jugando con mariposas o con cualquier clase de bichos voladores. Algunos hombres transportaban a peso inmensos tableros hacia la iglesia. Todos la saludaban, a pesar de no conocerla, nadie le negaba un «Buenos días», y ella les contestaba añadiendo una sonrisa. Cuando llegó a la camioneta y cogió la cesta, su mente volvió a hacer de las suyas preguntándose por qué no estaba Tom. «¿De verdad creías que estaría esperándote detrás de algún árbol y te saludaría con una sonrisa? ¡Qué boba! Si habrá decidido no volver a verte más.

Después de lo de ayer...», y dejó de pensar cuando oyó unos pasos que se acercaban por detrás. El corazón se le agitó como una tetera. Debía de ser él, aquellas pisadas, pausadas y largas, eran muy típicas de Tom. Arrugando la frente como si estuviera muy enfadada e intentando ocultar la exaltación que estaba sintiendo, se giró para enfrentarse al que la perseguía cuando...

—¿Y esa cara? —preguntó con rapidez el hombre que estaba tras ella.

—¡Perdona! Mathew, lo siento... Me había asustado. No sabía qué tenía detrás y, según Miah, por aquí hay muchos animales salvajes que pueden aparecer y...

—¿Qué va a aparecer? —gruñó otra voz conocida tras una ranchera azul marino.

Tom apareció vestido como era habitual en él, aunque llevaba algunos botones de la camisa desabrochados, dejando al descubierto el robusto pecho masculino. Si no llega a ser por la rápida actuación de Mathew, la cesta de Virginia hubiese caído al suelo. Allí estaba, había venido y lo veía más sexy que nunca. Un calor recorrió el cuerpo de la muchacha y sus mejillas se encendieron con tanta fuerza que ni el sol podría haberles hecho competencia.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó el doctor al ver los ojos confusos de la joven y el estupor que le había producido la inesperada presencia de Tom.

—Sí... —dijo ella sin apenas ser consciente de su afirmación.

Sus ojos, aunque intentaba evitarlo a toda costa, no cesaban de mirar la boca de Tom, los brazos desnudos hasta los codos, el pecho y la entrepierna, esa que se había aferrado a su cadera la noche anterior para que no dudara de su excitación. «¡Basta! ¿No te das cuenta de que como sigas así vas a tener una combustión espontánea? —se dijo—. Sí, lo sé... —siguió pensando—, pero es que está tan sexy...» Respiró y miró al doctor, que le había dicho algo, y no por primera vez.

—Entonces ¿crees que tendrá solución?

—Todo tiene solución, ¿no? —respondió Virginia con una lógica que no podía fallar.

—¿Qué dices tú, Tom?

—No lo creo —dijo él hosco—. Este año no están jugando bien y el primero les saca varios puntos de ventaja.

¡Fútbol! ¡Estaban hablando de fútbol! Pero... ¿cuándo habían iniciado esa

conversación?, seguía pensando Virginia sin apartar la mirada del lugar donde Miah y Kathy permanecían ajenas a lo que ella estaba padeciendo. Las necesitaba. Ahora las necesitaba más que nunca. Oyó un gruñido, volvió la cabeza y vio que era Tom, que refunfuñaba algo en voz baja. Miró de reojo a Mathew y observó cómo éste le hacía un guiño y le sonreía. Se estaba perdiendo algo interesante, pero le daba igual, quería llegar cuanto antes a la arboleda.

—¿No crees que hace demasiado calor para llevar una camisa de manga larga? —le soltó de pronto Tom al doctor.

—Tengo frío. —Mathew había dejado de sonreír de repente y su cuerpo se tensaba como un palo.

—¿A casi treinta y cinco grados? —Tom levantó las espesas y oscuras cejas y sonrió de medio lado.

Mostraba una sonrisa de triunfo, la misma que tenía la primera vez que Virginia desayunó con él y se comió el plato de huevos.

—Debo de estar a punto de coger un resfriado y tengo mal cuerpo —explicó el doctor mientras le entregaba la cesta a Tom y se alejaba de Virginia unos pasos hacia la derecha.

La muchacha los observó atónita. Pero ¿qué había sucedido? No entendía nada. Lo único que veía eran unas actitudes extrañas y tirantes entre dos hombres que, horas antes, habían tomado algo juntos en el bar de Monthly.

—¿Dónde dices que estáis? —le preguntó Tom a Virginia.

—En el lado derecho de la iglesia. El párroco fue quien nos llevó allí.

—Es un buen sitio —comentó Mathew con cautela.

—Si quieres ser devorado por moscas y mosquitos... —replicó Tom.

—No creo que seas capaz de mover a la señora Duffy de ahí. Tanto ella como Miah están colocando las viandas, y cuando las dejé discutían sobre la cantidad de sillas que deseaban colocar alrededor de la mesa.

—¿Esperáis visita? —Tom frunció el ceño y entornó los ojos, o eso le pareció a Virginia, porque sus gafas de aviador no le dejaban confirmar sus sospechas.

—Todo el que desee saborear una buena comida será bien recibido.

—La señora Duffy cocina muy bien —volvió a interceder el doctor para relajar la tensión de Tom.

—¡Pues esta vez he sido yo! —exclamó Virginia orgullosa.

—Vaya..., hoy nuestros animales disfrutarán de un gran almuerzo — comentó Thomas con sarcasmo.

Virginia se paró en seco, se giró hacia él, le quitó la cesta de comida y espetó levantando el mentón:

—¡Tú no estás invitado! —y se marchó como una niña enfadada.

—Yo... —intentó decir Mathew riéndose de la situación.

—No digas ni una palabra, que hoy no estoy de humor... —le advirtió Tom —. Además, ¿qué sucedió anoche?

—¿Anoche? —El médico volvió a tensarse y adoptó una actitud defensiva.

—Sí, anoche, porque cuando estuvimos juntos no tenías esas marcas en los brazos, y ahora parecen arder. Yo que tú me abrochaba mejor esos botones o todos te preguntarán por la gata salvaje con la que te peleaste... —Sonrió y se encaminó hacia las mujeres.

—¡Mierda! —exclamó Mathew asegurándose de que esta vez los botones no se salieran del ojal.

* * *

Kathy daba gracias al Señor por ese día. No se había divertido tanto desde antes de que su difunto esposo falleciera. No paraba de reír acerca de la actitud que había adoptado Virginia con respecto a Tom, aunque también le llamó la atención el comportamiento de Miah y el doctor. Llevaban trabajando juntos desde hacía algo más de tres años, por lo que no entendía el motivo de su escasa conversación. «¡Oh, Dios mío!», se dijo al imaginar lo que había dado de sí la noche anterior.

—No hace falta que os diga que podéis sentaros con nosotras para almorzar, ¿verdad? —preguntó tras colocarlo todo tal como ella deseaba.

—Yo tengo algo en la camioneta —comentó Tom. No quería que Virginia se sintiera incómoda con su presencia.

—Yo... imagino que iré de mesa en mesa. Ya sabe usted cómo trata la gente al médico del pueblo —dijo Mathew, acentuando sus palabras con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es decir, que comeréis aquí —sentenció la señora Duffy mirándolos fijamente.

Como niños pequeños, ambos afirmaron con la cabeza. Tom estaba a punto de decir algo cuando notó un manotazo en la espalda. Al girarse, descubrió que era Dylan.

—¡Hola, Tom! Señoras, doctor... —saludó el mecánico mientras se levantaba apenas el sombrero—. Te necesitamos. El tractor ha dejado de funcionar cuando hemos querido cruzar el barrizal y me temo que habrá que sacarlo a peso.

—Por supuesto —se apresuró a responder Tom.

—Yo también puedo echar una mano si lo necesitan —se ofreció Mathew. Por nada del mundo pensaba quedarse a solas con las tres mujeres. Menos aún cuando la señora Duffy no paraba de observarlo como si pudiera descubrir algo en cada uno de sus movimientos.

—¡Cuantas más manos, mejor! —declaró Dylan con exaltación.

—Si puedo ayudar... —comentó Virginia dando un paso hacia delante.

—Mejor será que nos quedemos aquí y preparemos la comida para aquellos que nos visiten, auguro que será un día agotador —dijo Kathy apretando el brazo de la joven y evitando así que ésta siguiera a los hombres.

Y, efectivamente, el día fue agotador. Aunque no fue un cansancio físico, sino mental. Decenas de personas se acercaron a la mesa donde se encontraban para saludarlas y charlar. Unos tan sólo querían curiosear acerca de quién era la nueva enfermera, mientras que otros deseaban disfrutar de una buena tertulia. En cuanto podía, Virginia observaba cómo trabajaba Tom y cómo se relacionaba con los demás. Les sonreía o les palmeaba las espaldas con tanta familiaridad que la muchacha sintió felicidad y también algo de orgullo. Aquel hombre era un tesoro, y no entendía cómo ninguna mujer se había enamorado de él. De repente oyó que una de las mujeres que estaban allí hablaba sobre la ola de calor que estaban padeciendo. En ese momento, Virginia había cogido un vaso lleno de té helado y estaba tomando un buen trago cuando miró de reojo a Tom, quien se había quitado la camisa y dejaba su fuerte y ancho torso al desnudo. Escupió todo lo que tenía en la boca y comenzó a toser. Miah se le acercó con rapidez y le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es sólo que...

—¡Mirad! —exclamó entonces una de las jóvenes que participaban en la

charla mientras les indicaba a las demás adónde debían dirigir sus pupilas—. ¿No pensáis que es el hombre más perfecto que han visto vuestros ojos?

—¡Oh, sí que lo es! —exclamó una rubia con tirabuzones—. Es terriblemente perfecto...

—No entiendo cómo permanece todavía soltero —comentó la chica que estaba sentada al lado de la rubia sin apartar la vista de Tom.

—Me estará esperando a mí... —respondió entre risitas otra de las jóvenes.

—Pues si te animas, llévale limonada —le indicó otra.

—Tranquilas... —medió Kathy antes de que Virginia pudiera decir o hacer algo de lo que podría arrepentirse—. Ya sabéis que Thomas es un caballero.

—Señora Duffy, Thomas Sanders lo tiene todo: es encantador, caballero, educado, trabajador, cariñoso, protector y, sobre todo, me deja sin habla con ese cuerpo tan grande y esbelto que tiene —respondió la rubia mientras se daba aire con el sombrero que acababa de quitarse.

«¿Alguien tiene una mordaza? —se preguntaba Virginia—. Porque ésa la necesita con urgencia.»

Respiraba todo lo profundamente que podía, e incluso intentaba no escuchar los comentarios de las mujeres sobre él, pero le resultaba imposible. Por mucho que deseara cerrar los oídos y no recibir ningún tipo de información sobre las calenturientas mentes que la rodeaban, no lo conseguía. Así pues, se limitó a mostrar la sonrisa que había ensayado frente al espejo y a beber todo el té que encontraba.

—Llévale un vaso de limonada y todas estas hienas dejarán de hablar de él —le susurró Miah alejándola del aquelarre exaltado.

—¿Yo? —Levantó las cejas y tragó saliva.

—Sí, tú. Virginia, yo quiero mucho a Tom, pero te prometo que mi amor es muy distinto del tuyo.

—Yo no... no... —Dejó la frase sin terminar.

Miah levantó la mano y la hizo callar. Y fue lo mejor porque, tras aquellos comentarios con respecto a Tom, alguien empezó a hablar del doctor.

—No es el típico hombre de aquí, pero es muy atractivo —afirmó la rubia con tirabuzones.

—Me gustan sus ojos marrones y esa sonrisa que muestra cuando te saluda... —comentó otra.

—Pues aunque no tiene el típico cuerpo de la zona, creo que le sientan muy bien esos pantalones —señaló alguien, y todas comenzaron a reír excepto Miah.

—¿Quieres tú ese vaso? —le preguntó Virginia devolviéndole la pelota.

—Yo... yo... —Su rostro ardía a causa del enfado.

—Ya..., te pasa como a mí. No tienes ni idea de lo que sientes por él.

Miah asintió y, cuando iba a comentar algo entre susurros, la voz de Tom la interrumpió:

—Buenos tardes, señoras. —Alzó su sombrero a modo de saludo.

—¡Buenos tardes! —respondieron las voces femeninas al unísono.

—Hoy hace un día bastante caluroso —comentó él mostrando una bonita y sensual sonrisa.

—Mucho —contestó la descarada rubia.

Virginia lo observaba enfadada. No entendía por qué se acercaba a ellas mostrando su cuerpo semidesnudo.

—¿Qué deseas, Thomas? —La señora Duffy, sensata como siempre, hizo callar a las que dejaban sus ojos pegados en el duro pecho del hombre.

—He venido a refrescarme —dijo él, y miró hacia Virginia, que bebía con rapidez de su vaso.

—Virginia, coge de esa cesta un vaso grande de cristal y llénasela a Thomas de...

—Una cerveza me vendría bien.

—Pues entonces coge...

—¿Grande o pequeña? —preguntó Virginia señalando los dos tamaños que Kathy guardaba en la nevera.

—¡Grande! —exclamó la rubia entre risas, y todas la apoyaron con pequeñas risotadas.

Virginia la fulminó con la mirada. Tomó aire por la nariz, caminó hacia Tom y le ofreció la cerveza de tamaño grande.

—¿Te diviertes? —le preguntó a regañadientes.

—Mucho, ¿y tú? —Tom le ofreció una sonrisa triunfal que en esos momentos ella odió.

—Muchísimo —contestó Virginia con el ceño fruncido y sin dejar de apretar los dientes.

—Pues el día sólo acaba de empezar... —le susurró él ante las miradas

avispadas de las mujeres—. Señoras... —se despidió a continuación al tiempo que se levantaba suavemente el sombrero hacia adelante.

—¡Dios! Ese cuerpo me ha dejado sin palabras... —dijo otra muchacha entre gemidos.

«Como no te calles, te arrancó la lengua», pensó Virginia mirando a la mujer y mostrando, de nuevo, esa sonrisa que había ensayado.

CAPÍTULO 13

UN ALMA ROTA

¿Cuántos litros de té se había bebido desde que Tom se había quitado la camisa? Ni siquiera podía hacer un cálculo aproximado. Sin embargo, cada vez sentía más ganas de hacer pis, pero no estaba dispuesta a hacerlo en cualquier lugar. Inquieta, Virginia movía las piernas, las cruzaba, miraba de allá para acá tratando de no pensar en lo que estaba a punto de explotar. Al final se acercó a Miah y le desveló lo que le sucedía.

—Ya te he dicho lo que solemos hacer por aquí.

—Pero yo no soy capaz de hacer eso...

La señora Duffy frunció el ceño y las observó cuchichear. Podía imaginar, por la cara de desesperación que mostraba Virginia, lo que estaba ocurriendo. Mentalmente trató de idear un plan para salvar a la pobre infeliz.

—Señoras... —dijo de repente la voz de Mathew detrás de ellas.

—¡Mathew! —exclamó la anciana con entusiasmo.

—¿Sí? —inquirió él, sorprendido al ver la reacción de la mujer.

—Necesito que laves a Virginia a mi casa, creo que se me ha olvidado en la cocina la cesta con los pasteles de la merienda.

—Si es tan necesario...

—¿El qué es tan necesario? —Como por arte de magia, Tom apareció de repente.

—La señora Duffy me pedía que llevara a Virginia al hospital porque ha olvidado algo en la cocina —explicó el doctor.

—Si quiere, la llevo yo. Tengo que ir al taller de Dylan a por una llave que necesitamos para arrancar ese testarudo motor —dijo desenlazando la camisa de su cintura y colocándosela sobre el cuerpo.

—Virginia —la llamó Kathy.

La joven se acercó con cierto temor. Iba conociendo ya a su casera, y cada vez que la llamaba era para ponerla en algún tipo de aprieto.

—¿Sí? —preguntó con timidez.

—Tom va a ir al pueblo y le he dicho que te lleve al hostel para que puedas coger de la cocina la otra cesta... —le indicó con calma.

Virginia captó la indirecta a la primera y dio gracias por ello en silencio. Sin embargo, había un «pero» en mayúsculas: ¿tenía que ser precisamente Tom?

—Claro, estaré encantada de ayudarla —contestó.

—Si quieres... —intercedió Miah.

—A ti te necesito aquí —se apresuró a decir Kathy—. El doctor y tú podéis ayudarme a preparar la fogata. Quiero encender esa parrilla y que el humo de la carne empiece a impregnar el ambiente.

—Lo siento... —le susurró Miah a Virginia cuando ésta se giraba ya para seguir a Tom.

—Tranquila... —le respondió ella.

—¿Quieres que avivemos el fuego? —preguntó Mathew dirigiéndose a Miah.

—¿Cómo? —La joven levantó tanto las cejas que se le veían los párpados superiores por encima de las oscuras gafas de sol.

—El fuego... —El médico señaló con la cabeza hacia la derecha—. Vamos a echarle algo más de leña para que no se apague.

—Yo me quedo aliñando la carne y tú haces lo que sea con eso. —Miah se giró e hizo como si buscara algo dentro de una cesta de mimbre.

—Vale, pues cuando crea que está preparada para echar las jugosas piezas, te llamo. ¿Ok?

—Sí —contestó ella sin mirarlo.

«Espero que a esos dos les vaya mejor que a mí...», caviló levantando la vista y observando cómo Virginia se metía en la camioneta de Tom y ambos se alejaban en dirección al pueblo.

Virginia no habló. La verdad era que, desde que había llegado a aquel lugar,

casi siempre estaba muda. Aunque ahora tenía una buena razón: permanecía en la ranchera con la persona con la que casi había tenido un encuentro pasional y se estaba haciendo... pis, mucho pis. Ante el incómodo silencio, Tom encendió la radio. En las noticias informaban de que la ola de calor seguiría una semana más. Luego dieron paso a una entrevista con un actor, y, aburrido, Tom decidió poner un CD. De fondo empezaron a oírse las suaves y melosas voces de Brad Paisley y Carrie Underwood con *Remind Me*.^[5] Virginia quiso ser avestruz para meter la cabeza en el suelo. Aunque la canción trataba de un matrimonio que intentaba recordar la pasión que tuvieron en el pasado, cuando se amaban con tanta fuerza que nada ni nadie a su alrededor les importaba, ella pensaba en la noche pasada con Tom y en cómo le había dicho que la «follara como la última vez». En aquellos momentos no quería un «recuérdame»; tan sólo deseaba un «olvídame» porque, si todo salía tal como lo había planeado, pronto se marcharía y podría almacenar en su mente las vivencias en Old-Quarter como una pesadilla que, con suerte, se esfumaría con el paso de los años.

—¿Seguiremos manteniendo este incómodo silencio durante todo el trayecto? —preguntó Tom con pesar.

—Me gusta esta canción... —susurró ella sin apartar la vista del cristal.

—Bien...

Y dejó que la música finalizara. Cuando terminó, Tom apagó la radio. Virginia giró el cuello sin mover los hombros y lo contempló en silencio. Mostraba una seriedad en el rostro y un endurecimiento en su cuerpo que se le retorcieron las entrañas al verlo adaptando aquella actitud.

—Ya ha terminado —explicó.

—¿Quieres que hablemos del tiempo? Según han dicho, tenemos que estar preparados para...

—Virginia... —murmuró su nombre con tanta calma, con tanto sentimiento que a ella se le encogió el corazón. Sonaba igual que el suspiro agónico de un hombre que se queda parado mientras ve cómo la mujer de su vida se marcha para siempre.

—No quiero hablar de nada, Tom. Ayer bebí demasiado y dije e hice muchas tonterías.

—Virginia... —repitió él antes de poner el intermitente y conducir por la calle principal.

—De verdad que no deseo oír hablar de lo sucedido. Fue una equivocación haberte dicho eso... —murmuró sin mirarlo, y esperó a que él aparcara en la puerta del hostel para salir huyendo.

Sin embargo, antes de poder abandonar el vehículo, sintió que algo la retenía por la mano izquierda. Echó un rápido vistazo hacia lo que podía estar impidiéndole escapar y descubrió que Tom había clavado sus oscuras pupilas en ella y que era la gran palma de éste lo que impedía su ansiada fuga. Alzó el mentón y lo miró con los ojos entornados. Esperaba que le diera una buena razón para aquello.

—Yo tampoco he olvidado ese día... —dijo él antes de soltarla para que pudiera caminar con libertad.

Virginia cerró la puerta y subió los escalones sin mostrar la fragilidad que sentía en aquel momento. Su corazón le gritaba sin parar que ya le había advertido que el extraño y Tom se parecían demasiado. Nadie podía andar, hablar y conducirla con un solo beso hacia un estado de embriaguez tan inmenso que borraba de un plumazo cualquier pensamiento negativo hacia el sexo masculino. Ahora el verdadero problema no era que la noche anterior ella hubiera metido la pata al dejarse llevar por la excitación, sino que él tampoco la había olvidado. Levantando el rostro con orgullo, accedió al hall. Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas. Subió la escalera, se metió en su habitación, caminó hacia el baño, hizo lo que había ido a hacer y, justo en ese instante, comenzó a llorar con ímpetu. «¡Maldita sea! —exclamó para sus adentros—. Por eso lo sentía tan cerca, tan conectado a mí. Por eso me cuidaba... Sabía desde el momento que nos vimos en la carretera quién era yo...» Una vez vació su vejiga, regresó al dormitorio y, entre sollozos y pequeños ataques de ira, se puso a meter la ropa en la maleta. Se marchaba. No podía permanecer por más tiempo en aquel lugar. No podía permanecer ni un minuto más junto a él.

Tom se había quedado dentro del vehículo sin apartar la mirada de ella. Cuando desapareció tras los muros del hostel, suspiró. No sabía si aquella revelación había sido correcta, pero ya no podía echarse atrás. Debía enfrentarse a ello con entereza y valor. Bajó de la ranchera y caminó hacia el taller de Dylan. Tal como le había informado el mecánico, encontró la llave detrás de un ladrillo falso de la pared, abrió el portalón y entró en el almacén. Buscó la herramienta que necesitaba y, tras hallarla, volvió a su camioneta para esperar el regreso de

Virginia. Mientras permanecía en el asiento, puso de nuevo en marcha el CD. De fondo se oyó a Brad Paisley con *Then*.^[6] Canturreó junto al cantante el tema. «¡Por el amor de Dios! ¿En qué me estoy convirtiendo?», se regañó a sí mismo. Pulsó el botón de *stop* y dejó que el silencio lo envolviera. Apoyó la frente en el volante y suspiró. La letra de la canción seguía en su mente. «¡Joder!», gritó dando un puñetazo al duro círculo plastificado. Movi6 la cabeza hacia el porche del hostel y frunci6 el ceño al darse cuenta de que Virginia estaba tardando m6s de lo que debía. Cabreado, sali6 y cerr6 con un sonoro portazo. Subi6 la escalera y, al apreciar que la puerta de entrada estaba entreabierta, la empuj6 con suavidad.

—¿Virginia? —pregunt6 en mitad de hall—. ¿No est6s tardando demasiado? S6lo tenías que coger una maldita... —Se call6 en el acto cuando oy6 un ruido extraño en el piso de arriba. Apretando la llave con la mano derecha, ascendi6 los peldaños.

En el largo pasillo volvi6 a oír aquellos ajetreos desconocidos. Imaginando que Virginia estaba en peligro, corri6 hacia la puerta de su dormitorio. Intent6 abrir y, al comprobar que el cerrojo estaba echado, levant6 la pierna derecha y golpe6 la madera con energía.

—¿Qué...? —pregunt6 asustada Virginia al ver c6mo era derribada la puerta de su habitaci6n—. ¿Qué narices haces? ¿Est6s loco? ¡Me has dado un susto de muerte!

—¿Est6s bien? —Tom mantenía la herramienta en alto y ojeaba el interior sin moverse del sitio.

—Hasta ahora, sí... ¿Por? —Frunci6 el ceño.

—He oído unos... —Sus ojos se abrieron de par en par al ver que ella estaba recogiendo sus pertenencias y las metía en la maleta—. ¿Qué diablos est6s haciendo? —inquiri6 enfadado.

—Me march6. ¡Me voy de este maldito lugar! —exclam6 ella al tiempo que cerraba la cremallera de la bolsa y lo encaraba.

—¿Por mí? ¿Lo haces porque te he dicho que no he olvidado el encuentro que tuvimos en Ogallah?

—¡No seas tan egoc6ntrico! —le grit6 d6ndole la espalda—. Me voy porque no puedo permanecer en este pueblo ni un minuto m6s.

—Virginia... —volvi6 a susurrarle 6l con ese suave y meloso ronroneo que a

ella la partía en dos.

La joven alzó la mirada hacia Tom y dejó que dos lágrimas continuaran su camino.

—Debo marcharme... —Cogió el asa de la maleta e intentó salir, pero la enorme figura del hombre le impedía el paso—. ¿Te importaría apartarte para que pueda...?

Como ya iba siendo habitual, no terminó su pregunta. Tom soltó la herramienta de forma despreocupada en el suelo y caminó hacia ella sin dejar de mirarla.

—Vete..., no quiero... —balbuceó Virginia.

Pero él no le hizo caso. No podía hacerle caso. Si ella decidía marcharse para no regresar jamás, él volvería a sentirse roto y no lo soportaría. Sin dejar de andar hacia la muchacha, quien había comenzado a caminar hacia atrás para evitar cualquier roce entre ellos, terminó arrinconándola contra la pared. Colocó las palmas por encima de la pequeña figura femenina y agachó la cabeza hacia la de ella.

—¿Por qué te vas? —preguntó con voz ronca.

—Tengo que irme... —susurró ella sin dejar de observarlo.

Estaba encarcelada en una prisión de unos cien kilos de puro músculo y duros tendones. Además, podía contemplar la furia titánica de unos ojos oscuros que hacían arder cualquier pupila que lo observara más de un minuto seguido.

—No quiero que te vayas... —continuó diciendo Tom al tiempo que aproximaba cada vez más su boca a la de ella.

—No se trata de lo que tú quieres, sino de lo que... —musitó Virginia alzando el pecho por la inquieta respiración.

Pero él volvió a dejarla sin palabras. La boca masculina invadió la femenina con tanta fuerza y pasión que a ella le temblaron las piernas. No había tenido tiempo ni de tomar aire cuando notó cómo una palma de Tom le recorría la pierna derecha en dirección a su cadera. La estaba tocando con tanta delicadeza... Hasta que la descarada mano se colocó en un cachete de su trasero y lo apretó con fuerza. Virginia abrió los ojos y encontró un rostro muy distinto. La ira había desaparecido para dar paso a un semblante con una deliciosa mezcla de diversión y erotismo.

—Te la debía, pequeña... —susurró Tom sin apartar los labios de los de ella

ni un milímetro. Cuando Virginia intentó responderle, le mordió.

La muchacha alzó los brazos para rodearle el cuello con ellos y se entregó a él. No podía, ni deseaba, continuar con una batalla que estaba perdida desde el principio. Virginia lo deseaba, lo necesitaba. Quería que su boca recorriera su piel. Estaba loca por tocarlo y que regresaran aquellas descargas eléctricas que nadie le había provocado salvo él. Lo quería para ella, aunque su aventura amorosa sólo durase unos días y después...

—Virginia... —murmuró él al ver que empezaba a lagrimear de nuevo.

—Quiero estar contigo, Tom... —contestó la joven mirándolo a los ojos y acercando esta vez ella sus labios.

Un gruñido gutural hizo que Virginia sonriera levemente. Él estaba tan necesitado como ella, y eso, en cierto modo, le agradaba. Cuando sintió las dos manos en la cintura y cómo éstas le subían la camiseta, apartó la boca y alzó los brazos.

—Eres tan bonita... —dijo él antes de volver a besarla.

Los dedos femeninos se dirigieron hacia su camisa. Con prisa, desabrocharon los botones. Una vez que el torso estuvo desnudo, se acoplaron a él y lo acariciaron con mucha lentitud. Al sentir las manos de ella sobre su piel, Tom dejó escapar pequeños gemidos de placer.

—Tú tampoco estás mal... —comentó Virginia sonriendo y entornando los ojos.

El hombre soltó una gran carcajada antes de alzarla hacia su cinto.

—Si supieras la de veces que me he regañado por no haberte poseído la noche que te encontré desnuda en aquel maldito sótano... —le desveló antes de volver a morderle el labio y tumbarla despacio sobre la cama.

—Pues aquí me tienes... —Condujo las manos hacia la hebilla de su cinturón y se lo desabrochó.

Los ojos de Tom se volvieron aún más negros por el deseo. Intentó controlar el monstruo que se había despertado en su interior, pero le resultó imposible. ¿Quién podía resistirse a tener a la mujer en la que pensaba desde hacía cinco años? Llevó sus grandes palmas hacia la cintura de los vaqueros de ella y los bajó con avidez.

—Te comería entera... —le susurró ahogado por la excitación al tiempo que sus dedos recorrían el cuerpo semidesnudo de Virginia.

—Hazlo... —replicó ella cogiendo el rostro masculino y conduciéndolo a su boca.

—No voy a ser tierno... —gruñó con los dientes apretados.

—¿Te he dicho yo que lo seas? —Entornó los ojos.

—Virginia...

—Tom...

No dudó ni un segundo más. Se colocó sobre ella y la besó como sólo él podía besarla: conquistando, tomándola, colonizando su interior. Llevándola con las caricias de su lengua hasta un éxtasis de humedad ardiente. Cuando Tom notó los temblores de la joven, se apartó de la cama, la cogió de las piernas y la giró.

—Levántate sobre tus palmas y tus rodillas —le indicó mientras se desprendía del pantalón.

Virginia obedeció. Se colocó tal como él le había dicho. Al sentir el primer roce de la mano en su sexo, echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Quieres que te toque, ¿verdad? —Ella asintió—. Bien, lo haré, pero debes contestarme: ¿cómo quieres que lo haga? —Tom cogió aire para que su raciocinio regresara de donde estaba y poder seguir preguntando con coherencia antes de abalanzarse sobre ella y hacerla suya—. ¿Así?

Apartó la suave lencería hacia la izquierda y colocó sus dedos entre los abultados labios mojados. Luego observó cómo ella afirmaba con la cabeza y sonrió.

—¿Eres de «sí» rápido? Entonces... ¿no quieres esto? —Acercó la lengua hacia su húmeda hendidura y la recorrió despacio, sin prisa.

—¡Sí! —exclamó Virginia temblorosa con un grito ahogado.

—¿Sí, qué?

Tom se apartó para ver cómo el pequeño cuerpo se agitaba bajo sus caricias. Miró de reojo el tatuaje y sonrió. Con mucha ternura, pasó la mano izquierda sobre él y lo palpó.

—¿Prefieres esto? —Volvió a acercar los dedos y los agitó en el exterior y en el interior de su sexo—. ¿O esto?

La boca regresó hacia el centro femenino y lo calmó con el leve caminar de su lengua. Sin embargo, esta vez algo cambió: fue recorriendo la longitud de los labios con una suave presión de sus dientes. Algunos mordiscos fueron tan intensos que parecía querer arrancar la carne de su cuerpo.

—Tom... —murmuró ella entre sollozos.

—¿Qué? —preguntó sin dejar de agitar la mano entre sus piernas y haciendo que ésta se impregnara de su jugo.

—Te necesito..., quiero..., por favor...

—Yo también te necesito, lo quiero y lo pido por favor...

Tom se colocó entonces tras ella y, sin dejar de extasiarla, se introdujo en su interior.

El cuerpo de Virginia estuvo a punto de quemarle, de prenderle fuego a su sexo. Él echó la cabeza atrás y aulló, literalmente. Era tanta la excitación que sentía por parte de ella que no pudo evitar aquel gruñido de satisfacción. Llevó las manos hacia sus caderas y la atrajo con fuerza hacia sí. Oyó cómo ella gemía tras el atroz envite. Cerró los ojos y volvió a embestirla con tanta energía que no había dos cuerpos, sino uno. Un turbulento compás de movimientos los condujo a un sinfín de jadeos acompasados. Arrugando la frente, Tom notó cómo una fuerte descarga comenzaba a nacer en su interior y viajaba hacia ella. Intentó retenerla, pero no lo consiguió. Apretó con más ahínco las caderas de Virginia y, antes de poder dar su último grito de placer, ella se le adelantó. Su pelo azabache se movía sin control. Añoró no poder verle la cara y besar los sensuales labios rojos, pero ya habría tiempo. Aquel acto de posesión no sería el último. Jamás dejaría de permanecer a su lado, ella era su todo.

Después de la sacudida eléctrica final, alargó las manos hacia la espalda femenina, la besó y acarició de nuevo el tatuaje. «Lo fuiste y lo sigues siendo...», susurró para sí al releerlo.

CAPÍTULO 14

MARCADAS

Una hora después, la ranchera de Tom aparcaba bajo la gran arboleda. Miah y Kathy no apartaron la vista de ellos hasta que ambos estuvieron bastante cerca. La joven entornó los ojos y sonrió. La anciana tan sólo sonrió al verlos y descubrir en sus rostros que la tensión entre ambos había desaparecido. Algo importante había sucedido durante su ausencia para que en las caras de Tom y de Virginia se reflejara una inmensa paz interior que no habían mostrado desde que ella los conoció.

—¿Y la cesta? —preguntó ingenuamente Mathew.

—No la he encontrado... —dijo Virginia sonrojándose de nuevo.

—Esta cabeza mía... —intervino Kathy—. La vejez está haciendo estragos...

—Llevaré la llave a los hombres —comentó Tom.

Luego echó un rápido vistazo hacia Virginia y, acomodándose el sombrero, se marchó con paso firme.

Ella lo observó alejarse. Andaba con tanta serenidad y entereza que a la muchacha se le escapó un imperceptible suspiro. Todo en él la fascinaba. Todo en él la dejaba tan débil que incluso le daba miedo. ¿Cómo podría vivir con un hombre así? No lo conseguirían. Ella era una chica de ciudad acostumbrada a lidiar con un día a día muy diferente del suyo. Irguiendo el cuerpo y dejando aparcados sus pensamientos, se acercó a las chicas, que la miraban con los ojos entornados.

—¿Qué? —inquirió.

—Nada —se apresuró a responder Kathy.

—¿Nada? —preguntó Miah tras la anciana—. ¿Me vas a decir que no ha sucedido nada? Tom acaba de marcharse sin mirarnos siquiera y más rápido que si corriera tras él una manada de toros y... ¿no ha pasado nada?

—No ha sucedido nada. Me llevó al hostel, hice lo que tenía que hacer y luego regresamos.

Virginia empezó a repartir unos platos que estaban apilados en el centro de la mesa.

—Si ella dice que no ha pasado nada, debemos creerla —intercedió la anciana levantándose de su asiento y colocándose cerca de su huésped para ayudarla.

—¡Va! ¡Tonterías! Seguro que habéis estado todo el tiempo discutiendo... — Miah volvió a colocarse las oscuras gafas de sol y se alejó hacia la parrilla, que Mathew había abandonado tras la llegada de Tom.

—Tranquila..., nadie tiene por qué saber qué ha sucedido en realidad —le susurró Kathy sonriente a Virginia.

—Pero si no... —intentó responderle ella.

—Claro..., y por eso llevas la camiseta del revés, ¿verdad? —La anciana cogió una fiambrra metálica y empezó a servir sobre unas fuentes el puré de patatas que horas antes había preparado Virginia.

A la muchacha se le encogió el estómago. Nunca había sabido mentir, y ese día no iba a ser diferente. Echó un rápido vistazo a su alrededor y, tras comprobar que nadie la observaba, metió los brazos en el interior de la prenda, la giró y luego volvió a sacarlos. «¡Tonta!», se regañó. Percatándose de que nadie se había dado cuenta de sus movimientos, respiró profundamente y se concentró en ayudar en la medida de sus posibilidades. No obstante, le resultó inevitable impedir que su mente regresara a la habitación del hostel cuando nadie la entretenía con alguna inesperada conversación. Sentía de nuevo las rudas manos sobre su piel. La lengua entre sus piernas. La increíble forma de poseerla. El repiqueteo de los gemidos en sus tímpanos... Estaba tan absorta en sus pensamientos que le costaba volver al presente y ser capaz de no mostrar el sonrojo en las mejillas. Creyó haber suspirado más de una vez, pero como habían dejado de espiarla, no temió ser descubierta.

De repente todos empezaron a silbar y a dar palmadas porque el viejo tractor comenzó a gruñir. Virginia dirigió la mirada hacia el grupo de hombres que se encontraban en mitad del prado, alrededor del vehículo, y observó a Tom con entusiasmo. Era uno más. Sonreía y aplaudía igual que aquellos que estaban a su lado. Las carcajadas que salían de su boca, aquella que había saciado la hambruna con su propia esencia, estaban tan llenas de satisfacción y bienestar que Virginia sintió cómo un escalofrío la sacudía con vigor. Tom era especial, o tal vez lo era para ella, porque ningún hombre de aquellos con los que había estado la había llevado hasta donde él la hacía llegar. Agachando la cabeza, volvió a prestar atención a lo que le habían indicado: colocar los cubiertos y las servilletas.

—No entiendo cómo un hombre como él puede entender de mecánica. —La voz de Dylan las alertó.

Las tres mujeres levantaron la cabeza y vieron cómo cinco hombres caminaban en su dirección.

Virginia reconocía tan sólo a tres de ellos. Sin embargo, las muestras de afecto que los otros dos le dirigían a Tom le dieron a entender que debían de ser también del pueblo.

—De verdad, doctor, que me has dejado sorprendido —continuó Dylan con la charla cuando llegaron hasta las mujeres—. Yo que tú me replantearía esa carrera tuya de matasanos. En mi taller necesito manos como las tuyas —explicó ofreciendo a Mathew unas grandes palmadas en la espalda.

—Bueno..., mi padre trabajaba reconstruyendo vehículos antiguos, y me encantaba verlo trabajar —respondió el hombre sin borrar la sonrisa del rostro.

—Pero esa avería no la habría encontrado con facilidad... —continuó alabándolo el mecánico—. Señoras... —saludó a las mujeres levantándose el sombrero.

—¿Os quedaréis a almorzar? —les preguntó Kathy con amabilidad.

—La verdad es que huele muy bien... —contestó uno de los desconocidos, un chico de unos diecinueve años que no apartaba la vista de la distraída Miah.

—Será un honor —dijo al fin Dylan dando un cocotazo al jovenzuelo—. Señorita Wallace, le presento al impertinente de mi hijo, Bruce.

Virginia extendió la mano hacia el muchacho para saludarlo y éste le respondió quitándose el sombrero y agarrando con firmeza la palma femenina.

—Me han hablado mucho de usted, pero todavía no tenía el honor de conocerla personalmente —dijo el joven con educación.

—Bueno, eso es buena señal —repuso Virginia con una tímida sonrisa.

De repente sintió la presencia de Tom tan cerca de ella que parecía tocarla. Lo miró y observó en su rostro unas pequeñas muestras de enfado. Que Virginia no llegó a comprender, por supuesto.

—Sentaos —les indicó Kathy—. Hemos preparado demasiada comida y nosotras solas seremos incapaces de terminarla.

—Señora Duffy —saludó la voz del segundo extraño a la derecha de Virginia.

Cuando ella se giró para ver con más claridad de quién se trataba, se quedó sin habla y abrió los ojos de par en par.

Vestido con una camiseta negra y unos vaqueros que se ajustaban perfectamente a sus piernas, un muchacho con una larga melena oscura y una tez sensualmente morena les sonreía mostrando el blanco nácar de sus dientes.

—¿Qué tal te encuentras, Gerald Kenston? —La anciana le ofreció un plato para indicarle que él también estaba invitado.

—Muy bien, señora —respondió el chico sin apartar la vista de Virginia.

—Ella es nuestra nueva enfermera, la señorita Wallace —los presentó Kathy.

—Encantado de conocerla, señorita Wallace —dijo él pasándose el plato a la mano izquierda y saludándola con la derecha tras limpiarse varias veces en el pantalón.

—Igualmente, señor Kenston —contestó Virginia.

—Gerald, puede llamarme Gerald. Eso de «señor» es demasiado formal para mí —sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y entonces oyó una especie de bufido a su lado. Giró la cabeza hacia el extraño sonido y descubrió divertida que se trataba de un resoplido involuntario de Tom.

—Entonces... ¿se quedará aquí? Este pueblo necesita una enfermera como usted, señorita... —continuó diciendo Gerald.

—Puedes llamarme Virginia, y sobre lo de quedarme en el pueblo, es sólo temporal.

—¿Y eso? ¿No se han portado bien contigo aquí? —Se colocó a su derecha para continuar con la conversación.

Virginia contempló cómo el largo y brillante cabello del muchacho se movía con suavidad.

—No se trata de eso... —aclaró sonriendo al observar una especie de cortejo amable hacia ella.

—Bueno, yo te haré cambiar de opinión. Descubrirás...

—¿Cuándo comemos? —intervino Tom con desagrado, pasando entre ambos para que se alejaran—. Tengo hambre. Hoy he hecho más ejercicio de lo habitual.

Bajo sus gafas de aviador, miró a Virginia y sus ojos se encontraron con los de ella. Comprendiendo su propósito al comentar a viva voz eso de que «Hoy he hecho más ejercicio de lo habitual», ella se sonrojó y fue incapaz de proseguir la conversación con Gerald. Tom sonrió satisfecho y clavó las pupilas en la señora Duffy, que arrugó la frente y lo regañó como si fuera un niño.

—Si tanta hambre tienes, puedes servirte tú mismo, jovencito. No has nacido manco...

Los hombres fueron llevando sus platos hacia la parrilla, donde Miah les iba sirviendo. Y todo iba bien hasta que apareció el joven Bruce, que no apartaba los ojos de la mujer, mirándola con descaro. Más de una vez, Virginia lo había pillado con ellos clavados en el culo de su amiga, y más de una vez también observó cómo Mathew quería fulminar al chico con los suyos. Era una situación tan cómica que la tuvo muy entretenida y no percibió que a Gerald y a Tom les sucedía algo parecido. En una mirada furtiva comprobó que Tom tenía el ceño tan fruncido que, como continuase así mucho tiempo, su frente jamás volvería a ser tersa y lisa. Pero Virginia, al no percibir la tirantez que se había creado entre los dos hombres, pensó que la muestra de preocupación de Tom era fruto del arrepentimiento acerca de lo que habían hecho horas antes, y que su malhumor, que todo el mundo comenzaba a percibir, era debido a la necesidad de librarse de ella.

—Hoy está muy guapa, señorita Hermon —le dijo Bruce al tiempo que Miah colocaba una pieza de carne en su plato.

—Muchas gracias; es bonito oír esas palabras de un joven como tú.

—¡No soy tan joven! —le reprochó el muchacho—. Ya tengo diecinueve años...

—Y deberías estar cortejando a chicas de tu edad —dijo Mathew tras él—.

¿No crees? —Entornó los ojos.

—Las chicas de mi edad no tienen el cuerpo que tiene Miah —respondió él con descaro.

Mathew pensó en romperle el plato sobre la cabeza, llevarlo hasta el prado y pegarle una somanta de palos por lo que había dicho. Sin embargo, guardó la furia en su interior e intentó borrar de la mente el comentario del muchacho. Colocó el plato para que Miah le sirviera y ella lo hizo sin mirarlo.

Kathy y Virginia habían sido testigos de aquel encuentro y, guardando sus propias conclusiones para sí mismas, llamaron a Miah para que se sentara junto a ellas.

—Hoy parece que hace más calor de lo habitual. Noto como si nos cubriera una niebla calurosa y pegajosa... —dijo la anciana llevándose un trocito de carne bañado en puré de patatas a la boca.

Todos estaban sentados y comían sin apenas hablar, eso sí, hubo bastantes cruces de miradas un tanto peliagudas. Parecían haberse formado dos bandos alrededor de la mesa. A un extremo, Gerald y Bruce, en medio, la señora Duffy sentada junto a Dylan, enfrente de ellos, Miah y Virginia y, en el extremo opuesto, Tom y Mathew, que no dejaban de gruñir en silencio mientras comían.

—Según hemos oído en las noticias —comentó Virginia sin saber hacia dónde debía mirar—, la ola de calor durará una semana más.

—El tiempo por aquí es siempre el mismo. Pero terminarás acostumbrándote —dijo rápidamente Gerald.

—O no. Porque no todo el mundo es capaz de aguantar un día extremadamente caluroso —se entrometió de nuevo Tom con voz dura y sin apartar los ojos de la comida que tenía en su plato.

—La verdad es que a mí me encantan los días soleados —explicó Virginia con entusiasmo—. En la ciudad apenas he podido contemplar una puesta de sol tan bonita como la que vi mi primer día aquí.

—Si quieres, puedo llevarte a la montaña —Gerald señaló con la mano hacia el montículo que tenían tras ellos—. Desde allí, el atardecer es precioso. Se ve todo el prado, los ranchos y el pueblo. Además, cuando los rayos desaparecen en Old-Quarter, allí todavía duran un poco más...

—¿Alguien quiere otra cerveza? —terció Kathy velozmente.

Aquel joven no sabía dónde se estaba metiendo. Tom ya no ocultaba la rabia

que sentía. Había dejado de comer. Sus manos se apretaban con fuerza y lo miraba con ganas de hacerlo callar a puñetazos.

—Pues a mí me vendría bien... —respondió Bruce mirando a Miah para que ésta le ofreciera una lata.

—Un muchacho de tu edad debería controlar la ingesta de alcohol —comentó Mathew entre dientes.

—Soy lo suficientemente mayor como para tomarme un par de birras —replicó el chico, cansado de ver cómo el doctor se entrometía cada vez que intentaba mantener una conversación con Miah.

—Así que el calor continuará... —reflexionó Dylan sin percatarse de la batalla que había comenzado a su alrededor—. Entonces debemos permanecer alertas. Ya sabéis que esta clase de días son peligrosos para nuestros campos. En cualquier momento puede surgir algún incendio...

—Sí. Sí que puede surgir algún que otro fuego imprevisto... —masculló Tom bebiendo el último trago de su cerveza y sin dejar de observar, oculto bajo sus gafas, a Virginia.

La tensión continuó hasta que los hombres se retiraron para proseguir con el trabajo. Ninguna de las mujeres quiso hacer ningún comentario sobre lo ocurrido. Sin embargo, sus mentes echaban más humo que cualquier incendio de los que hablaba Dylan. Miah estaba enfadada por la actuación de Mathew hacia Bruce. ¿Cómo podía mostrarse celoso después de haberle dejado claro que entre ellos no había sucedido nada? Todo el mundo podía descubrir su grave error, y no estaba dispuesta a estar en boca de nadie. Ella era una mujer libre y podía charlar con quien quisiera, además, aquel muchacho sólo mostraba su inevitable alteración hormonal. En cambio, ¿qué mostraba Mathew?

Virginia se ruborizaba cada vez que pensaba en Tom. A aquel estupor lo acompañaba además una risa burlona que se alzaba en su interior cada vez que pensaba en la reacción del hombre para con el joven Gerald. Al principio había creído que su malhumor se debía a lo sucedido horas antes entre ellos, pero cuando comprendió, ella y cualquiera que hubiese prestado un poco de atención, que cada halago que el muchacho le dedicaba Tom lo comentaba entre dientes y con el puño cerrado, no pudo parar de reír. En más de una ocasión pensó que Thomas se levantaría de su asiento y agarraría del cuello al pobre Gerald, quien, por otra parte, sólo pretendía ser amable. «Es un idiota —pensó al tiempo que

regresaba a su silla y observaba al hombre trabajando de nuevo—. Nadie puede ocupar su lugar, si es que hubiera algún lugar que ocupar...»

—Bueno, parece que todo ha marchado bien, ¿no creéis? —señaló Kathy colocando en la mesa una jarra de café.

—Sí, eso parece —contestó Miah con desgana.

—Yo he comido bastante bien. Parece que tenía más hambre de lo que pensaba —indicó Virginia llevándose las manos al botón de su pantalón para desabrocharlo.

—El campo tiene eso: abre el apetito —respondió la anciana vertiendo el líquido negro sobre los vasos que había colocado frente a ellas—. Espero que la casa del Señor esté preparada pronto para volver a tener un lugar de paz.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Virginia intrigada.

—Porque Old-Quarter necesitará un lugar como ése. Últimamente hay demasiada tensión en el pueblo... —comentó Kathy sin apartar la vista de los hombres, que continuaban con las labores.

—Al ritmo que trabajan, estoy segura de ello.

Virginia no quiso indagar más en la reflexión de la anciana. Se llevó el vaso a la boca y, sin apartar la mirada de Tom, dio un pequeño trago.

—¿La verás acabada? —inquirió Miah observando hacia donde se dirigían las pupilas de su amiga.

—No lo creo. Ya sabes que estoy esperando ese fax... —murmuró ella entre soplos.

—¿De verdad sigues pensando en marcharte? —continuó Miah con el inesperado interrogatorio.

—Sí —afirmó ella con seguridad.

—¿No has encontrado nada que pueda retenerte en Old-Quarter?

Virginia movió con suavidad la cabeza hacia su amiga y, evitando mostrar cualquier signo que la delatara, le contestó:

—Nada.

CAPÍTULO 15

¿POR QUÉ?

La tarde transcurrió de un modo algo más tranquilo. Los hombres se dedicaron a colocar los grandes paneles alrededor de la iglesia y los amarraron con fuerza en el antiguo esqueleto. Celebraron en multitud de ocasiones sus pequeños logros con vítores y palmadas. Virginia se reía cuando los observaba haciendo tonterías, e incluso ignoró los nuevos comentarios sobre el fabuloso cuerpo de Tom que seguía oyendo en alguna tertulia femenina. Ella ya sabía cómo era el cuerpo de Tom y cómo la hacía sentir cuando estaba cerca de él. Es más, si acercaba la nariz a su piel, podía olerlo las veces que quisiera, cosa que aquellas cotorras calenturientas no podían hacer.

Empezaba a anochecer cuando Kathy decidió recoger y marcharse. Miah saltó de la silla y comenzó a meterlo todo en las canastas con rapidez. No paraba de decir que se encontraba cansada, que había sido un día agotador, que le dolía la cabeza por la resaca, que si esto..., que si lo otro... Pero Virginia sabía que eran simples excusas para alejarse cuanto antes de Mathew. La había oído resoplar cuando hablaban de él, la había visto suspirar cuando creía que nadie era testigo de las intensas miradas que le dirigía al doctor. Sin embargo, ¿quién era ella para explicarle que se debe luchar por conseguir el amor? No era nadie. Ya tenía bastante con el cacao mental que su cabeza soportaba recordando sus encuentros sexuales con Tom como para dar un discurso sobre la necesidad de amar y abandonar el hacha de guerra. Además, ¿qué sabía ella sobre el matrimonio de Miah y Luke y cómo éste marcó su vida? La mejor opción era

mirar para otro lado y dejar que el tiempo pasara.

—Estoy tan cansada que te dejaré conducir —comentó Kathy mientras se acercaban a la camioneta y extendía las manos con las llaves hacia Miah.

—¿Estás oyendo lo mismo que yo? —inquirió ella divertida dirigiéndose a Virginia—. Porque mis oídos han podido oír la dulce melodía de una derrota...

—No es derrota, niñata descarada, es vejez, y espero que cuando llegues a mi edad recuerdes estas palabras. Seguro que estaré en el cielo observándote y partiéndome de risa.

—No se enfade, ya sabe que la quiero mucho y que usted es como la madre que siempre deseé tener... —repuso Miah echando el brazo sobre el hombro de la señora Duffy y abrazándola con fuerza.

—¿Ya os marcháis? —dijo la voz de Mathew tras ellas.

—Kathy está cansada —respondió Virginia al ver que su amiga se tensaba al oír las palabras del doctor y se apartaba de la anciana para meterse en la camioneta.

—¿Quiere que la lleve a casa? —se ofreció el hombre amablemente.

—No, Miah puede conducir esta vieja tartana —contestó Kathy con gentileza.

—Está bien, pues nos vemos mañana si Dios quiere. Señoras... —se despidió Mathew, y se alejó sin mirar atrás.

—Es un buen hombre... —murmuró la anciana mientras se acomodaba en el asiento del medio.

—A mí me parece un hombre encantador —dijo Virginia cerrando la puerta.

—Ya... —resopló malhumorada Miah.

La camioneta comenzó a rugir. La conductora había puesto la primera marcha para iniciar su camino cuando una gran mano se posó en la ventanilla junto a la que estaba sentada Virginia. Las tres miraron la mano atónitas y comprobaron que se trataba de Tom.

—Señoras... —las saludó él. Luego clavó los ojos en Virginia, que no sabía cómo actuar, y declaró—: Mañana iré a buscarte sobre las ocho, quiero llevarte a mi rancho.

—Pero... yo... —tartamudeó ella sin poder ocultar su asombro.

—Hasta mañana —sentenció Tom—. Señoras..., que descansen.

Se levantó levemente en el sombrero a modo de saludo y se alejó de la

camioneta andando con solemnidad.

Entonces Miah susurró con retintín antes de ponerse en marcha:

—A mí me parece un hombre encantador... —y se carcajeó evitando mirar a Virginia, quien le dirigía una mirada asesina.

El regreso a casa fue muy diferente de la ida. Allí donde horas antes no había habido silencio porque las risas y las carcajadas habían acompañado el trayecto, ahora sólo se oía el ruidoso y viejo motor de la camioneta. Las tres mujeres estaban deseando llegar y encerrarse entre las paredes de sus habitaciones para dar por finalizado un largo e intenso día. Cuando Miah aparcó, las ayudó a sacar las cestas. Kathy subía la escalera refunfuñando sobre los achaques de la edad, mientras que las dos muchachas la seguían cabizbajas, pensativas. Por un lado, Virginia intentaba encontrar una excusa para no tener que ir con Tom al día siguiente. Por otro, Miah seguía pensando que el comportamiento de Mathew no había sido el más apropiado. Sus pullas hacia el joven Bruce estaban fuera de lugar, y tal vez debía volver a dejarle claro que entre ellos no podía existir ningún tipo de relación. Alzó la mirada y observó que la señora Duffy parecía esperar respuesta a algo que había preguntado.

—¿Decía? —espetó la joven ofreciéndole la cesta que apretaba con fuerza entre las manos.

—Te preguntaba si te apetece subir un rato. Te invito a un café, si quieres.

—No, gracias. Me marcho a casa. Hoy ha sido un día agotador, incluso hasta para mí. Además, este miserable dolor de cabeza no parece querer abandonarme.

—Bien, entonces espero que descanses.

—Buenas noches, nos veremos mañana... —Se quedó parada mirando a Virginia y, mostrando una pícara sonrisa, rectificó—: O el lunes...

—¡Vete al infierno! —exclamó ella al tiempo que entraba en el hostel como un huracán.

—Ya te dije que aprende rápido... —comentó Kathy sonriente—. Vete a casa, ¿entendido? —Frunció un poco el ceño.

—Es lo único que deseo...

Cuando Virginia y la anciana se metieron en el hostel, Miah se encaminó hacia su casa. Mientras andaba, despacio y sin ganas, los recuerdos del desafortunado encuentro en el prado entre el joven Bruce y Mathew surgían sin poder evitarlos. No sabía muy bien cómo había salido ilesa de la situación.

Cualquiera que hubiese puesto un mínimo de interés en las conversaciones que mantenían el chico y el doctor habría descubierto que entre ellos existía cierta tirantez creada por la atracción que ambos sentían hacia ella. Tan furiosa, cabreada y ensimismada estaba con sus pensamientos que cuando alzó la cabeza descubrió que la caminata la había llevado directamente hasta el hogar de Mathew. Parada en el porche, respiró con profundidad y llamó despacio a la puerta. Esperaba, o más bien rezaba, para que no hubiese llegado todavía, y así podría marcharse pensando que por lo menos había intentado ofrecerle una reprimenda por la actitud infantil que había tenido en el prado. Al ver que nadie contestaba se giró para alejarse, y fue entonces cuando la puerta de la casa se abrió despacio. Mathew apareció con una toalla beis enrollada en la cintura. Tenía el cabello rubio mojado, y en las puntas brillaban gotas de agua que caían sin cesar por el torso duro y atlético del hombre.

—Estaba dándome una... —se excusó por la tardanza.

—Sólo quería decirte que antes no has tenido una actitud correcta y espero que no se vuelva a repetir —dijo ella de manera entrecortada sin apartar la vista del pecho masculino, que, tal como habían comentado las chicas, no era el típico torso fuerte y rudo que mostraban los hombres de campo.

Era más fibroso, menos ancho, aunque a ella le resultaba el más sexy que había visto jamás. Miró sus antebrazos de refilón y se sorprendió al verlos arañados. Sabía que había sido ella, pero no recordaba en qué momento lo había hecho ni por qué sus uñas desearon atravesarle la piel.

—Lo sé y lo siento... —Mathew agachó la cabeza y miró al suelo—. Te prometo que no volverá a suceder.

—Bien, eso era lo que deseaba oír —comentó ella sin pensar en lo que decía.

Estaba tan alterada por la situación que no era capaz de hablar con ese tono airado que había pensado adoptar. Sin embargo, ¿quién podía cabrearse cuando frente a sí tenía al hombre más atento y sensual del mundo? ¿Quién era capaz de concentrarse cuando su mente no cesaba de cavilar sobre la posibilidad de alargar la mano y tirar de aquella pequeña prenda para dejarlo desnudo?

—Entonces nos vemos el lunes... —continuó diciendo con la intención de girar sobre sus talones para marcharse de allí cuanto antes.

No obstante, no logró moverse, parecía que estuviera clavada al suelo.

—¿Te sucede algo? —Mathew alargó la mano para tocarla y ella rehusó el

roce.

—¡No me toques! —gruñó.

—Vale..., lo siento. Nos vemos el lunes.

Dio unos pasos hacia atrás, apoyó las palmas en la puerta y comenzó a cerrarla.

Miah seguía parada, sin saber cómo actuar. Al oír el suave quejido de la puerta al cerrarse, echó un rápido vistazo hacia ella y suspiró. Sin pensarlo dos veces, caminó hacia la gran hoja de madera y le dio un fuerte empujón, haciendo que Mathew tuviese que dar un par de zancadas hacia atrás.

—¿Qué? —preguntó él asombrado.

Miah entró con la mirada rezumando lujuria. Su respiración se aceleraba por momentos, le temblaban las manos y las piernas le pesaban tanto que le costaba moverlas. Entró, cerró tras ella y levantó sus verdes iris hacia el hombre.

—Miah... —susurró Mathew al observar cómo ella lo contemplaba con deseo.

Como lobo que se lanza hacia su presa, saltó sobre la joven y la besó con tanta pasión que sus labios ardieron. Los brazos de ella se colocaron alrededor del cuello del hombre y lo atrajo aún más hacia sí. No podía seguir luchando. Quería sentir cómo su piel se calentaba con cada caricia, con cada beso... Las manos masculinas se movieron por el cuerpo de la muchacha arrastrando las yemas de los dedos en el camino, buscando las suyas.

—Miah... —volvió a murmurar.

—¿Sí?

—¿De verdad? —preguntó rozando con suavidad sus labios en cada sílaba.

—Sí. —Ella levantó un poco el mentón y lo besó.

Mathew llevó las manos hasta el bajo de su camiseta para subirla despacio. Una vez que la dejó sin ella, la acarició. Subió lentamente desde el vientre hasta el cuello, sin prisa, notando cómo ella se estremecía con el roce. Su boca fue bajando despacio hasta llegar a las suaves copas del sujetador. Allí, la fue besando poco a poco. Apartó la prenda del pecho derecho e hizo que su lengua lamiera el duro y erecto botón. Un gemido largo y pausado salió de la boca de la mujer. Él la miró y, al observar que sucumbía a la pasión, lo mordisqueó.

—Mathew... —susurró Miah sin voz.

Él no la escuchó y repitió la misma hazaña con el pezón izquierdo. Fue en

ese momento cuando ella comenzó a resbalarse hacia el suelo. Se sentía tan débil que no tenía fuerzas para mantenerse siquiera en pie. El médico la agarró con fuerza, la alzó sobre su cintura desnuda, dejando que la toalla cayese a sus pies, y la condujo hacia el dormitorio. Sin apartar su boca de la de ella, pensó que la vida le ofrecía una segunda oportunidad y daba gracias por eso.

La tendió con suavidad sobre la cama, llevó las palmas hacia la cintura de su pantalón y se lo bajó despacio. Aunque tuvo que quitarle primero aquellas botas con espuelas.

—Esto puede ser muy peligroso... —dijo mostrándole la bota a la mujer.

—Soy una mujer peligrosa —sonrió Miah mientras se desabrochaba el sujetador.

—Lo sé. Por eso me vuelves loco. —Se colocó sobre ella haciendo que ambos cuerpos comenzaran a rozarse.

—¿Sí? ¿Te gustan las mujeres peligrosas? —La pregunta, aunque podría parecer inocente, encerraba un significado más retorcido.

—Me gusta que seas peligrosa... —contestó él al tiempo que recorría con la boca la figura femenina—. Muy peligrosa... —susurró tras inspirar sobre el sexo de ella.

Al sentir el aliento en su entrepierna, Miah se abrió para dejarlo entrar. Y eso fue lo que él hizo, entró con la boca, con la lengua, con la mano. Entró tan profundamente que ella no paraba de gritar y temblar. Se sacudía tanto que Mathew tuvo que agarrarla con fuerza de las piernas.

—Si sigues así..., voy a tener que atarte...

—No tendrás valor...

—No pongas en duda el severo tratamiento que puede imponerte tu médico —sonrió Mathew entre gruñidos de placer.

—Y ¿qué enfermedad tengo para merecer tan drástico tratamiento? —Levantó la cabeza y observó cómo él subía por su cuerpo lamiéndolo con la lengua.

—Padeces la más grave de las enfermedades... —Se colocó sobre ella y la besó.

En el momento en que su boca chocó con la de la mujer, también lo hizo su sexo en el interior de ella.

—Sí... —jadeó ella—. Sí...

—Miah..., mírame. ¿Sientes lo mismo que yo? —dijo él casi ahogado por el esfuerzo de sus envites.

—Lo siento... —continuó gimiendo.

—Dime que estás tan dispuesta como yo... —Mathew empezó a aumentar el ritmo de sus penetraciones.

—Siempre... —Alargó los brazos y los enlazó en el cuello masculino. Sus dedos se extendieron hacia la espalda y allí notó de nuevo la rugosidad de la piel. Iba a hacer referencia a ello cuando su cuerpo vibró con tanta fuerza que le fue imposible centrarse en lo que pretendía a decir—. Mathew... —susurró cuando estaba a punto de llegar al clímax.

—Yo también... —confesó él sin dejar de ofrecerle aquello que ambos necesitaban.

Con fuerza, poseyéndola como deseaba, la hizo suya, la impregnó con su esencia y con su olor. Porque era suya, tardara el tiempo que hiciera falta, Miah Hetmon era suya, sólo suya.

Mathew echó hacia atrás la cabeza cuando fue sacudido por el último latigazo de su sexo. Nadie le había hecho sentir tan extasiado como ella. Nadie lo había conducido hacia ese lugar llamado «amor» hasta que la conoció. Tras un gruñido final, bajó la cabeza y rezó para que esta vez Miah no estuviera llorando. Por suerte, no era así. Su rostro estaba sonrojado, los ojos le brillaban por la pasión y su boca tenía un color rojo muy intenso. Suspiró y se colocó a su lado.

—Siento mi comportamiento en el campo... —confesó sin dejar de acariciarle con los dedos los delgados brazos.

—Debes controlarte. No es el momento, y tampoco sé si...

—No tengo prisa, Miah. Pienso vivir muchos años y, cuando creas que ha llegado el día, el minuto, el segundo oportuno, haremos lo que tú quieras.

La abrazó.

—Tengo frío... —susurró ella acurrucada en el cuerpo masculino.

Mathew se levantó para coger la sábana y Miah aprovechó ese leve movimiento para intentar ver qué tenía en la espalda, pero, salvo unos dibujos que parecían unas ruedas de moto, no distinguió nada más.

—Descansemos.

Él la tapó y volvió a agarrarla con tanta fuerza que parecía querer retenerla para siempre.

—Sí, descansemos...

CAPÍTULO 16

UN DÍA EN LA VIDA DE THOMAS SANDERS

Esa mañana no tuvo que despertar a Virginia aquel gallo que cantaba desde algún lugar del pueblo. Prácticamente no había podido dormir pensando en el día que iba a pasar junto a Tom. Ideó todo tipo de excusas para rehusar de forma cordial su invitación, pero ninguna resultaba creíble. Tapada con la colcha hasta las orejas y con los ojos cerrados, rememoró el momento en el que Tom la había asaltado en la habitación. Volvió a verse a sí misma caminando hacia atrás para evitar cualquier tipo de roce con él, aunque no le había servido de nada; Tom quería tenerla de ese modo, aferrada a su cuerpo. Se llevó un dedo a los labios y los acarició despacio. Su boca aún lo saboreaba. Su piel sentía todavía el tacto de sus manos sobre ella. Todavía... «¡Basta! —se dijo al descubrir que su sexo empezaba a latir—. No volverá a suceder. Esto tiene que acabar hoy mismo.» Entonces oyó el ruido de un motor en la calle. El corazón de Virginia empezó a palpar con rapidez y sus pulmones dejaron de tomar aire. Era él, lo sabía. Sin moverse de la cama, oyó cómo la camioneta aparcaba frente al hostel y cómo se cerraba la puerta de ésta. Los pasos de Tom retumbaban en su mente como campanadas. Sonó el timbre. La señora Duffy lo saludó.

—Aún no se ha levantado... —contestó la anciana a la pregunta del hombre.

—¿Puede hacerme el favor de decirle que he llegado? —dijo él con aquel tono que, con tan sólo oírlo, a Virginia se le erizaba el vello.

—¿Estás seguro? —inquirió Kathy levantando sus canosas cejas.

—Sí —respondió Tom tajante.

—Está bien. —La mujer comenzó a ascender la escalera cuando la mano de él la hizo parar. Movi6 la cabeza en su direcci6n y le pregunt6—: ¿Qu6?

—Me gustarí a tener su permiso para hacer una cosa —susurr6 6l.

—Dime...

—He pedido..., bueno, si usted quiere...

—No te andes con rodeos, jovencito, que soy demasiado mayor para los acertijos... —Entorn6 los ojos y se subi6 las gafas.

—Me gustarí a arreglar ese armatoste, si usted me lo permite —aclar6 6l seíalando con la cabeza hacia el piano.

—¿Para ella? —Tom asinti6 despacio—. Me parece bien. No sé por qu6, pero pienso que la har6 feliz poder tocar ese viejo instrumento.

—Eso creo yo tambi6n... —Sonri6 y la solt6.

—En fin, si no tienes nada m6s que cuchichearme, subir6 a informarla de tu llegada.

—Gracias.

Tom apoy6 los puños detr6s de la cintura y observ6 c6mo la anciana subí a al piso superior.

Kathy camin6 hacia la izquierda y toc6 con suavidad la puerta de Virginia. Ella, que se habí a levantado de la cama y habí a abierto un poco para poder escuchar la conversaci6n que ambos mantenían, se tir6 de nuevo sobre la cama y contest6 con un: «Adelante».

—Virginia, Tom est6 esper6ndote abajo.

—Kathy... —susurr6 apartando las s6banas y mir6ndola con ojos de cordero degollado.

—Puedo asegurarte que, si no bajas, 6l subir6, y no estoy dispuesta a tener otra puerta rota... —coment6 la anciana sin moverse de la entrada.

—Dígale que estar6 preparada dentro de cinco minutos.

La mujer asinti6 y se march6.

Virginia se incorpor6 y mir6 hacia la ventana. Los rayos de sol aparecían por detr6s de la montañ a. Era una imagen tan bonita que no se cansaba de observarla. Puso los pies en el suelo y, mirando su maleta, frunci6 el ceño. Jam6s en su vida habí a hecho y deshecho el equipaje tantas veces en tan poco espacio de tiempo. Se acerc6 a la bolsa, abri6 la cremallera y cogi6 lo primero que encontr6, el vestido oscuro con flores turquesas que habí a llevado su primer día

de trabajo. Echó un vistazo alrededor intentando encontrar las botas que se había quitado la noche anterior y se las puso. Sin querer arreglarse demasiado, cogió una goma para el pelo y se hizo una coleta. No debía tardar mucho porque, tal como le había anunciado la anciana, si no bajaba, él subiría. Cerró la puerta al salir y suspiró. Anduvo despacio por el pasillo, como si le pesaran las piernas más de lo habitual, y se quedó parada en lo alto de la escalera contemplando a Tom. Hoy había decidido abandonar las camisas de cuadros que tanto usaba y había permitido que una camiseta negra se ajustara a su torso. Sus brazos parecían aún más fuertes que las veces anteriores, y en aquella posición podía apreciar el pecho alzado y firme que subía y bajaba al ritmo de su tranquila respiración. Él no se percató de su aparición. Sus varoniles ojos estaban dirigidos hacia el salón, y fruncía levemente el ceño como si algo de allí lo preocupara. Aunque Virginia sabía que en aquel sitio no hallaría nada peligroso, sino tan sólo unas mesas rodeadas de sillas y el viejo piano del difunto marido de la señora Duffy. Al pisar el primer escalón, él la oyó y se volvió. Le sonrió levemente mientras fijaba sus oscuras pupilas en el pequeño cuerpo de la joven.

—Me alegro de que al final hayas aceptado mi invitación.

Se colocó en el último peldaño para recibirla.

—¿Tenía la posibilidad de negarme? Porque entonces interpreté mal ese «Mañana iré a buscarte sobre las ocho, quiero llevarte a mi rancho» —dijo ella imitando su tono.

—A veces... puedo parecer un poco hosco. —Tom seguía mostrando aquella sonrisita que a Virginia la hacía temblar.

Antes de llegar al último escalón, la muchacha se paró. Ambos se encontraban a la misma altura. Los ojos de ella sólo podían ver los de él, y los alientos de sus bocas calentaban sus respectivos labios.

—No he desayunado... —dijo ella con suavidad.

—Lo harás en mi casa —indicó Tom categóricamente.

A continuación, le ofreció el brazo para que se aferrase a él, pero ella se negó. No quería que nadie pudiera malinterpretar cualquier muestra de afecto que se produjera entre ambos. Pasó delante de él y, tras oír un bufido, se despidió de Kathy, que los observaba desde detrás del pequeño mostrador.

—Eres testaruda... —susurró Tom tras ella.

—¿Lo has descubierto por ti mismo? —Subió a la camioneta y cerró con

fuerza.

Él rodeó el vehículo sin apartar la mirada de ella. Abrió la puerta del conductor, se sentó y cogió las gafas de aviador que tenía colgadas en el volante. Puso en marcha el motor y, tras encender la radio, se dirigió hacia «Reborn».

Virginia no pretendía estar todo el camino callada escuchando canciones country. Tenía muchas preguntas en la cabeza y necesitaba respuestas, así que alargó la mano y apagó la música. Tom levantó la ceja derecha pero no dijo nada.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas —comentó ella cruzándose de brazos y mirándolo fijamente.

—¿Y eso?

—Porque mi madre me advirtió que no debía subirme al coche de ningún extraño... —respondió burlona.

—Dispara.

—¿Años?

—¿Los míos? —Volvió a levantar la ceja.

—¡Pues claro! ¡No te voy a preguntar por los de este cacharro! —Frunció el ceño.

—Cuarenta.

—¿Tienes cuarenta años? —inquirió Virginia sorprendida.

—Pronto, los cuarenta y uno. ¿Y tú?

—Treinta y dos.

—Así que tenías veintisiete cuando te conocí en Ogallah...

—Sí.

Virginia se acomodó en el asiento tratando de disimular el sonrojo que empezaba a cubrir sus mejillas. Había pensado que esta vez sería ella quien movería los hilos de la conversación, pero, como siempre, Tom recuperó el dominio.

—¿Sólo tenías esa pregunta? —espetó tras el extraño silencio que había surgido entre ambos.

—Me has dejado en blanco al recordarme lo de Ogallah —confesó ella.

—¿Te arrepientes de aquello? —preguntó Tom frunciendo levemente el ceño.

—No, pero tenía la esperanza de que no saliera ese tema. —Suspiró.

—Jamás olvidaría ese día, Virginia. Gracias a ti, soy el hombre que ves ahora. —Habló con tanta serenidad y firmeza que a ella se le encogió el corazón.

Volvió a girar el cuerpo hacia él y de su boca salió un «¿Por qué?», tan suave que apenas pudo oírlo ella misma.

—El día que tú intentas olvidar fue el más importante de mi vida —explicó Tom—. Esa tarde había vuelto a caer en una especie de abismo mental y pensé dejarme llevar por la desesperación. El bar en el que me encontraste era el tercero o el cuarto que visitaba ese día. Bebía hasta no poder levantarme; pensaba que de esa manera olvidaría el pasado. Sin embargo, un ángel apareció a mi lado insinuándose, retándome, provocándome. Acepté la proposición de ese ser especial y, gracias a él, pude despertar de mi letargo, de mi hundimiento.

—¿Qué te sucedió? —La voz estrangulada de Virginia salió de su boca casi sin aliento.

No sólo se había emocionado porque él la hubiese llamado «ángel», sino porque jamás habría pensado que Tom, el hombre fuerte, sensato y temperamental que conocía, podía haber pasado por una situación así.

—Un desamor. Una mala decisión que me hizo perder todo aquello que una vez fue mío —explicó él con calma.

—Lo siento... —Virginia agachó la cabeza y entrelazó las manos como si fuera a rezar.

—Yo no.

—¿No? —se sorprendió ella.

—No. —Tom cogió aire y prosiguió con aquel tono calmado—: Te prometo que, si tuviera que repetir aquella tortura para conocerte, lo haría. Mira —indicó extendiendo la mano hacia la derecha y sin dejar que ella pudiera responderle al elogio—, ése es mi hogar.

Virginia dirigió sus azuladas pupilas hacia donde él le señalaba y se quedó atónita. Frente a sus ojos tenía el mismísimo paraíso. Un lugar apartado del atronador ruido de la civilización, con una pequeña casa y dos grandes establos rodeados por un inmenso campo en el que corrían una docena de caballos. En la entrada, entre dos fuertes postes de madera, colgaba el nombre de aquel nirvana, dando la bienvenida a todo el que se acercaba. La joven echó una rápida ojeada a su acompañante y lo observó lleno de orgullo. Le mostraba su morada, su nueva vida, su renacer...

—Si quieres —dijo él mientras estacionaba el coche cerca de la casa, donde lo primero que se encontraba era un largo porche con un balancín de madera—, desayunamos y luego damos un paseo por los alrededores. Tengo mucho que enseñarte.

—Me parece bien...

No apartó la mirada del hogar. Era una pequeña casita de piedra con el techo de color arcilla y una chimenea gris. Justo cuando abría la puerta de la camioneta notó unas patas que se lanzaban sobre ella. Al principio se asustó, pensando que el animal era peligroso, pero al ver cómo éste movía la cola con rapidez y la contemplaba con ojos dóciles, se relajó. Lo único que buscaba el perro era que lo tocasen. Llevó las manos hacia el largo y claro pelo del can y lo acarició con brío.

—Éste es *Chico*, bueno..., así lo he llamado yo. Los anteriores dueños del rancho lo agregaron en el pack cuando compré la finca.

—Pobrecito... —murmuró Virginia agachándose para continuar acariciando al apacible animal, que se había puesto panza arriba para que no parase de tocarlo.

—Hola... —gruñó Tom sonriente al ver que su mascota prefería más a su invitada que a su propio amo—. En fin, como puedes comprobar, tienes buena mano para aquellos que hemos sido abandonados.

—Tom... —susurró ella levantando los ojos y mirándolo con tristeza.

—Tenías hambre, ¿verdad? —Virginia asintió con vehemencia—. No preparo esos platos tan suculentos a los que te tiene acostumbrada la señora Duffy, pero no te morirás de hambre.

Tom empezó a caminar hacia la casa. Ella se levantó y anduvo tras él, aunque le costaba dar dos pasos seguidos porque *Chico* no dejaba de meterse en medio y volvía a tirarse al suelo para que continuara con las suaves caricias.

—¡Vamos! —le dijo Virginia al perro—. Si te portas bien, te mimaré hasta que te canses.

El animal se levantó y corrió hacia la puerta de la entrada. Allí empezó a ladrar sin dejar de agitar el rabo.

—Con una buena taza de café tengo bastante —dijo ella entonces colocándose al lado de Tom y haciendo alusión a la explicación que él le había ofrecido antes de la interrupción de *Chico*.

Él subió la escalera del porche y abrió la puerta, dejando que ella pasara primero.

—¡Santo cielo! —exclamó Virginia al entrar—. Es... preciosa.

—¿Pensabas que vivía en una caverna? —Tom arqueó sus espesas y oscuras cejas.

—No quería...

—Me gusta estar cómodo. Cuando llego a casa estoy tan cansado que sería capaz de sentarme en una silla de piedra.

Y, tras decir eso, soltó una gran carcajada. Le estaba gastando una broma, aunque por la cara que ella ponía no parecía entenderlo muy bien. Así que intentó explicarse mejor:

—Soy un hombre muy sencillo, Virginia. Sólo necesito un sofá lo bastante cómodo para descansar de una larga y agotadora jornada de trabajo y una mesa donde poder comer. Todo lo demás son lujos que no deseo ni me hacen falta.

La joven dio dos pequeños pasos hacia el interior del salón sin dejar de admirarlo. Según decían las revistas que había leído sobre hombres en compañía de sus amigas durante sus años de facultad, éstos reflejaban gran parte de sus sentimientos en la decoración de su casa y, si estaban en lo cierto, la de Tom transmitía soledad. Lo que encontró en aquel salón era tan diferente de lo que había visto durante tres años con Henry que le fue difícil hallar un punto de unión. Tom vivía apartado, sin ruido a su alrededor. Estaba segura de que los primeros y los últimos rayos del sol podían disfrutarse desde cualquier parte de la casa. Había construido una chimenea en mitad de la estancia para ofrecer un reconfortante calor natural cuando llegase la temporada de frío. Tenía una lámpara de pie al lado de la mesa, que estaba rodeada de cuatro sillas que le indicaban, por las minúsculas marcas de roce que había en el suelo, que rara vez movía. A su derecha, un sofá bastante amplio invitaba a sentarse sobre él y abrazar los cinco esponjosos cojines que yacían inertes sobre el mismo. Y, para rematar aquel ambiente de tranquilidad, una cortina gris translúcida intentaba no ocultar el paraíso que había tras ella. Virginia suspiró despacio. Durante los últimos años había vivido en un hogar frío y apático. La casa de Henry estaba en pleno centro de la ciudad, en el que el ruido de los coches, los aviones o incluso los trabajadores de edificios anexos invadía sus oídos durante todo el día. Caldeaba la casa con enormes radiadores que afeaban los pasillos, y sus cortinas

de seda impedían ver nada a través de ellas. «Son completamente opuestos», pensó para sí.

—Suelo pasar más tiempo ahí que en el dormitorio —aclaró el hombre al ver que ella no dejaba de mirar el sofá.

—Lo entiendo. Yo haría lo mismo. ¿Y eso? —Virginia se adentró en la habitación y se acercó a un marco con un grueso cristal que protegía una medalla al honor. Se giró con rapidez hacia él y lo miró sorprendida—. ¿Es tuya? —susurró.

—Sí.

—¿Dónde...? ¿Cuándo...?

—En la guerra de Irak y..., bueno, me la dieron cuando regresé. —Se llevó la mano derecha al cabello y se lo acarició con lentitud.

Virginia lo observó con detenimiento. Esperaba una explicación algo más extensa, pero sabía que no la obtendría. El hombre que estaba frente a sí no hablaba de sus méritos pasados, como si no les diera el valor que realmente tenían. Lo mismo le sucedió cuando intervino en la discusión con Luke; salvó a Miah y punto. No daba más contestación que el fruto de sus hechos. Aunque ella no se daría por vencida. Quería conocer a ese hombre. El hombre que, con cada caricia, y sin que ella pudiera evitarlo, la conducía hacia un mundo de lujuria y pasión.

—¿Eras...? —Hizo una pausa—. ¿Quién eres, Thomas Sanders?

Se acercó a él y lo miró a los ojos. Su respiración se entrecortaba, su corazón palpitaba con rapidez, y era incapaz de moverse de allí sin obtener lo que buscaba.

—Soy un hombre normal y corriente. Un granjero que sólo quiere vivir en paz —dijo él bajando la cabeza y enfrentándose a su azulada mirada.

Estaba a punto de conducir sus labios hacia la boca de ella cuando el perro comenzó a ladrar. Tom escupió una maldición, mientras que Virginia esbozó una sonora carcajada.

—¿Desayunamos? —preguntó la joven dirigiéndose al animal.

Como éste no paraba de moverse de aquí para allá, lo interpretó como un sí.

—Ven. —Tom le cogió la mano y la condujo hasta la cocina—. Siéntate y yo te sirvo.

Apartó una de las dos sillas que rodeaban la mesa y la sentó con cuidado.

—Puedo ayudarte... —refunfuñó ella entre dientes.

—Lo sé, pero no quiero que lo hagas. —Le dio un tierno beso en la boca y se alejó hacia el hornillo, donde tenía la cafetera—. He preparado tarta de manzana, ¿te gusta?

—¿Has preparado qué? —Virginia levantó las cejas y abrió los ojos de par en par.

—Tarta de manzana...

Tom puso el plato sobre la mesa. Se alejó de nuevo y al poco regresó con dos vasos, dos platos, los cubiertos y la cafetera.

—Me encanta —respondió ella sin dejar de mostrar sorpresa por la actuación de Tom.

En aquel momento no era el «firme y severo Tom», sino un hombre preocupado por complacerla y ofrecerle lo mejor que tenía.

—Está deliciosa... —murmuró tras saborear el primer trozo.

—La señora Duffy me dio un pequeño curso de cocina cuando me hospedé en su hostel.

—Parece que Kathy se ha comportado como una madre con todos los que vivimos bajo su techo.

—Es la mejor persona que he conocido hasta ahora... —comentó Tom mientras devoraba lo que se había servido en el plato.

—Tienes razón. ¿Brindamos por ella? —Virginia levantó la taza de café y él la imitó.

—¡Por la señora Duffy! —exclamaron antes de dar un gran sorbo.

—Tengo otra pregunta... —soltó ella entonces, y observó que Tom la miraba con cautela.

—Adelante... —Dejó el vaso sobre la mesa y se cruzó de brazos, adoptando de nuevo esa actitud que llenaba su mirada de oscuridad.

—¿Cómo es que viniste a Old-Quarter y por qué te quedaste? —Apretó su taza con las dos palmas y se calentó con ella.

—Después de..., bueno, ya sabes —dijo él evitando hablar de aquella vez—, conduje hasta que se terminó el gasoil del depósito. ¿Te acuerdas de la gasolinera que hay antes de llegar al cruce donde nos encontramos? —Virginia asintió—. Reposté allí y llegué al cruce. Por aquel entonces, Bruce, el hijo de Dylan, aún no había cambiado la señal de lugar, y me dije: «¿Por qué no?». Me

gustó tanto la calidez con la que me recibieron en el pueblo que decidí buscarme un hogar donde pasar el resto de mi vida. ¿Y tú?

—¿Yo? —Ahora fue Tom quien afirmó con la cabeza—. Pues todavía no lo sé con seguridad. En mi antiguo trabajo era la jefa de enfermería. Presenté un proyecto para mejorar los servicios del hospital y, dos meses después, tenía sobre mi mesa una carta en la que me indicaban un nuevo destino.

—¿Te alejaron de allí? —dijo Tom moviéndose adelante en su silla.

—Algo así. Pienso... —Virginia se reclinó hacia atrás— que Henry tuvo mucho que ver en mi inesperado traslado.

—¿Henry? —preguntó él sin querer mostrar cierto recelo al pronunciar ese nombre, pues, por las pequeñas señales que ella descuidó, entendió que se trataba de un ex amante o un ex marido.

—Henry es el hombre con el que mantuve una relación estos últimos tres años. Era..., bueno, él es uno de los benefactores del hospital donde yo trabajaba, y tiempo atrás había decidido ponerle fin a nuestra...

—¿Lo dejaste y por eso te echó? —la interrumpió él frunciendo levemente el ceño.

—Se acostaba con toda enfermera que le sonreía —masculló Virginia—. Descubrí sus infidelidades y desde ese momento me dije que me merecía algo mejor. Como no quise darle otra oportunidad, imagino que se vengó de la única manera que encontró.

—En este pueblo, eso se habría arreglado de otra forma... —gruñó Tom.

—Imagino que se libró de una buena... —sonrió ella.

—Sí..., de una muy buena... —asintió alargando las sílabas como si estuviera proyectando la situación en su mente.

—Miah me contó lo de Luke... —Virginia cambió radicalmente de tema al ver su mirada oscura y su semblante un tanto diabólico. Entonces él se levantó y comenzó a recoger los platos vacíos—. Siento si...

—Era un cobarde. Jamás fue capaz de enfrentarse a un hombre, sino que toda su furia la proyectaba en Miah. Cuando vine al pueblo —se volvió, apoyó la cintura en el fregadero y se cruzó de brazos—, todo el mundo sabía lo que sucedía en aquella casa, pero nadie hacía nada, por miedo. Hasta la señora Duffy dejaba que le robara para no enfrentarse a ese bastardo. Una noche los volví a oír. Estaba cenando cuando oí a Miah pedir socorro. Al ver que nadie intentaba

pararlo, salí del hostel e interrumpí la violenta escena. Ese malnacido sujetaba a Miah del cabello mientras la amenazaba con un cuchillo en la garganta. Actué como debía, sólo eso. Luego..., ya sabes, huyó, tuvo un accidente y todo el mundo pensó que me sentía culpable por ello.

—Y... ¿te sentiste culpable de esa muerte?

Virginia se levantó y caminó hacia él para abrazarlo. Apoyó la cabeza en el duro pecho y escuchó cómo le latía el corazón.

—No. Jamás lo hice. Aunque sí me arrepiento de no haber actuado la primera vez que la oí llorar. —Tom extendió los brazos y rodeó su pequeña cintura.

—Miah te quiere mucho, por eso no debes tenerle en cuenta la regañina que me soltó en la clínica. Sólo quería protegerte, como tú hiciste con ella. —La joven levantó el mentón para mirarlo a los ojos y le sonrió.

—Miah es una descarada, y si no llega a pedirte discul... —Esta vez él fue quien no terminó la frase. Virginia se puso de puntillas y lo besó.

Un enorme suspiro salió del inmenso cuerpo. Flexionó un poco las rodillas y la levantó agarrándola por la cintura. Sin apartar la boca de la suya, la sentó sobre la grisácea encimera de la cocina. Se colocó entre las piernas femeninas y comenzó a acariciarlas.

—Yo tenía pensado enseñarte mi rancho... —murmuró excitado.

—Tenemos todo el día para eso... —respondió Virginia, acariciando sus labios con los de ella.

Tom volvió a besarla. Con fuerza, sin dejarla respirar. Su lengua conquistaba el interior de aquella sensual boca mientras sus grandes manos subían y bajaban despacio por las piernas. Se quemaba al tocarlas. Sus yemas sentían tanto calor que ardían al rozar la suave piel femenina. Virginia gemía. Elevó los brazos y los enlazó alrededor del cuello de él. Ahora era ella quien no deseaba que Tom escapara de su lado. Él apartó su boca y rozó con su nariz la de ella.

—Eres mi ángel... —cuchicheó al tiempo que empezaba a recorrer con sus labios el delgado cuello de la joven.

—Tom... —respondió ella entre jadeos.

—Dime... —Apenas se oyó la palabra.

—Creo que...

—¿Sí? —preguntó sin dejar de besarle la garganta.

—Tenemos un espectador... —sonrió Virginia.

Chico empezó a ladrar tras ellos. Tom gruñó enfadado. Echó un vistazo rápido al animal y éste entendió que no era el momento de molestarlos, pero algo sucedía fuera de la casa y debía alertarlos.

Separándose de mala gana de la joven, Tom caminó hacia la ventana. Observó que la camioneta de Gerald estaba aparcada en la entrada y cómo éste salía de ella para dirigirse hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Virginia bajándose de la encimera y colocándose tras las anchas espaldas del hombre.

—Es Gerald Kenston —dijo él con tono de sorpresa y preocupación.

CAPÍTULO 17

RAYO

Antes de recibir al visitante, Tom cogió aire y pensó en cosas que pudieran bajarle la inflamación que tenía entre las piernas. No obstante, las risitas de Virginia no le fueron de mucha ayuda. La veía tan preciosa y con el semblante cubierto aún del sonrojo por el deseo que lo único que quería era volver a sentarla sobre la encimera y poseerla un centenar de veces.

—Quien ríe el último lo hace dos veces —murmuró antes de posar de nuevo los labios sobre su boca.

—¡Ve! —Virginia lo apartó de un leve empujón y dejó que saliera de la cocina para ir a abrir.

Mientras tanto, ella se colocó en la parte izquierda de la ventana y, ocultándose con la cortina, observó a los dos hombres en la puerta.

Eran muy diferentes. Tom era robusto, alto, y su rostro mostraba la firmeza de su carácter. Por el contrario, Gerald era algo más delgado, se parecía mucho a Mathew, salvo porque tenía la piel más oscura y lucía una melena negra bastante larga. La joven frunció el ceño cuando una palabra apareció en su mente, pero la descartó con rapidez porque... ¿cuánto tiempo hacía que se habían extinguido los verdaderos indios americanos? No podía existir ninguno puro en pleno siglo xxi. Sin apartar la vista de ellos, observó la cara de preocupación que mostraba Gerald. Parecía pedir ayuda a Tom sobre algo, y éste afirmaba con la cabeza. Tras unos minutos más de conversación, el joven regresó a su camioneta y se marchó. Tom caminó de nuevo hacia la cocina y, cruzándose de brazos, se apoyó

en el marco de la puerta sin dejar de contemplar a Virginia.

—Creo que nuestros planes se han ido al traste...

—¿Y eso? —La joven se volvió hacia él y lo miró asombrada.

Esperaba que no siguieran enfadados por su tonto flirteo en el campo. Porque había sido eso, un inocente e infantil flirteo.

—*Doncella* está de parto, y creo que Gerald no es capaz de hacerlo nacer él solo —le explicó Tom.

—¿Un bebé? ¿Va a nacer un bebé y te llaman a ti? Y ¿por qué no avisan a Mathew? —La muchacha abrió los ojos de par en par y caminó despacio hacia él.

—No es un bebé humano, Virginia, es un potrillo. —Levantó las comisuras de su labio superior para mostrar una leve sonrisa.

—Y ¿por qué Gerald te pide ayuda? —Se quedó parada frente a él.

—Porque *Galope*, mi semental, es el padre, y debe informarme de ello. Si la madre muere en el parto, debo ocuparme yo de esa cría. —Alargó los brazos hacia ella y la joven se enredó entre ellos—. Te llevaré al hostel y luego iré a echarle una mano.

—Quiero ir contigo... —murmuró ella pegada al sólido pecho.

—No sé cuánto tiempo estaré allí, y tampoco me gustaría que presenciaras un dramático final...

—Quiero ir contigo... —repitió ella como una niña a la que intentan dejar en casa y ella suplica que no la abandonen.

—¿Estás segura? —Tom colocó la palma izquierda sobre la barbilla y se la levantó muy despacio.

—Sí. —Él sonrió antes de volver a besarla.

Fue un beso pequeño, sus labios apenas llegaron a rozarse, pero ese minúsculo gesto significaba más de lo que parecía: confianza, complicidad, necesidad, apoyo...

—Está bien. ¡Vamos! —Tom entrelazó sus dedos con los de ella y la llevó trotando hacia la camioneta.

Durante el trayecto, Virginia no apartó ni un segundo la mirada del parabrisas. Estaba maravillada por el paisaje que contemplaba. Allí no había horrorosas construcciones que interrumpieran la visión de la asombrosa naturaleza. Árboles, montañas y prados llenos de animales saltando y

correteando con total libertad llenaban aquel extenso paraíso. Ahora empezaba a comprender la decisión de Tom. ¿Por qué abandonar un lugar donde tienes todo lo que deseas y con el que te sientes tan conectado? Un pequeño y sordo suspiro salió de su boca. Ella no era como él. Ella tenía que salir de aquel pueblo y enfrentarse a otro tipo de vida para conseguir su sueño. «Y ¿en ese sueño del que tanto hablas no aparecía un hombre que te amara?», se dijo. Echó un leve vistazo a Tom, que no apartaba la mirada de la carretera y volvía a llevar puestas las gafas de aviador, que lo hacían más interesante de lo que ya, de por sí, era. «Recuerda que ha dicho que eras su ángel... —continuó con su monólogo mental—. Pero soy sólo eso, una persona que lo salvó de un pasado. Sin embargo, ¿crees que bajo ese caparazón de músculos su corazón siente algo por ti, aparte de gratitud? No. Él sabe que me marcharé y no quiere volver a enamorarse para recaer en el mundo del que, gracias a aquella oportuna apuesta, yo lo salvé.»

—Estás muy callada... —dijo él de pronto, interrumpiendo así las divagaciones mentales de Virginia.

—Pensaba en lo bonito que es el paisaje —respondió ella con rapidez.

—Ése fue uno de los motivos por los que decidí no marcharme —dijo echándole una corta mirada.

—¿Puedo...? ¿Puedo hacerte una pregunta? —titubeó la joven.

—Puedes.

—Me ha dado la sensación de que Gerald es... es...

—¿Indio?

—Sí, aunque sé que es una tontería pensarlo. No creo que en pleno...

—Lo es —declaró él.

—¿Cómo puede ser? —La joven abrió los ojos de par en par. Su mente parecía gritar la palabra «indio» con la misma intensidad que los aficionados al fútbol chillan «gol» cuando su equipo mete el balón en la portería contraria.

—No creo que deba explicarte cómo se engendran los niños, ¿verdad? —dijo Tom con retintín al ver que el rostro de la chica mostraba un gran asombro al confirmarle la raza de Gerald.

—No seas bobo. Es sólo que me cuesta imaginar que todavía haya tribus por estas zonas. —Se cruzó de brazos y miró al horizonte.

—¿Tribus? ¿Lo dices en serio? ¿Crees que esto es el Viejo Oeste? —Soltó

una gran carcajada.

—Tom... —dijo ella arrugando el rostro en una mueca de desagrado.

—No sé mucho de la vida de Gerald. En el pueblo se rumorea sobre su posible pasado. Pero tampoco sé si es cierto.

—¿Qué se cuenta? —Se giró hacia el hombre y mostró interés.

—Dicen que su padre lo era. Según he oído, la madre vivía con sus padres en la casa a la que nos dirigimos. —Señaló hacia la derecha—. La historia es muy simple: indio encuentra a blanca en las colinas; según parece, la chica se había perdido. La lleva a su hogar y terminan enamorándose. Tienen encuentros románticos en el bosque hasta que el padre de ella descubre lo que sucede y zanja el romance drásticamente. Sin embargo, la muchacha quedó embarazada. Cuando el niño nació, los padres de la joven decidieron devolverlo a su progenitor y lo abandonaron en la colonia.

—¿Cómo se puede hacer eso? ¡¡Qué imbéciles!! —gritó ella enfadada.

—No quisieron hacerse cargo de un niño que mató a su hija al nacer.

—Ah..., entiendo. —Virginia agachó la cabeza con pesar.

—Pero lo que los abuelos maternos no sabían era que el padre de Gerald tampoco podía cuidarlo.

—¿Por qué? ¿No creyó que fuera hijo suyo? —La joven estaba tan metida en la historia que parecía una niña escuchando de la boca de alguno de sus progenitores el cuento que marcaría su vida.

—Según creo, los indios de la colonia de Gerald eran un tanto especiales en lo que se refiere a la lealtad para con la pareja. Así que, cuando alguien informó al joven de que su amada había fallecido, él...

—¡Dios santo! —Virginia se llevó las manos a la boca y se la tapó para evitar un grito. Estaba asombrada. Nunca habría imaginado algo así—. Entonces... —continuó— ¿quién lo cuidó? —Levantó la mirada y un brillo especial apareció en sus ojos.

Tom sintió celos de la expectación que la historia de Gerald provocaba en la joven y, para hacerlos desaparecer, prosiguió:

—Según cuentan en el pueblo, fueron los lobos...

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Virginia frunció el ceño.

—Un poco... —respondió él sin parar de reír. Al ver que la joven se enfadaba, continuó—: Lo criaron sus abuelos paternos. Lo convirtieron en un

auténtico indio. Por suerte, ellos no lo veían como a un mestizo o un extraño invasor de su mundo.

—Y ¿por qué regresó al hogar en el que le negaron crecer?

—La madre de ella, su abuela, antes de morir quiso liberarse de la culpa que sentía y habló con el párroco. Imagino que le pidió que cumpliera su última voluntad. Tras su muerte, el sacerdote buscó a Gerald y le explicó lo que había sucedido. Al principio, él rechazó la herencia, pero poco después aquellos que lo criaron murieron también y, antes de eso, le hicieron prometer que ocuparía el lugar que le correspondía.

—Ya entiendo... —reflexionó Virginia.

—¿Y este inesperado interés por Gerald Kenston? —Ahora era Tom quien fruncía el ceño.

—¿Cómo no voy a preguntar por un hombre tan exóticamente erótico? —le devolvió ella la broma.

Pero Tom no se la tomó como tal. Virginia lo oyó bufar como un toro y dejó que la ira se apoderara de su cuerpo. Le hizo tanta gracia verlo así que no quiso explicarle que sus palabras habían sido tan sólo una respuesta burlona a su broma. Era la primera vez que podía distinguir con claridad que ella le importaba, y no quería que ese gesto desapareciera jamás.

Como ya no hubo más preguntas por parte de ninguno de los dos, el silencio reinó en el interior del vehículo. Tom seguía mostrándose irascible, mientras que ella miraba por la ventana para que él no pudiera descubrir la enorme sonrisa que le resultaba imposible borrar.

Tom paró la camioneta cerca de un gran establo y saltó de ella como si tuviera pinchos en el culo. Anduvo rápidamente hacia la puerta de Virginia y, antes de que ella pudiera indicarle que podía salir sola, la cogió con fuerza de la mano, la sacó y, después de cerrar, la apoyó en el capó.

—Si tengo que matar al último indio de esta comarca porque es «exóticamente erótico», lo haré, ¿comprendido?

A continuación, acercó su boca a la suya y la besó con rudeza.

Pasmada, ella abrió los ojos tras el beso y asintió sin pestañear. Ahora su rostro no mostraba una risita pícaro, sino un rubor de un rojo tan intenso como las flores que nacían silvestres en el campo. ¿Aquello significaba algo más? ¿Le estaba indicando que no debía gastar ese tipo de bromas porque sus sentimientos

iban más allá de un simple agradecimiento? Sacudida por multitud de preguntas, sintió cómo la mano de Tom aferraba con fuerza la suya y la conducía hasta el establo.

—¿Cómo está? —preguntó él parado en la entrada de la cuadra de *Doncella* y sin dejar de sujetar la mano de Virginia.

Gerald se hallaba al lado de la yegua, acariciándola y susurrándole palabras en una lengua que la joven no entendía, cuando alzó la vista en su dirección y sonrió.

—Virginia... —Se levantó y caminó hacia ellos.

A continuación, sin mirar a Tom, que levantaba el labio superior como el perro que gruñe para marcar su territorio, extendió la mano hacia ella.

—Hola, Gerald, ¿qué tal estás? —La joven se liberó del amarre y le estrechó la mano al chico al tiempo que miraba hacia el animal.

Doncella era una yegua marrón claro y negro con unas inmensas manchas blancas en los cuartos traseros. Era igual que los caballos que salían en las películas de vaqueros e indios que veía con su abuelo. Pero ella no estaba en lo alto de una montaña relinchando porque su dueño la llamaba con un silbido. El pobre animal yacía en el suelo y no paraba de emitir pequeños relinchos producidos por el intenso dolor que padecía.

—La cría viene de nalgas y me está costando girarla. Si tardamos mucho más, morirán los dos —explicó el muchacho.

Virginia se acercó a la yegua y empezó a acariciarle el cuello y la crin. La yegua volvió la cabeza hacia ella y la muchacha sintió cómo su alma se partía en dos. Aquellos grandes ojos marrones le mostraban el dolor y la angustia que estaba viviendo.

—Hola, preciosa. Sé muy bien cómo te sientes, pero te prometo que esos dos te ayudarán. —Giró la cabeza hacia los hombres que la miraban asombrados y les gritó—: ¿Queréis moveros de una puñetera vez?

Ambos se acercaron y, mientras Tom examinaba al animal, Gerald le acariciaba el vientre.

—Puedo notar las patas, están aquí mismo —indicó el chico—. Tal vez... si la giramos...

—¿A ella? —inquirió Virginia enfadada—. ¿De verdad crees que la pobre puede levantarse y girarse para que tú hagas bien tu trabajo? —La sangre le

subió a las mejillas con rapidez.

—Vaya... —susurró Gerald levantando las cejas y mirando con lástima a Tom—. Parece que los tiene bien puestos. Me alegro de que haya dado contigo, a ver si así calma esa soberbia que muestras. —Sonrió de oreja a oreja.

—¿Yo...? ¡Bobadas! —Tom miró al muchacho y luego, con burla, dirigió sus ojos hacia ella—. A ver, señora enfermera, ¿cómo lo haría usted? —Se apartó de la yegua y se cruzó de brazos.

—¿De verdad que voy a tener que hacerlo yo? —Virginia levantó las cejas con una mezcla de asombro y de miedo.

—Yo podría hacerlo a mi manera y, si vemos que el potro está en peligro, podemos abrir a la yegua... —contestó él sin apenas pestañear cuando insinuó que tendrían que matar a la madre.

—Pero... ¡¿qué estás diciendo?! —Virginia le echó una mirada asesina y luego se acercó a la oreja del animal para susurrarle algo. Tras unas caricias, se levantó y se colocó en la parte trasera de la yegua. Sin pensarlo dos veces, metió las manos y palpó al bebé—. Sí, está al revés. Tan sólo hay que juntar las patas y tirar despacio.

—Claro..., así de fá... —Tom se quedó mudo.

Estaba presenciando algo paranormal. Virginia metía sus delgados brazos en el interior del animal y la yegua ni siquiera se movía. Parecía que entre las dos se había creado una especie de conexión femenina, porque estaba seguro de que, si lo hubiese hecho él, no se habría quedado tan calmada.

—Necesito que cuando me oigas decir «tres» te eches sobre el vientre —le indicó la joven a Gerald—. Si hacemos presión al principio, me resultará más fácil sacarlo.

—¿Qué hago yo? —preguntó Tom tras ella.

—Necesito tus músculos. —Arqueó las cejas—. Cuando yo no pueda con el potro, tendrás que tirar tú. ¿Entendido? —Ambos hombres asintieron—. Tranquila, todo va a salir bien. Ya las tengo unidas. Una..., dos... ¡vamos! —Y tiró con toda su fuerza. Sin embargo, el potro se quedó encajado con las patas delanteras y Virginia no podía seguir—. ¡Tom! —gritó pidiéndole auxilio.

—Tranquila, estoy aquí.

Él colocó entonces sus grandes manos sobre el pringoso potrillo, lo giró y tiró de él hasta sacarlo por completo.

Virginia rompió a llorar al verlo. Apartó de un empujón a Tom y cogió velozmente al recién nacido para limpiarle los orificios nasales y la boca con su propio vestido.

—Hola, pequeño. Ya estás aquí —le susurraba sin dejar de llorar—. Mira, *Doncella*, aquí tienes a tu bebé. Es guapísimo.

Los hombres dieron unos pasos hacia atrás y observaron la maternal situación. Virginia acariciaba al recién nacido y lo dirigía hacia la cabeza de la madre para que ésta pudiera olerlo.

—Ahora tienes que alimentarlo —continuó diciéndole a la yegua, que, todavía cansada, apenas se movía. Virginia condujo la boca del potrillo hacia el pecho de la madre y no cesó de hacerlo hasta que éste pudo agarrarse a uno de sus pezones—. Así, muy bien. —Seguía acariciando al animal—. ¿Habéis visto? —les dijo a los hombres, que se habían cruzado de brazos y la miraban atónitos.

—Lo hemos visto... —respondió Gerald dándole unas grandes palmadas a Tom en la espalda. A continuación, se acercó al oído del hombre y le susurró—: Yo que tú la ataba a unas cortas y rudas cadenas para que no se retirara de tu lado. Tienes ante tus ojos a la mujer ideal.

Él no respondió. Seguía observando a Virginia y le era imposible hablar. Aquello había destrozado el pequeño muro que había construido alrededor de su corazón y ahora éste se extendía libre por todo el pecho. Gerald tenía razón, era la mujer perfecta, pero ¿y si volvían a hacerle daño? Ya lo habían destrozado una vez y, aunque aquella jovencita lo había salvado de su perdición, si ella no sentía lo mismo, podía hacerlo regresar al mundo del que lo había sacado.

—¿Cómo se llamará? —Virginia alzó la mirada hacia Tom y éste apreció las últimas lágrimas que manaban de sus claros ojos.

—¿Cómo quieres que se llame? —Se relajó y se acercó a ella.

—No lo sé. No estoy acostumbrada a poner nombres a animales. Jamás he tenido una mascota... —susurró ella sin apartar la vista del recién nacido.

—Te ayudo entonces. Primero... ¿es hembra o macho?

—Me tomas el pelo otra vez, ¿verdad? —Giró la cabeza hacia Tom, quien asentía con vehemencia a la vez que sonreía—. Vale, porque es evidente que es un macho.

—Pues piensa nombres de chicos...

—¿*Trueno*? ¡No! Mejor *Rayo*...

—¿Por? —Tom alzó sus espesas cejas.

—¿No te has dado cuenta de que todo su cuerpo es negro menos ese lunar que tiene en la frente?

—No, no he podido observar nada porque, cuando he intentado hacerlo, me has dado un empujón y te has lanzado sobre él como si te lo fuese a arrebatarse para siempre —explicó él con mofa.

—Lo siento..., no...

—No pasa nada. Pero, sí, parece que ese lunar blanco tiene forma de rayo.

—¿Gerald? —Virginia gritó en dirección a la puerta y el chico asomó la cabeza.

—¿Qué?

—¿Puedo llamarlo *Rayo*?

—Me parece bien, sólo espero que sea tan veloz como el nombre que has decidido ponerle.

—Será el más rápido que has visto en tu vida —susurró ella colocando el potrillo sobre su regazo y acariciándolo sin parar.

Tom notaba cómo el corazón le palpitaba en la garganta. Estaba tan feliz que pensó en arrastrarla hacia algún rincón de aquella cuadra y hacerla suya un millar de veces. Sin embargo, le resultaría imposible. El recién nacido era ahora el centro de sus caricias y seguro que él obtendría un rotundo «no» a su ardiente insinuación.

En agradecimiento, Gerald los invitó a almorzar. Durante la comida, Virginia escuchaba con atención las historias que el indio relataba sobre su vida y cómo había conseguido sobrevivir en una cultura a punto de extinguirse.

—Debió de ser bastante duro... —comentó ella con tristeza antes de darle un bocado a una manzana.

—Llegas a acostumbrarte a ese tipo de vida. Además, como puedes ver, no puedo quejarme. Éste es un lugar precioso. Aquí soy libre, puedo hacer lo que me apetezca sin tener que dar explicaciones a nadie acerca de qué hago o quién soy en realidad.

—¿No te sientes solo? Me refiero a...

—A veces..., pero se me pasa rápido. No quiero sufrir lo que mis padres padecieron —explicó antes de dar un largo trago a su bebida.

—Cuando veníamos hacia aquí, Tom me contó un poco esa historia.

—El choque de culturas suele ser un gran impedimento para encontrar pareja. ¿Qué harías tú? ¿Te casarías con un indio que sigue rezando a sus dioses y suele dormir con los caballos?

—Bueno..., yo...

—Esa pregunta sobra —replicó Tom frunciendo el ceño.

—Lo siento..., no quería incomodarte —indicó con rapidez Gerald al notar su malestar.

—Imagino que, cuando encuentres a una mujer que te quiera, te aceptará tal como eres —dijo Virginia sonriente.

—No busco nada y tampoco tengo prisa. Mis abuelos me enseñaron que al nacer llevas escrito tu futuro en la sangre. Unas veces, los dioses son generosos y te complacen con la llegada de esa alma gemela, y otras... calmas esa soledad tú mismo. —Y, tras esas palabras, soltó una gran carcajada.

Virginia lo observó con atención. No llegaba a comprender cómo ninguna de las jóvenes que habían estado el día anterior en el campo y habían comentado lo estupendos que eran Tom o Mathew no reparaban en un muchacho tan guapo como Gerald. Era cierto que su atractivo era un tanto exótico; unos ojos oscuros y rasgados, una piel tostada y tersa, una figura delgada pero fibrosa y, sobre todo, una bonita y sensual sonrisa que podía romper el corazón de cualquier mujer que lo observara reír. Pero tal vez la historia de sus padres era un lastre para encontrar pareja. Quizá nadie quería padecer el destino que ellos habían sufrido por culpa de su amor y las críticas que seguro habría por el cruce de razas. Sin embargo, ella pensaba lo mismo que él: en alguna parte del mundo estaría la mujer que lo enamoraría y lo volvería loco.

—¿Qué piensas? —inquirió Tom algo malhumorado al ver que la joven tenía la mirada clavada en Gerald.

—En *Rayo* —se apresuró a responder—. Es tan bonito... ¿Cómo dices que se llama el padre?

—*Galope*. Es uno de los mejores machos que hay por esta zona —explicó Tom como si fuera el padre del animal.

—Y ¿por eso lo utilizas de semental? —Arqueó las cejas.

—Es el trabajo más duro para un caballo como él... —repuso Tom, y Gerald y él soltaron una carcajada.

—¡Sois... sois...! —Virginia evitó terminar la frase.

Se levantó de la mesa y se marchó hacia el establo. Quería ver si *Rayo* había sido capaz de alzarse del suelo. Al verlo andar y a *Doncella* achucharlo en los cuartos traseros para que siguiera alimentándose, rompió a llorar de alegría.

—Dentro de unos días lo verás corriendo por los campos —dijo Tom a su espalda dándole un tierno beso en la cabeza al tiempo que la abrazaba por la cintura.

Ella no contestó. No era el momento de decirle que no conseguiría verlo porque, cuando recibiera el fax con su próximo destino, se marcharía de allí. Sólo pudo clavar la mirada en la escena y suspirar.

CAPÍTULO 18

¡VEN AQUÍ!

Cuando quisieron darse cuenta eran las seis de la tarde. Se despidieron de Gerald, y Tom le prometió que regresaría al día siguiente para ver la evolución del potrillo. Estaba bastante emocionado por aquel nacimiento, y Virginia descubrió que eso se debía a que, por primera vez, su semental había engendrado un macho. En todas las montas anteriores del caballo sólo había concebido hembras, y Tom parecía sentirse tan orgulloso del animal que le era imposible borrar la satisfacción del rostro salvo cuando Virginia sonreía por algo que Gerald comentaba.

—¿Qué hará con *Rayo*? —preguntó ella cuando subió a la ranchera.

—Imagino que, si sobresalen los genes de *Galope*, lo tendrá de semental para sus otras hembras —continuó él con aquella actitud de padre eufórico.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Virginia poniendo los ojos en blanco y levantando las manos como si se rindiera ante un atraco.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes borrar de una vez esa expresión de satisfacción? —Suspiró y echó levemente la cabeza hacia atrás.

—No puedo. Estoy tan contento de que mi caballo haya tenido un retoño varón y tan semejante a él que me resulta imposible borrar la sonrisita de mi boca. ¿Has visto cómo se sostenía en pie sin que hubieran pasado ni dos horas desde su nacimiento? —Virginia afirmó con la cabeza—. ¡¡Será tan fuerte y potente como *Galope*!! Pero que no te extrañe este comportamiento, pequeña. El

día que yo sea padre, me volveré completamente loco por mi hijo. Debe de ser orgullo paterno...

Virginia no respondió. Se quedó callada por dos razones: la primera, al imaginarse a Tom con un hijo en brazos, seguro que volvería loco a todo el pueblo con sus carcajadas y sus frases arrogantes sobre el vástago, y la segunda, al recordar a su propio padre y cómo éste no paraba de comentar a sus amigos lo parecidos que eran padre e hija: «¿Veis esa nariz respingona? —preguntaba con entusiasmo—. Pues mirad la mía, son exactamente iguales...».

—¿Virginia? —preguntó Tom por tercera vez al ver que la mente de la chica la había transportado hacia algún lugar muy lejano de donde se encontraban.

Como seguía sin responder, alargó la mano derecha y la colocó sobre su pierna izquierda.

—Perdona... ¿Qué decías? Estaba...

—¿Qué pensabas? Puedes contármelo si lo deseas... —Apretó despacio la mano que tenía sobre ella.

—Recordaba a mi padre —dijo Virginia tras un suspiro—. Él decía algo así de mí.

—¿Dónde está? —Tom redujo la marcha.

—Murió cuando cumplí los doce años. Cáncer de pulmón...

—Lo siento...

—No te preocupes, lo voy superando. Aunque hay días que algún recuerdo, como el nacimiento de *Rayo*, me conduce hasta él y lo vuelvo a echar de menos.

—¿Y tu madre? —siguió con el interrogatorio.

—¿Cuántos días llevo aquí? —preguntó ella sin mirarlo.

—Siete —respondió él sin tener que pensarlo.

—Bueno, pues en estos siete días no he recibido ni una sola llamada de ella preguntándome cómo estoy. Metí el móvil en la guantera del coche y no lo he vuelto a sacar. ¿Para qué? Nadie se preocupa por mí...

—Yo sí —dijo Tom con rotundidad.

—Gracias, eres el segundo que...

—¿El segundo? —Frunció el ceño.

—Mi padre fue el primero, señor Sanders —explicó ella con una enorme sonrisa mientras le apretaba la mano.

—Vale, entonces no me pondré celoso.

Tom sonrió, miró a la carretera y, sin saber por qué motivo, su sonrisa desapareció de repente. Era como si él también se hubiese acordado de algo que le había hecho daño.

—¿Qué sucede? —inquirió ella alarmada por su repentino cambio de humor.

—Nada, un mal recuerdo que me ha borrado la risita tonta...

Puso el intermitente hacia la derecha y empezó a ascender por el camino que conducía a su hogar.

—¿También tuviste un padre así?

—No. Mi padre era un militar casado con su trabajo. —Apagó el motor.

—¿Y tu madre? —Virginia seguía haciendo preguntas para intentar averiguar qué le sucedía.

—Una mujer dedicada a la crianza de sus dos hijos y a querer sin condiciones a su marido. —Bajó del coche y corrió hacia la puerta de ella.

—¿Entonces? ¿Qué te ha sucedido? —Virginia estaba empezando a ponerse nerviosa por el comportamiento irascible de Tom.

—¡Tú! —exclamó agarrándola de la mano, sacándola del coche y dirigiéndola hacia la casa.

Chico comenzó a ladrar y a querer saltar sobre la joven. Entonces Tom se paró y miró al perro.

—Ni se te ocurra seguirnos, tengo cosas que hacer con ella, ¿entendido?

El animal agachó las orejas y, tras un gruñido de tristeza, se quedó parado.

—¿Cómo has podido hablarle así? ¿Has visto la cara que ha puesto?—lo regañó Virginia mientras intentaba deshacerse del agarre.

—Señorita Wallace, me preguntaba hace unos minutos qué me había ocurrido, ¿verdad? —Tom se paró frente a la puerta de la casa y entornó los ojos al mirarla.

—Sí —contestó ella sin voz y tragando saliva.

—Vale, pues se lo voy a demostrar.

Abrió la puerta, la metió dentro y cerró de un portazo. Caminó sin soltarla hacia el dormitorio y, cuando llegaron allí, la colocó contra la pared, apoyó sus grandes manos unos milímetros por encima de su cabeza y, excitado, anunció:

—Voy a castigarla por haber mirado a Gerald con deseo.

—¿Yo? —Ella levantó las cejas y sonrió.

—Sí, usted, señorita Wallace.

—Y... ¿cuál será mi castigo? —preguntó con una voz ahogada por la pasión. Por dentro ya ardía. Su estómago se oprimía e inspiraba con fuerza para captar su olor.

—Hacerle el amor hasta que quede lo suficientemente cansada como para que esa cabeza no pueda pensar en nadie salvo en mí.

Acercó sus caderas a las de ella y mostró sin pudor su estado de excitación.

—Tom... —susurró la joven.

—¡Nada de Tom! —Se abalanzó sobre ella y la besó con energía, derrotándola con la lengua.

Virginia se sentía tan débil que quiso colocar los brazos alrededor del cuello del hombre, pero éste se los agarró con fuerza y los apoyó en la pared, por encima de ella.

—Le he dicho que está castigada —repitió antes de morderle el labio inferior con tanta fuerza que parecía desear arrancárselo.

Ella cerró los ojos al notar cómo comenzaba a besarle la garganta, el escote, los pezones...

—No vuelvas a tontear con ningún hombre... —murmuró él mientras le recorría con la lengua la clavícula.

—Sólo he sido agradable... —susurró ella.

—Pues no me ha gustado esa forma tuya de agradar.

Aferró las muñecas de la joven con la mano izquierda y, con la otra, fue rozando cada milímetro del pequeño cuerpo femenino. Pretendía bajar hasta su zona caliente y tocarla para hacerla viajar al edén.

Virginia se golpeó la cabeza contra la pared cuando notó los dedos de Tom acariciando su sexo y frotándolo con rapidez. Sus piernas empezaron a flaquear. Se desplomaba, pero no podía decir nada porque tenía la boca presa por la de él. Apretó los párpados cerrados cuando dos dedos masculinos la invadieron y la agitaron.

—Estás a puntito de correrte, ¿verdad? Lo puedo oler. Lo puedo ver. Noto cómo me llenas la mano... Siento el latir de tu clítoris en mi palma —le susurró Tom—. ¿Quieres llegar al clímax? —Ella asintió muy suavemente—. Sigues diciendo «sí» con mucha rapidez... —Volvió a morderle el labio—. ¿Y si te digo que tengo tanta sed que deseo saciarla contigo?...

—Hazlo... —jadeó ella.

—¿Qué quieres que haga, pequeña? ¿Bebo de ti o por el contrario...? —
Seguía agitando el interior con la mano.

Las piernas de Virginia comenzaron a arquearse y su espalda resbalaba por la pared. Lo estaba alcanzando, y Tom se quedó fascinado al ser él quien la llevaba al éxtasis. Por un segundo, un puñetero segundo, imaginó a la joven en brazos de otro hombre, tocándola, besándola, y se llenó de furia. Nadie, salvo él, tenía derecho a acariciarla y observar la belleza que mostraba su maravilloso rostro cuando estaba cerca del orgasmo.

—Eres puro fuego... —le dijo rozándole los labios con los suyos—. Tengo la mano pringosa por tu corrida... —Levantó la palma y la colocó entre las bocas de ambos—. ¿Sólo podré saciar mi inmensa sed con esta miseria? —Metió los dedos en su boca y los saboreó.

Virginia suspiró y se rindió. Se escurría y no tenía fuerzas para tenerse en pie. Era la primera vez que veía a alguien lamer los dedos impregnados de su jugo, y le resultó una escena tan libidinosa que quiso saltar sobre la boca de Tom para saborearse a través de él. No obstante, si le resultaba imposible mantenerse firme, más difícil sería alzarse para llegar hasta sus labios.

—¡Ven aquí!

Tom la cogió y la dirigió hacia la cama. Pero no la tumbó. La colocó frente a él y la fue desnudando sin prisa, acariciando despacio cada zona de su cuerpo que dejaba al descubierto.

—Eres preciosa...

Acercó la lengua a sus pechos y los recorrió con ella. Tras saborearla, la tumbó despacio sobre la cama y se subió él también para continuar besando y mordiendo aquellos traviesos pezones.

La muchacha acarició su mata de pelo oscuro. Era dura al tacto, como sus manos. Cerró los ojos y dejó que él continuara con su fascinante labor, porque Tom era impresionante fuera y dentro de la cama. La boca masculina siguió bajando hasta su centro, que había quedado desnudo en algún instante que ella no podía recordar, e hizo lo que le había susurrado: beber de ella hasta que calmó su sed. Virginia sintió el calor de la lengua recorrer cada rincón de su interior y cómo los dientes apretaban su pequeño botón, que latía sin parar.

—Tom... —susurró echando la cabeza hacia atrás y elevando las caderas.

—Dime... —contestó él colocándose encima.

—Necesito..., quiero...

—Yo también te necesito y lo quiero... —ronroneó él.

Se apartó de la cama y se quitó la camiseta y los vaqueros con rapidez. Ella lo observó y se quedó sin aire. Era el hombre más increíble que había conocido, y su extraordinario cuerpo maduro la volvía loca. Sin pensarlo dos veces, se levantó y caminó como una gatita hacia él. Tom abrió unos ojos como platos y se quedó parado. Su sexo estaba tan duro que se movía al ritmo de los latidos del corazón.

—No me mires así o me correré aquí mismo... —jadeó.

—¿Nadie te ha deseado como lo estoy haciendo yo? —dijo ella con una voz tan gatuna que incluso pensó en maullar. Saber que todavía no había experimentado con otras amantes cosas que podía hacer con ella la excitaba aún más.

—No... —respondió ahogado.

—¡Ven aquí! —ordenó Virginia.

Como él no se acercaba, ella alargó el brazo para acariciar su gran excitación. Al tocarla, el cuerpo masculino tembló de pies a cabeza. Ella levantó los ojos, se lamió los labios y oyó un largo y profundo rugido de placer al introducir en su boca aquello que le urgía tener.

—¡Oh! —exclamó Tom entre gemidos—. Me estás haciendo perder la cordura, pequeña...

Más profunda, más rápida, más suya. Eso era lo que hacía Virginia con cada movimiento. Notó cómo él acariciaba su cabello y lo agarraba con fuerza para indicarle el ritmo pausado que debía llevar.

—Virginia..., por favor... —suplicó.

Ella alzó las pestañas lentamente. El deseo le provocaba tal pesadez en los párpados que incluso le resultaba difícil moverlos. Lo vio sufriendo, intentando controlar aquello que ya empezaba a notarse en su cuerpo: la rigidez, la firmeza del pecho, la tensión de los gruesos tendones bajo la piel de los brazos. Todo le indicaba que, como continuase así, terminaría eyaculando en su boca. Con la última lamida, ella se echó sobre la cama, abrió las piernas y lo invitó a entrar.

—Debería...

Virginia puso un dedo sobre sus labios y lo hizo callar.

—Poséeme. Hazme tuya...

Y, sin dudarle un segundo, Tom entró en ella con tanta fuerza que pensó que la había roto por dentro. Pero eso era lo que ella le había indicado: que la hiciera suya, que la poseyera. Con rápidos y profundos envites, ambos gritaron por la rudeza de la penetración. Virginia cerró los ojos al sentir la convulsión del cuerpo del hombre y también del suyo. Tom liberó su boca para inclinarse y poder agarrarle las caderas. Necesitaba llegar hasta lo más profundo de su interior. Deseaba que el golpe de gracia la marcara para siempre.

La joven oyó un aullido antes de percibir cómo su interior se quemaba con la ardiente semilla masculina. Tom la había hecho suya y eso era lo que ella deseaba: pertenecerle ahora y para siempre...

—Eres la mujer más increíble que he conocido jamás —dijo él mientras intentaba recuperar la respiración y la abrazaba con fuerza.

—Respondo a tu cumplido con un «lo mismo digo».

—Gracias. —La aferró con tanta intensidad que casi no la dejaba ni respirar—. ¿Puedo preguntarte algo? —añadió tras unos minutos de silencio en los que sólo se oían unas respiraciones profundas.

—Claro... —respondió ella intentando girarse, pero Tom no se lo permitió.

Fue en ese momento cuando ella notó una suave caricia en el lugar donde tenía el tatuaje. Las yemas de los dedos recorrían las palabras como si las estuviese escribiendo de nuevo.

—¿Por qué llevas escrito «*My Angel*» en la espalda? —Tom posó los labios en las palabras y las besó.

—Mi padre me lo repetía cada vez que podía. Decía que yo era su ángel desde el primer momento que me tuvo en brazos. Además, cada vez que me sentía triste por algo, él siempre comenzaba la conversación diciendo: «¿Qué le pasa a mi ángel hoy? ¿A quién tengo que darle una paliza?». Cuando él murió, nadie volvió a llamarme de ese modo, y, aunque parezca una tontería, muchas veces necesitaba volver a oír esas palabras. Así que decidí tatuármelas. Era como tenerlo siempre a mi lado. Sé que parece una idiotez, pero me ha venido muy bien mirarlas en un espejo y repetírmelas a mí misma en ocasiones importantes de mi vida.

—Mi ángel... —susurró Tom tras unos instantes en silencio con tanto cariño y ternura que Virginia comenzó a llorar—. Nena, lo siento. No quería...

—No pasa nada... Es que, como te he dicho, hacía mucho que no las

escuchaba de unos labios que no fueran los míos...

Tom la giró, la besó con ternura en la boca y la abrazó. Apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella y, tras tomar aire, le confesó:

—¿Sabes la de veces que me he repetido esas palabras desde que las leí en tu espalda el día de Ogallah? Creo que el impacto que tuvieron en mí fue tan grande que me hizo salir del *shock* en el que vivía.

—¿Por eso me llamaste «ángel»?—Levantó el rostro hacia el de él.

—Sí. Eres el ángel de mi vida.

La apretó aún más y le besó la frente. Luego, abrazados y repletos de paz, ambos se quedaron sumidos en un profundo sueño.

Una de las veces que abrieron los ojos fue porque notaron sobre sus cuerpos desnudos el calor de los primeros rayos solares. Virginia se despertó alterada. Había permanecido toda la noche fuera del hostel y Kathy debía de imaginarse qué había sucedido. Miró hacia Tom y lo descubrió sonriendo divertido al verla nerviosa.

—Te prepararé un buen café y te llevaré a la clínica —le dijo tras darle un cariñoso beso y sentarse sobre la cama.

—Pero...

—¿Prefieres ir andando? —Se movió hacia ella.

Seguía desnudo, y resultó que el despertar de Tom era muy, pero que muy, grande.

—No —respondió ella sin apartar la mirada de aquello que la observaba escondido entre las piernas masculinas.

—Eres un ángel muy travieso... —susurró él al descubrir hacia donde dirigía la mirada su amante.

—Mucho... —Alargó las manos y él se enredó en ellas.

—Llegarás tarde...

—Una hora..., sólo una hora más...—murmuró Virginia mientras sentía el cuerpo caliente de Tom sobre ella.

—¿Y si son dos? —inquirió él alzando las cejas y acercando los labios a los suyos.

—Mejor...

CAPÍTULO 19

DESEOS Y PENSAMIENTOS

Como Virginia le había pedido, Tom aparcó la camioneta en la puerta del hostel de la señora Duffy. Ella había decidido cambiarse de ropa antes de ir a la clínica y que allí mismo se despidieran sin ningún tipo de roce o carantoña. Prefería que la gente murmurara acerca de su impuntualidad a que se hicieran un sinfín de preguntas sobre por qué la enfermera llevaba el vestido cubierto de mugre y bajaba de la ranchera de Thomas Sanders. Él la observó con deleite. A pesar de las maldiciones que Virginia había proferido cada vez que se miraba al espejo sobre sus enormes ojeras, el pelo despeinado o incluso el sonrojo de su piel producido por la fricción de su dura barba, para él, era la mujer más perfecta del mundo. No sólo había demostrado su valía en situaciones de las que incluso él mismo, que se jactaba de ser coherente y racional, no podría haber salido con éxito, sino que también lo había conducido a un lugar de amor y dependencia que ni la propia Amanda le había mostrado. La necesitaba a su lado y, según parecía, cada vez más. «Olvida esa idea. No tienes nada que te confirme que ella también siente lo mismo que tú —pensó con enfado—. Es verdad que se derrite cuando la tocas, que prefiere estar entre tus brazos a permanecer lejos de ellos, que se acerca a tu boca pidiéndote más, que...» Suspiró tan fuerte que apenas dejó aire en sus pulmones. Apoyó la frente en el volante y cerró los ojos. Estaba enamorado, de eso no le cabía duda, pero pensar que otra mujer lo tenía a su merced y que podía destrozarlo de nuevo le resultaba difícil de asimilar. Si ella lo rechazaba, esta vez no habría nada que lo salvara.

Dejó que entrara sola en el hostel y que, diez minutos después, saliese con unos vaqueros y una camiseta trotando hacia su lugar de trabajo. Entonces, cuando ya estaba lejos, Tom bajó del vehículo y caminó hacia la puerta, donde Kathy lo estaba esperando con los brazos cruzados y sus ojos grises clavados en él.

—Señora... —Se quitó el sombrero y la saludó.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, Thomas Sanders? —Entornó los ojos y continuó con su pose de incertidumbre.

—Segurísimo. Sé que parece una locura, pero le garantizo que mi vida sería muy dura si ella no estuviera a mi lado —confesó con ahogo, de forma pausada, meditando cada una de las palabras que salían de su boca.

—Si es así, pasa. Tengo que comentarte algo, pero no quiero que vuelvas a romperme otra puerta, ¿entendido?

Tom levantó las cejas y la observó con interés. Tanto misterio hizo que su estado de alerta, ese que había dejado en la guerra, se despertara con ímpetu.

—¿Ha venido el hombre que iba a arreglar el piano? —preguntó cuando la anciana cerró la puerta, esperando que toda aquella incertidumbre tuviese algo que ver con el instrumento musical.

—Sí. Ayer vino un chico y estuvo trasteando ese cacharro. Según dijo, no estaba en tal mal estado, salvo por un par de viejas cuerdas que debía cambiar.

—¡Genial! Cuando Virginia termine su jornada, la traeré y le daré la sorpresa. Tengo ganas de verla disfrutar. —La señora Duffy seguía callada y con el semblante lleno de preocupación—. Ocurre algo más, ¿verdad?

Ella asintió.

Su estado de alerta era cada vez más insoportable.

—Ven, tomemos un café y hablemos de lo que ha sucedido. Pero has de prometerme que...

—Que no le romperé otra puerta... —dijo Tom igual que un niño exponiendo la lección que se ha aprendido de memoria.

* * *

Virginia corría hacia la clínica evitando mirar los rostros asombrados de los lugareños. Imaginó que les resultaría extraño que la enfermera corriera por las

calles del pueblo sin apenas saludarlos como ellos estaban acostumbrados. Al llegar a la escalera de la clínica, se llevó la mano derecha al estómago y tomó aire. No podía entrar como un búfalo a punto de embestir, debía mostrar serenidad, como si nada hubiese pasado, como si la noche anterior, en vez de estar entre los brazos de Tom y sentirse amada como nunca se había sentido, hubiese dormido placenteramente. Controló la respiración, llevó la mano hacia la manija de la puerta y la bajó mostrando una gran sonrisa.

—Buenos días, Miah, ¿qué tal todo? —dijo como si, en vez de ser las once de la mañana, acabara de amanecer.

—Buenos días, Virginia... Oye, he de decirte algo que... —Salió de detrás del mostrador e intentó retenerla.

—Sé que llego tarde, pero te prometo que me quedaré todo el tiempo...

—No es eso, nena. Es que ha sucedido algo que...

—Buenos días, florecilla —dijo entonces una voz masculina a su espalda.

Virginia dejó de sonreír. Sus ojos se abrieron como platos y, antes de moverse y enfrentarse a quien estaba detrás, observó una leve mueca de preocupación en el rostro de Miah. Extendió la mano hacia la de ella y la apretó con fuerza. Quería calmarla, o tal vez era ella quien necesitaba calmarse.

—Buenos días, Henry. ¿Qué haces tú aquí? —Frunció levemente el ceño y mostró una sonrisa tan falsa como las que había ofrecido a las chicas del campo cuando hablaban de lo increíblemente erótico y atractivo que era Tom.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. ¿Te importaría dejarnos solos? —dijo él dirigiéndose a Miah al ver que ésta no se retiraba del lado de Virginia.

—No seas impertinente —replicó esta última—. Tranquila, estaré bien —añadió mirando a Miah tras notar que por mucho que tiraba de su mano no conseguía soltarse.

—Si necesitas ayuda para echar a patadas a ese repipi engominado, llámame, estaré encantada... —le susurró ella al oído antes de regresar a la silla que había tras el mostrador.

—¿Qué haces aquí y qué quieres? —Virginia lo dirigió hasta la sala de curas donde trabajaba, entornó la puerta después de que Henry entrara y se cruzó de brazos dejando entre ambos más de dos metros de distancia.

—Estás..., bueno, cambiada. Parece que este clima ha destruido a mi pequeña florecilla —comentó él sonriendo y mirándola de arriba abajo.

—¿A qué has venido? Y ni se te ocurra poner la excusa de que merodeabas por la zona y pensaste en hacerme una visita... —sentenció ella manteniendo el tono esquivo, hosco.

—Florequilla, me preocupaba por ti. Llevo mucho tiempo sin tener noticias tuyas y no respondes a mis llamadas. —Miró de reojo la camilla y, al ver que la sábana estaba mal colocada, decidió no sentarse.

—Aquí no necesito teléfono. Quien quiera saber de mí puede llamar a la clínica o al lugar donde me hospedo —continuó ella con el tono rudo.

—Y ¿por qué no has respondido al fax que se envió desde el hospital? —Henry levantó con suavidad su rubia ceja derecha.

—No hemos recibido nada... —dijo ella entornando los ojos mientras pensaba que Miah debería darle una explicación acerca de lo que estaba oyendo.

—Pues me parece bastante raro, porque yo mismo hice el esfuerzo de enviarlo y recibí la confirmación de llegada. Florecilla —añadió tras un breve silencio y mostrando una sonrisa de oreja a oreja—, me gustaría que regresaras. Te echo tanto de menos y, además, al final se aceptó tu propuesta..., bueno, la mía, porque al trasladarte me vi en la obligación de poner mi nombre como solicitante del proyecto. Pero eso fue sólo un mero formalismo burocrático. Te necesito para que continúes con lo que comenzaste...

—¿Me estás diciendo que quieres que regrese para que me haga cargo de un proyecto mío que tú me usurpaste enviándome lejos del hospital? —Virginia levantó tanto las pestañas que éstas casi salieron disparadas como dardos hacia una diana. Por supuesto, los dardos tendrían veneno y la diana sería Henry.

—No emplees ese tono airado conmigo... —Caminó hacia ella y se colocó a menos de un metro—. Sabes que siempre he cuidado de ti. Además, no he podido olvidarte. Desde que decidiste poner fin a nuestra relación, he estado dándole vueltas a por qué hice todas aquellas tonterías y he llegado a una conclusión: necesitaba averiguar si entre nosotros había verdadero amor.

—No me vengas con historias infantiles, Henry. Lo hiciste porque eres un egoísta, un egocéntrico y un imbécil. Y si has recorrido un estado entero para soltarme esa gilipollez, ya puedes marcharte. Lo nuestro terminó hace tiempo y...

Pero le fue imposible terminar. Él le agarró los brazos y, atrayéndola hacia sí, intentó besarla. Virginia actuó con rapidez. Le dio un fuerte empujón y, a

continuación, le soltó una sonora bofetada.

En ese mismo instante, la puerta se abrió de par en par. Tom tenía los ojos inyectados en sangre, sus orificios nasales subían y bajaban sin parar, y su labio superior se torcía levemente hacia la izquierda mostrando la presión de los dientes.

—Tócala de nuevo y no saldrás vivo de este pueblo —declaró con una voz de ultratumba.

—Tom... —susurró Virginia girándose hacia él—. No pasa nada, lo tengo controlado.

—Sí, eso. No te metas en esta conversación, hijo de Conan *el Bárbaro* —exclamó Henry riéndose por la actuación de Tom y colocándose tras la mesa.

Él dio un paso hacia delante. Sus puños se cerraron mientras iba en busca de aquel que había intentado besar a su mujer. Pero Virginia le puso las manos en el pecho y se lo impidió.

—Soy capaz de solucionarlo sola, ¿entendido? —señaló con firmeza, mostrando en el rostro la entereza de sus palabras.

Tom la miró a los ojos y comprendió con tristeza que quizá había intervenido antes de lo que debería. En efecto, ella era perfectamente capaz de ocuparse de la situación, así que, sin responder, apretó los pies en el suelo, giró sobre sus talones y salió de la consulta sin mirar atrás.

—¡Eso, vete! —gritó Henry sin moverse desde detrás de la mesa que había utilizado como escudo—. ¿Cómo puedes tratar con bestias como ésa?

—No es ninguna bestia... —replicó ella levantando el dedo. Entornó los ojos y le dirigió una mirada asesina.

—¡Por Dios, no me digas que...! Bueno, no pasa nada... Me lo merezco por imbécil. Ahora, si no te importa —Henry salió de su escondite y se le acercó de nuevo—, ven conmigo. Hagamos lo que siempre hemos querido hacer: vivamos felices..., pero fuera de este pueblo, que apesta a estiércol. —Extendió las manos hacia ella.

—¿Felices? ¿A qué narices llamas tú «felicidad»? ¡He malgastado tres años de mi vida viviendo como tú querías que lo hiciera! —Alzó tanto la voz que incluso Miah pudo oírla desde detrás de su mostrador—. ¡Maldito seas, Henry Parker! ¡Vete de aquí antes de que la punta de mi bota golpee ese culo estirado!

—No lo dirás en serio, ¿verdad? ¿Vas a destrozar tu vida por un hombre que

no puede entrar por esa puerta porque es más grande que ella? —Henry abrió desmesuradamente los ojos al descubrir que Virginia estaba enamorada de aquel monstruo de dos metros.

—Lo que yo haga o deje de hacer debe importarte una mierda. Ahora... —se dirigió hacia él mirándolo con ira y le señaló la puerta— o te vas por las buenas o... —Levantó un palmo la punta de la bota.

—¡Te has convertido en una pueblerina maleducada! —gritó Henry mientras estiraba su traje y salía huyendo literalmente de allí—. Te arrepentirás de esta decisión y volverás pidiéndome perdón. Tú no perteneces a este mundo y no encajarás jamás aquí —sentenció; y como siempre, fue él quien tuvo que decir la última palabra.

Virginia lo estuvo observando hasta que se alejó de su vista. Luego, como si no hubiese pasado nada, caminó hacia el mostrador. Miah estaba de pie detrás del mismo, contemplando la escena. Cuando la joven llegó frente a ella, le dijo manteniendo una extraña y escalofriante calma:

—¿Me puedes dar ese fax, por favor?

—Virginia, cariño, que sepas... —Trataba de pedirle disculpas mientras buscaba el papel en una carpeta azul que tenía en el segundo cajón de la mesa.

—Dámelo... —le ordenó ella en voz baja y mostrando una sonrisa que, por supuesto, era muy, pero que muy, falsa.

—Te prometo que toda la culpa la tiene él. —Miah señaló a Mathew, que acababa de aparecer por la puerta—. Me obligó... Yo no quería...

—¿Así que pensaste que ocultarme el nombre de mi próximo destino, que... —Virginia echó un rápido vistazo a la fecha de recepción— fue enviado el mismo día de mi llegada, era lo correcto?

—Debías descansar. Como médico, y tras haber oído que Tom decía que habías tenido un «casi accidente»... —Mathew se interrumpió en el acto al ver que Virginia levantaba la palma de la mano hacia él.

—Atenderé a aquellos que me necesiten —declaró. Luego miró a los pacientes que estaban sentados esperando y volvió a esbozar una sonrisa de esas que había practicado.

Caminó hacia la consulta en la que trabajaba y cerró la puerta.

Los enfermos se miraban unos a otros en la sala de espera, nadie era capaz de entrar para que la enfermera los atendiera. Así que, entre rumores de «mejor

vengo mañana que estará más calmada» y «yo hoy paso de que me quite las vendas porque es capaz de arrancarme la piel», casi todos se marcharon.

Sin apartar la mirada de la puerta cerrada, Miah pensó en llamar para hablar con Virginia. Le urgía pedirle disculpas por lo sucedido. Sin embargo, pensó, al igual que todos los que se habían ido, que era mejor darle tiempo para asimilar lo que había ocurrido.

CAPÍTULO 20

DECISIÓN

Cuando la señora Duffy le comentó que un hombre trajeado, rubio y un tanto estirado había llegado la tarde anterior al pueblo buscando a Virginia, Tom contuvo la ira y, tal como le había prometido, no rompió nada, pero sí que salió corriendo hacia la clínica. La gente se apartaba de su camino como si estuviesen viendo un tren descontrolado. La primera persona que lo recibió fue Miah, quien intentó aplacarlo, aunque no le sirvió de nada. Cuando parecía que Tom se relajaba se oyó cómo Virginia alzaba el tono de voz en la consulta y de repente se quedaba muda. Thomas imaginó que el extraño le había puesto la mano sobre la boca para asfixiarla. Sin embargo, al mirar por el resquicio de la puerta y ver que éste se había abalanzado sobre los labios de la mujer, su ira se multiplicó por mil. ¿Quién era aquel imbécil para besar a Virginia? Así que, tras abrir de un puñetazo, intentó caminar hacia el personaje que había osado tocar la boca que le pertenecía. Su primera idea era incrustarlo en la pared como si fuera una caja fuerte, pero la actuación de Virginia lo calmó. La joven supo actuar y mantenerlo en el lugar que le correspondía. Por eso la dejó sola. Tenía que enfrentarse a su pasado como él debía enfrentarse también al suyo, cerrando de una vez la última página de un libro que tenía que olvidar. Ahora, en la calle, y tras recobrar la calma, sonreía al recordar cómo debía de arderle la mejilla al tipo tras la bofetada que Virginia le había soltado. ¡Ésa era su chica! La mujer que había conocido en el bar de Ogallah, y no la tímida y escuálida figura que había llegado al pueblo llena de miedos e incertidumbres. Miró hacia la izquierda y

descubrió el coche del personaje. Un Porsche 911 de color rojo que deseó hacer añicos con sus propias manos, aunque recapacitó antes de propinarle una fuerte patada a la puerta del conductor. Si lo dejaba inservible, él tendría que hospedarse en el hostel de la señora Duffy y estaría cerca de Virginia el tiempo suficiente como para poder hablar con ella y conquistarla de nuevo. Resopló como hacía *Galope* cuando no conseguía lo que deseaba y caminó cabizbajo hacia su ranchera. Cuando alzó la mirada se quedó sorprendido. Allí, junto a su camioneta azul, estaban Kathy, Monthy, Dylan y otros habitantes del pueblo. Parecían un comité dando la bienvenida a un nuevo residente.

—¿Sigue vivo? —inquirió el mecánico con cierta diversión.

—Sí, aunque me pese, todavía respira —resopló Tom.

—Eso está bien... —Dylan se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta del vehículo, impidiendo así que Tom entrase y huyera de allí.

—¿Qué ocurre? —Echó un rápido vistazo a los demás y entornó los ojos.

—Hemos pensado... —comenzó la señora Duffy.

—¿«Hemos»? —replicó él con actitud esquiva y arqueando las cejas.

—Vuelve a interrumpirme, Thomas Sanders, y te daré una buena cachetada —indicó Kathy enfadada.

—Lo siento... —contestó él con una risita.

—Hemos decidido que no queremos buscar a otra enfermera. Nos gusta la que tenemos, y necesitamos que nos ayudes a que se quede —explicó la anciana con una expresión tan seria que a Tom no le cabía ninguna duda de que no se trataba de ninguna broma.

—Pues si encontráis la respuesta a eso, decídmela. Yo la estoy buscando y me está resultando muy difícil hallarla —dijo con pesar, exhalando el aire con agonía.

—¡Cásate con ella! —exclamó Dylan con ligereza.

—¿Que me case con...? ¿Estáis locos? —Tom levantó los ojos y buscó en sus rostros algo que le indicase que estaban de guasa.

Pero no lo encontró. Allí estaba, rodeado de un montón de habitantes de Old-Quarter, que le insistían en que le hiciera una propuesta de matrimonio a Virginia porque ellos no querían otra enfermera que los cuidara.

—¿Qué pierdes? Si lo estudias con detenimiento, nada. Al contrario, te casas con una buena hembra —explicó Dylan separándose de la puerta y dejando que

Tom pudiera subir a su camioneta.

—Pero ¿acaso creéis que Virginia es una yegua a la que le meten un semental dentro de la cuadra y debe contentarse con él? ¡No estáis bien de la cabeza! —Se colocó las gafas de sol y arrancó el motor.

—Ella te aceptará... —intervino la señora Duffy antes de que Tom volviera a exclamar o a maldecir.

—¡Bobadas!

Cerró la puerta, colocó la palanca de cambios en retroceso, apretó con fuerza el pedal del acelerador y, derrapando, dio marcha atrás hasta que pudo girar la camioneta y poner rumbo a su rancho.

No quiso interrumpir sus pensamientos con baladas de desamor. No estaba para escuchar más canciones que le indicaran lo duro que sería vivir sin la mujer que amaba. Olvidando la absurda proposición que sus amigos le habían hecho, decidió pensar en otra cosa. La palabra «*Rayo*» apareció de pronto en su mente. Sí, ése sería un buen tema para hacer callar la parte de su cerebro que no paraba de nombrar a Virginia. «Estoy tan orgulloso de él... —dijo en voz alta para concentrarse—. Seguro que Gerald hará una buena crianza...» Pero, por mucho que lo intentaba, Virginia volvía a surgir. La veía junto al potro, cuidándolo y mimándolo. «No puedes cometer el mismo error dos veces, Thomas. Piensa con sensatez. Acuérdate de lo mal que lo pasaste cuando Amanda dijo que ya no quería permanecer por más tiempo a tu lado y que le daba asco todo lo que se refería a ti. —Suspiró despacio, exhalando todo el aire que guardaba en su interior—. No obstante, el calvario que sufrí al distanciarme de ella sería muy diferente del que viviría sin Virginia —continuó pensando—. Mi señorita Wallace es pura dinamita, pasión, fuego, necesidad, amor, posesión, felicidad, sinceridad, protección, ternura... ¿Qué fue lo que sentí por Amanda? Despecho, traición, desilusión, malestar, odio... Creí que ella me amaba y que esperaría mi retorno tras la guerra. Sin embargo, ¿qué encontré? Una mujer que rehusaba cualquier contacto conmigo porque sentía asco... —Suspiró otra vez—. Ella sólo deseaba el dinero, y rezó cada día para que mi vida finalizara en Irak. Por eso se casó conmigo. Imaginé que se quedaría viuda...» Tom estaba hecho un lío. Tenía un gran embrollo en la cabeza cuando, por encima de todo, el rostro de Virginia sobresalió con vigor. Rememoró aquel día en el bar y cómo ella sonreía cuando él le hizo la proposición que pensó que rechazaría. La imagen de ella

contra la pared mientras él la besaba, jadeando en cada caricia que le ofrecía, lo desconcertó hasta tal punto que se salió de la carretera. Frenó y se quedó parado en el lado izquierdo de la calzada. Colocó los antebrazos sobre el volante y escondió el rostro en ellos. Las imágenes seguían apareciendo sin poder retenerlas: el día en que volvió a verla. Cómo se sintió cuando Mathew y ella hablaban la primera vez en la clínica y los celos que lo asaltaron al contemplar el rostro de admiración que ella mostraba al charlar con él. Sus sonrojos y sus bufidos al decirle que estaba flaca. La cara de satisfacción que ponía cuando desayunó a su lado. La furia que se despertó en su interior cuando descubrió que Miah la había humillado ante todo el pueblo. La borrachera. La pasión en el callejón y el asombro que le provocó al oír de su boca que lo recordaba. El suave y afrutado olor de su piel. Sus jadeos al entrar en ella. El tacto de sus dedos en su cuerpo. El deseo, la pasión y la química que recorrían ambos cuerpos cuando permanecían unidos. Sus lágrimas de alegría al ver nacer a *Rayo* y cómo lo acogía en el regazo como si fuera su propio bebé... Todo. Todo lo que había vivido durante ese tiempo con ella quería que no acabase nunca porque... la amaba. Estaba tan enamorado de Virginia que incluso la distancia que ahora mismo los separaba le dolía. «¿Cómo...? —se preguntaba—. ¿Cómo voy a ser capaz de vivir sin ella?» Sin querer buscar una respuesta, porque no la había, alargó la mano hacia la guantera, la abrió y sacó su teléfono móvil. Marcó un número y esperó a que contestasen.

—Despacho Sanders... —respondió una voz femenina.

—¿Tana?

—¿Thomas? ¿Eres tú? —inquirió la voz sorprendida.

—El mismo que viste y calza. ¿Cómo estás?

—¿Yo? Mejor contesta tú: ¿cómo estás? ¿Qué es de tu vida? ¿Sigues en Old-Quarter? ¿Continúas viviendo en ese rancho? ¡Oh, Dios mío, me alegro tanto de oírte! Tu hermano se llevará una gran ilusión. El otro día me preguntaba si sabía algo de ti, y no recordaba cuando había sido la última vez que hablé contigo... —exclamó la mujer con entusiasmo y sin apenas tomar aire para respirar.

—Hace tiempo... ¿Y los niños? —Tom trató de cambiar el rumbo de la conversación.

—Muy bien. Esos diablos tienen vuestros genes y son incapaces de estar un segundo quietos... —Tras un breve silencio, Tana preguntó—: ¿El motivo de tu

llamada es porque al fin has decidido zanjar el pasado?

—Directa a la yugular —replicó él, y soltó una sonora carcajada.

—Esa hija de... Te advertimos que no era buena. Todo el mundo la conocía menos tú...

—Quiero firmar —la interrumpió.

—¡¿Qué?! —Gritó tanto que Tom tuvo que apartar el auricular de su oído—. ¡Estás loco! ¿Después de tanto tiempo te has rendido? ¿Crees que esa zorra debe seguir viviendo y beneficiándose de todo lo que tú conseguiste con sudor, sangre y esfuerzo?

—No necesito nada de eso para ser feliz.

—Permíteme que te pregunte, Thomas Sanders, ¿qué te ha ocurrido y en qué estás pensando?

—Quiero liberarme del pasado. Voy a desligarme de él para poder vivir un presente y un futuro distintos...

—¿Lo haces porque has conocido a otra mujer? —Tana resopló—. Espero que no sea otra cazatesoros...

—No lo es —contestó él con resquemor—. Ella no tiene ni idea de lo que tengo o dejo de tener. Me ha conocido siendo quien soy y..., bueno, creo que me quiere así.

—¿Siendo un criador de caballos? —inquirió ella.

—Siendo un hombre que ama y valora lo que tiene. Soy feliz simplemente al levantarme cada día y ver amanecer. ¿Tiene eso algo de malo?

—No respondo, Thomas. Tú sabrás qué es lo que deseas y qué quieres hacer con tu vida. Informaré a tu hermano de tu llamada y de la decisión que has tomado después de cinco años. Pero ya sabes que tendrás que presentarte aquí. No admitirán fax, fotocopias ni representaciones. Además de tener que volver a verle la cara a ese putón estirado...

—Lo sé, y no me preocupa. Hoy mismo iré a vuestra casa. Tengo un amigo que cuidará de mi rancho en mi ausencia.

—No quiero ser pesada, Thomas, pero sabes que si firmas esos papeles no quedarán en tu cuenta más de unos diez mil de los grandes, ¿verdad?

—Como te he dicho, para ser feliz sólo quiero...

—Ya..., ya... Sé lo que me has dicho. Bueno, entonces prepararemos esos malditos papeles. Oye...

—¿Qué?

—¿Me prometes que esta vez es una buena mujer? No quiero que vuelvas a pasar otros cinco años como éstos.

—Ella será la madre de mis hijos —dijo Tom con una enorme sonrisa que pudo contemplar en el espejo retrovisor.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Colgaron.

Tom apagó el teléfono y lo guardó en el mismo lugar de donde lo había sacado. Miró hacia el horizonte y sonrió. No tardaría más de dos días en regresar y mostrarle a Virginia aquello que pensaba comprarle. Arrancó el motor y, dando un volantazo, puso rumbo al rancho de Gerald mientras imaginaba la cara de sorpresa que pondría la joven cuando lo viese arrodillado ante ella pidiéndole matrimonio mientras le enseñaba el anillo que compraría con el dinero que le quedaría tras su ansiada liberación.

CAPÍTULO 21

YA NADA SERÁ IGUAL

Eran las cuatro de la tarde cuando Virginia bajaba despacio la escalera de la clínica. Había estado oyendo miles de excusas por las que Mathew y Miah le habían ocultado el fax, pero ninguna le servía. Nadie debía interferir en su vida ni en sus pensamientos. Ella era dueña de su destino y debía elegirlo tal como quisiera. Las piernas le pesaban más de lo habitual y su estómago no paraba de rugir. A pesar de haber cenado más de lo que acostumbraba, su cuerpo demandaba más. Sonrió de medio lado al entender la razón de su debilidad. Tom no la había dejado ni un momento tranquila. Habían correteado por la casa como dos adolescentes en plena ebullición hormonal. No había quedado ni un solo rincón en el que no se demostraran pasión o deseo. Intentó calmar la aceleración de su corazón y anduvo hacia el hostel de Kathy. Hoy, más que ningún otro día, deseaba comer y descansar. En el trayecto le pareció ver que la gente la observaba a través de las ventanas, ocultándose tras las finas y claras cortinas, aunque no le dio importancia. Seguro que, después de las voces que había dado a Henry y cómo lo había echado de la clínica, los habitantes de Old-Quarter tendrían otro concepto de la nueva enfermera. Soltó sin querer una enorme carcajada al recordar la cara de asombro que había puesto él cuando le había dicho que le iba a pegar una patada en su culo estirado. ¿Cómo se le había ocurrido decirle tal cosa? ¡A ella, que tres años antes le pedía permiso casi para poder hablar y respirar! La respuesta brotó sola: «Tom». Él era el causante de que volviera a ser la mujer que había sido antes de encontrar al manipulador de

Henry. Si él no le hubiese dado su protección y su confianza, ella no habría despertado de su letargo mental. «Mi ángel...», susurró antes de alargar la mano y dirigirla hacia la manija de la puerta del hostel. Cuando la abrió, un sinfín de olores la atraparon con tanta fuerza que estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Virginia? —preguntó Kathy al oír la puerta.

—Sí —respondió ella mareada.

—¿Qué...? —La señora Duffy apareció en la entrada de la cocina y, cuando vio a la muchacha tambalearse, corrió hacia ella—. ¿Estás bien? ¿Has comido?

—Ha sido un día muy intenso... —susurró al tiempo que se dejaba llevar hasta el comedor.

La anciana, con esfuerzo, la sentó y la dejó recostada en la silla.

—Necesitas alimentar ese cuerpo flacucho que tienes —dijo alejándose a paso ligero en dirección a la cocina.

Virginia sonrió al verla tan preocupada. Ni su propia madre habría hecho algo así. Se habría cruzado de brazos y, repitiéndole una y otra vez que una mujer jamás debe rendirse ante las adversidades que le ofrece la vida, la habría observado levantarse y caminar sola hasta el dormitorio.

—Esto es justo lo que necesitas... —Kathy colocó un plato hondo sobre la mesa y lo llenó de un guiso de carne con patatas y salsa.

—No tengo fuerzas ni para levantar la cuchara —murmuró Virginia alzando la mano y dirigiéndola hacia el utensilio.

—No me digas que voy a tener que darte de comer como si fueras una niña pequeña... —La anciana frunció el ceño y la miró de reojo.

—Era una pequeña broma... —sonrió ella.

Se incorporó y empezó a comer.

Cuando terminó, pidió un poco más. Esta vez lo acompañó con pan y un vaso de cerveza.

—Imagino que ya se habrá enterado de todo —dijo Virginia algo más animada.

—Ese hombre apareció aquí sobre las seis de la tarde. Te buscaba y no paraba de intentar convencerme, con cursilerías, de que le diera la llave para hospedarse en tu habitación.

La señora Duffy retiró el vaso de cerveza y colocó en su lugar uno de agua. Ya había sido testigo la noche en que la muchacha salió con Miah de que no

podía beber alcohol en gran cantidad.

—Y ¿se la dio? —preguntó ella asombrada y con la boca llena.

—¿El qué? ¿La llave? ¡Qué va! Ni aunque se hubiese desnudado delante de mí le habría dado a ese tipo lo que deseaba. Tiene la pinta de un cuervo, y seguro que es de los que se lanzan en picado cuando algo brilla en el suelo.

Virginia escupió lo que tenía en la boca al oír la divertida afirmación de Kathy. Ella le acercó una servilleta para que se limpiara y prosiguió:

—¿Cómo pudiste enamorarte de ese imbécil? No tiene nada atractivo para una mujer.

—Pues se acostaba con todas las enfermeras que encontraba —dijo la joven sin dejar de reír.

—Pobrecitas..., debían de estar muy desesperadas para meter en su cama a un bicho malo como ése. —Levantó el cazo con comida para ofrecerle un tercer plato a Virginia, pero ella lo rechazó.

—Cuando vi que Henry se fijaba en mí, me sorprendí. Como ya le he dicho, para las enfermeras del hospital en el que trabajaba era una especie de *sex-symbol*, y que de entre todas las que besaban el suelo que pisaba fuera yo la elegida me hizo sentirme especial.

—Seguro que si en aquel momento te hubieran puesto una vaca a tu lado la habrías mirado de la misma forma —comentó la anciana seria, indicando con sus palabras que su pasado estaba lleno de incertidumbres, pero que ahora, tras su paso por Old-Quarter, vería la vida de otra forma.

A Virginia le hizo tanta gracia la expresión que Kathy había utilizado para explicarle el antes y después de su llegada al pueblo que volvió a soltar otra carcajada. Aquella mujer era muy especial, y todos los habitantes de la zona tenían suerte de que ella hubiese decidido quedarse allí para siempre.

—Con el tiempo —prosiguió Virginia—, descubrí que era malo, frío, calculador, egoísta y, por supuesto, infiel. ¿Cuándo dejé de amarlo? Más bien debería de preguntarme si de verdad lo amé alguna vez. Porque ahora que he podido despertar de esa pesadilla, creo que nunca lo hice. No es lo mismo sentirse halagada al ser la elegida entre tanta mujer que notar cómo tu corazón palpita con una fuerza tan inmensa que parece querer salirse de tu cuerpo cuando tienes cerca a la persona que amas de verdad.

—Y ¿eso lo has descubierto aquí, en las cuatro calles que abarca el pueblo?

—Kathy entornó los ojos y los clavó en la muchacha, que se ruborizaba sin control.

—Sé lo que está pensando... —respondió ella poniendo la misma expresión que la anciana.

—Yo no pienso nada, cariño. Pero sí que veo cosas... —Se levantó y empezó a recoger los platos y los vasos vacíos.

—Y ¿qué es lo que ha visto? —preguntó Virginia ayudando a la mujer.

—¿No has notado nada extraño en el salón? —soltó entonces la anciana con retintín.

—¿Las cortinas? ¿Los cuadros? ¿Ha comprado algunas sillas? —preguntó la joven mientras miraba a su alrededor con detenimiento y desconcierto.

—No. Sigue preguntando —dijo Kathy con tono de intriga.

—Hoy no estoy para acertijos, y por mucho que mire no encontraré nada —comentó dando una vuelta sobre sí misma para descubrir qué le hacía tanta ilusión a su casera.

Ésta había ido a la cocina para dejar los platos y cogía ahora los que Virginia tenía en las manos.

—¿De verdad que no te das cuenta del cambio?

La anciana apoyó el culo en el piano y observó divertida a la muchacha.

—No. Es que todo...

Y entonces ¡lo descubrió! Observó con asombro que la tela que cubría el piano ya no estaba. Se llevó las manos a la boca para sofocar un grito de entusiasmo.

—¿Ha decidido aprender a tocar el piano? ¡No me lo puedo creer!

—¡Yo sí que no me puedo creer lo que oyen mis viejos oídos! —Kathy puso los ojos en blanco—. Anda, siéntate y toca ese viejo armatoste, que lleva esperándote desde ayer.

—¿Desde ayer? —Virginia arrugó la frente sin apartar la mirada de ella.

—Sí, desde ayer. Un muchacho estuvo echándole un vistazo y le arregló un par de cuerdas que estaban estropeadas por el paso del tiempo.

—¿Por qué ha querido arreglarlo?

Virginia levantó la tapa y pasó los dedos con suavidad por las teclas.

—No ha sido cosa mía. La idea de ponerlo otra vez en marcha ha sido de Thomas. Quería que lo tocaras —dijo la señora Duffy sin darle la importancia

que seguramente tendría para Virginia.

—¿Tom? —La joven alzó la mirada y mostró un brillo extraño en los ojos.

—Sí, él. ¿Quién, si no, sería tan testarudo como para conseguir que alguien apareciera un domingo y arreglara algo que lleva más de una década sin utilizarse? —Se sentó cerca de ella y la observó. La joven estaba a punto de llorar—. ¿No vas a tocarlo? Llevo toda la mañana esperándote para ver si de verdad funciona ese trasto —añadió con rapidez antes de que la joven se desmoralizara.

—¿Qué desea escuchar? ¿Alguna pieza en especial? —Virginia pisó los pedales, hizo unas pruebas y colocó la espalda recta.

—No recuerdo quién es el autor, pero sé que era algo de una luna...

—Beethoven, *Claro de luna* —se apresuró a responder ella.

—Empieza, a ver si es ésa...

La joven tragó saliva, colocó los dedos sobre las teclas y dejó que el recuerdo de su padre tocando la misma sonata la abrazara. En cada nota, lo veía de nuevo a través de aquella baranda y se sentía como la niña que era. Despacio, cerrando los ojos, dejó que la música siguiera transportándola con su ritmo. Se vio sentada sobre su regazo mientras le contaba su cuento preferido, jugando al escondite con él mientras su madre los perseguía reprochándole a su esposo que no debía educar a una niña como si fuera un varón. Pensó en los maravillosos domingos en los que se despertaba con la melodía que estaba tocando. Rememoró la muerte y el entierro del ser que más amaba. Las lágrimas brotaron, pero no paró. Quería escucharla de nuevo y sentir que ya no estaba sola, porque ya no lo estaba. El rostro de Tom sonriendo mientras la contemplaba desayunar, su actitud triunfal al conseguir lo que se proponía, su forma de acariciarla, de besarla, de conducirla hasta el orgasmo más increíble que había tenido. Sus susurros. El modo en que la llamaba «ángel»... Él era el presente y el futuro que deseaba. No quería nada más que permanecer a su lado y despertarse con aquella mirada oscura, lasciva, provocadora, insinuante... Continuó tocando el piano, y estaba terminando cuando recordó que lo había echado de la consulta. Le había dicho que no lo necesitaba y que ella sabía manejarse sola. Recordó su mirada de tristeza y cómo su pecho se achicaba al exhalar el aire de sus pulmones. Su corazón agitado..., su corazón roto. Le había roto el corazón. Se levantó sin dejar de llorar y sin acabar la canción y corrió hasta la calle. Fue en busca de su

coche, montó en él y puso rumbo hacia «Reborn». Tenía que decirle a Tom que lo amaba como nunca había amado a nadie y que si le había dicho que se marchara era porque debía zanjar su pasado para poder ser libre en el presente y en el futuro que deseaba vivir a su lado.

Cuando aparcó en el rancho, tocó varias veces el claxon esperando a que apareciera en cualquier parte. Una sombra oscura agitó una mano en el establo de la izquierda y *Chico* salió de allí corriendo hacia ella.

—¡Hola, pequeño! —exclamó la joven cuando el animal colocó las patas sobre ella—. ¿Cómo te has portado? ¿Has sido bueno? —El perro gruñía de placer ante las caricias de Virginia—. ¡Venga, vamos!

Y echó a andar hacia el lugar en el que se suponía que se encontraba Tom.

—¡Hola, Virginia! —Gerald salió a recibirla con entusiasmo.

—¿Qué tal? ¿Y *Rayo*? —Lo abrazó y le dio dos besos.

—Como un rayo. Tiene menos de veinticuatro horas de vida y ya cansa a los demás potros. Está todo el día trotando por el cercado.

—Te dije que haría honor a su bonito nombre —sonrió ella llena de orgullo.

Ahora sabía cómo se sentía Tom cuando hablaba de la fortaleza de los caballos. Virginia notó cómo su pecho se ensanchaba al oír que el pequeño alcanzaba las expectativas que se habían creado en torno a él.

—¿Venías buscando a Tom? —Virginia asintió—. No está. Se ha marchado antes del almuerzo.

—¿Sabes hacia dónde se dirigía? —preguntó ella intrigada y asustada.

—Ya sabes que Tom es parco en palabras... Lo único que me ha dicho es si podía cuidarle el rancho durante su ausencia.

—¿Crees que ha podido sucederle algo para que se haya marchado así, tan inesperadamente?

Rezó para que su actuación en la clínica no le hubiese indicado que no lo quería a su lado. Sí que lo quería, pero aquello tenía que hacerlo sola.

—No —repuso el muchacho negando con la cabeza—. Yo no me preocuparía, salvo..., ahora que lo pienso...

—¿Qué? —inquirió Virginia dando unos pasos hacia atrás.

Estaba otra vez a punto de desmayarse. Notaba cómo empezaban a nublársele los ojos y apenas tenía pulso.

—Es raro que lo haga cuando la cosecha está a punto de empezar... Creo que

llevaba una bolsa de viaje...

Gerald advirtió entonces que la joven comenzaba a ponerse pálida y que sus ojos se movían sin control. Se abalanzó sobre ella y la atrapó antes de que pudiera caerse de espaldas.

—Virginia, ¿qué te sucede?

—Estoy... estoy... algo mareada.

Gerald intentó colocar las flácidas manos sobre su cuello, pero éstas se escurrían. La mujer había perdido la fuerza.

—Voy a llevarte ahora mismo a la clínica. Mathew y Miah sabrán qué hacer.

La metió en el Smart y condujo sin dejar de apretar el pedal del acelerador. Si le sucedía algo a la mujer estando con él, Tom no tendría piedad y le arrancararía la cabellera con la navaja más grande que tuviera.

Mathew y Miah habían aprovechado que la clínica estaba vacía para amarse. Mantendrían su aventura amorosa en el más absoluto secreto hasta que ella decidiera dar otro paso. Acababan de vestirse y de arreglarse un poco cuando oyeron los pitidos de un coche en el aparcamiento de la clínica.

—¡Es el coche de Virginia! —exclamó asustada Miah mientras miraba a hurtadillas por la ventana.

—¡Salgamos a ver qué ha sucedido!

Mathew corrió al exterior y se quedó paralizado cuando observó a Gerald sosteniendo entre sus brazos a Virginia. Un extraño dolor en el abdomen lo azotó. Parecía que todo lo que había intentado hacer no había salido tal como esperaba. Quizá la joven no podía resistir vivir en un lugar como aquél y debía marcharse.

—Entra y déjala sobre esa camilla —dijo señalándola—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó al tiempo que intentaba buscarle el pulso. Era débil, muy débil.

—No lo sé. Ha venido buscando a Tom y de repente se ha desplomado —explicó Gerald con preocupación.

—Y ¿dónde está ese cabezota? —inquirió Miah enfadada.

—Se ha marchado a la ciudad. Me dijo que tenía que hacer algo importante y que cuidara del rancho durante su ausencia.

—¿Sabes cuándo tiene previsto regresar? —continuó Mathew.

—Ni idea. Ya sabéis cómo es Tom, actúa sin decir nada. Doctor, te lo suplico. Haz lo que sea con ella para que se reponga pronto. Si Thomas regresa y

descubre que le ha sucedido algo y que no he sido capaz de salvarla...

—No te preocupes, estará bien. Tan sólo es agotamiento. Hoy ha tenido un día muy duro —comentó Miah apoyando la mano en el hombro del chico.

—Lleva algo más de un día trabajando intensamente —murmuró Gerald en voz baja. Al ver que los dos lo observaban esperando una explicación, continuó —: Tom la trajo al rancho y asistió al parto de mi yegua *Doncella*. Gracias a su labor, *Rayo* nació sin tener que sacrificar a la madre.

—¿Virginia ayudó en el parto de una yegua? —Miah alzó las cejas y miró de reojo a su amiga.

—Y lo hizo magníficamente. Luego se marchó con Thomas y no he vuelto a verla hasta ahora.

—¿Quieres decir que pasó toda la noche con él? —susurró Mathew con una sonrisita—. Bueno, pues entonces sé qué tratamiento debo prescribirle a la señorita Wallace: que se alimente como es debido y descanse todo lo que pueda.

—¿Le ponemos suero en una vía? —Miah se acercó a la vitrina de cristal para coger un bote pequeño de suero.

—No. Mejor será que la llevemos al hospital de Kathy y que descanse en su cama. Mañana estará mucho mejor.

Gerald volvió a cogerla en brazos y la llevó al hospital. Una vez allí, la subió hasta la primera planta, donde se encontraba su habitación. Cuando Kathy la vio inconsciente y sostenida por el muchacho, se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar.

—No se preocupe, tan sólo debe descansar y comer —le dijo Miah abrazando con fuerza a la anciana—. Creo que Tom la ha consumido más de lo que debía —murmuró en el oído de la mujer.

—¡No seas boba! Tom no ha tenido nada que ver con eso. Virginia ha terminado por rendirse ante el sufrimiento. Lleva toda la vida librando esa batalla en su interior y hoy se ha dado cuenta de que no le ha servido de nada.

—¿Estamos hablando de la misma mujer? —preguntó Miah asombrada por lo que oía.

Ella creía que Virginia era una mujer fuerte y con un pasado forrado de algodones con los que amortiguar cualquier caída.

—¿Crees que eres la única que ha sufrido y sufrirá en el mundo? —La anciana amusgó sus ojos grises y los clavó en la descarada muchacha—. Cada

uno nace con una cruz y la lleva como puede. Ella debe hacer frente a lo que necesita para ser feliz y luchar por ello. ¿Qué te hace feliz a ti, Miah?

Ella no habló. Dirigió los ojos hacia Mathew, que ayudaba a Gerald a tender a Virginia sobre la cama, y tragó saliva.

«¿Qué me hace feliz a mí? —se preguntó sin dejar de mirarlo—. Lo que me hace feliz no puedo conseguirlo, y eso me produce más dolor.» Apartó los ojos de Mathew y los dirigió hacia Virginia. Estaba pálida y fría. Se tumbó junto a ella y estiró las sábanas.

—Marchaos, yo me quedaré con ella.

Gerald y la señora Duffy salieron primero. El doctor se quedó unos segundos buscando el pulso en la muñeca de Virginia y respiró al encontrarlo.

—¿Quieres que me quede contigo? Puedo sentarme en esa silla si lo deseas... —Señaló con la cabeza el butacón que había a su izquierda.

—No. Vete a descansar. Quiero quedarme yo.

—Está bien. —Él echó un rápido vistazo alrededor para comprobar que estaban solos y, tras confirmar que era así, se acercó y le dio un tierno y suave beso en la comisura de los labios—. Nos vemos mañana y, ya sabes, que coma todo lo que quiera.

—Tranquilo. Le haré comerse una res entera si la sigo viendo débil.

—Buenas noches, Miah —dijo él antes de cerrar la puerta de la habitación.

—Buenas noches, Mathew...—susurró acurrucándose contra el cuerpo de Virginia y abrazándola para proporcionarle todo el calor que le fuera posible.

* * *

La oscuridad cubría la habitación y Miah seguía con los ojos abiertos. No podía dormir pensando en lo que la señora Duffy le había preguntado: «¿Qué te hace feliz?». En aquellos momentos, estar al lado de Mathew la hacía sentirse viva. Sonreía como una adolescente cuando se cruzaban las miradas, y observaba el reloj intentando que el tiempo pasara con rapidez y, así, poder estar de nuevo entre sus brazos. Sin nadie a su alrededor, se rozaban, se murmuraban o tan sólo se quedaban mirando el uno al otro hasta que el deseo y la pasión los dirigía a cualquier lugar escondido para saciarse por completo. Sin embargo, ¿hacia dónde los conduciría eso? ¿Cuál sería su rumbo? Ninguno, porque ella

estaba segura de que, después de lo que había vivido con Luke, sería incapaz de amar a nadie. Notó que las lágrimas caían de sus ojos y le escocían en las mejillas. Levantó la mano derecha y se las enjugó con rabia. Se había jurado que no volvería a llorar por un hombre y había roto su promesa. Otra vez regresaba el dolor. Respiró con intensidad, miró las estrellas que brillaban a través del cristal y se prometió que al día siguiente daría por zanjada la aventura infantil que mantenía con Mathew. Una aventura que, en vez de provocarle una mera satisfacción carnal, se estaba convirtiendo en algo que no podía permitirse. Se giró, tocó a Virginia y, comprobando que, en efecto, lo único que necesitaba era descansar, la abrazó y se durmió.

* * *

Cuando Virginia abrió los ojos, todavía no había amanecido. Confusa y un poco aturdida, descubrió que había alguien más en la cama. Al principio, cuando observó un cabello claro, abrió los párpados y contuvo la respiración. Pero al moverse con cuidado supo que se trataba de Miah. Sonrió y la tapó con la sábana. Había estado a su lado durante todo el tiempo que... «¿Cuándo y quién me trajo hasta aquí?», se preguntó levantándose con mucho cuidado para no despertar a su amiga. Entonces todo surgió en su mente. El piano, el deseo de estar con Tom, conducir hasta su casa y encontrarse a Gerald... «Se ha ido... — se dijo mientras caminaba hacia el baño—. Pensó que lo estaba echando de mi vida y se ha marchado...» Se lavó la cara y se contempló en el espejo. Sus ojeras eran cada vez más intensas. Necesitaba esa paz de la que tanto hablaba Kathy. Echó un rápido vistazo a la habitación y descubrió que el fax descansaba sobre su maleta. Caminó despacio hacia él, lo leyó y frunció el ceño. No era un lugar en el que hubiera pensado vivir, pero estaba lo suficientemente lejos de Tom y de Henry. Inspiró, cogió la bolsa de viaje y, con mucho sigilo, bajó hasta la recepción, donde dejó un sobre con dinero en el mostrador antes de marcharse del hostel.

Kathy la vio, pero no dijo nada. No podía interponerse en la decisión de la joven. Si el destino los había unido una vez, tendría que hacerlo de nuevo. Apagó la vela de su candil y regresó a su dormitorio.

CAPÍTULO 22

UNA PUERTA CERRADA PARA ABRIR OTRA

Tom había conducido toda la tarde hasta llegar a la casa de su hermano. Tuvo que dar varias vueltas por los alrededores para poder aparcar la ranchera. Cuando apagó el motor, dejó escapar un pequeño gruñido al comprobar que el parque en el que siempre jugaban sus sobrinos había desaparecido. En su lugar se había construido un inmenso edificio con un centenar de pequeños balcones que se extendían por la gran fachada. Bajó del vehículo y levantó la vista al cielo. No pudo encontrar ni una sola estrella; las nubes grises de polución las cubrían. Se ajustó el sombrero y caminó hacia la entrada de la casa. Apoyó el dedo en el timbre y llamó. Tras el suave sonido de una campanada se oyó una algarabía de niños. Tom sonrió y pensó en cómo sería su vida con un montón de chiquillos a su alrededor. «Distinta...», meditó. Antes de poder quitarse el sombrero, la puerta se abrió y lo recibió Tana, quien extendió los brazos hacia él.

—Me alegro tanto de verte —dijo la mujer al estrecharlo—. Estás... cambiado. —Sonrió.

—Tú, por el contrario, sigues igual.

—¡Adulador! —Le dio una pequeña palmada en el pecho—. Vamos, pasa. Roger te espera —dijo, y cerró cuando su cuñado entró.

—¡Tío Thomas! —gritaron los pequeños lanzándose sobre él.

—Hola, granujas, ¿cómo estáis? —Los atrapó con fuerza y los levantó uno en cada brazo.

—Muy bien. ¿Sabes una cosa? —dijo el niño mayor.

—Dispara —contestó él sin dejar de sonreír.

—Papá nos ha prometido que pronto iremos a tu rancho.

—¿Eso os ha dicho? —Tom levantó la ceja derecha. El niño asintió—. Me encantará teneros allí. Tengo algunos caballos que me gustaría que montarais.

—Antes tendrán que aprender a montar sobre esos bichos —dijo la voz de Roger al final del pasillo.

—Hermano... —Tom dejó a los niños en el suelo y extendió la mano hacia él para saludarlo.

Roger se la apartó y lo abrazó con fuerza.

—Bienvenido... —le dijo con la voz ahogada por la emoción.

La mujer y los hijos de Roger se quedaron callados contemplando la escena. Habían pasado casi cinco años desde que Tom había dado el portazo y había salido huyendo de allí. Tana todavía tenía retenida en la memoria la imagen de los dos hermanos discutiendo por la situación que Thomas estaba pasando y por cómo su esposo quería solucionar el terrible dolor que le había causado Amanda. No obstante, y aunque muy a su pesar, aquella nueva mujer comenzaba a caerle bien porque, gracias a ella, los hermanos volvían a estar juntos.

—Pasemos a mi despacho —indicó Roger colocando una palma sobre la espalda de su hermano—. Creo que tenemos mucho de que hablar.

Ambos caminaron hacia el final del pasillo. Tana los contempló sin pestañear. Eran tan parecidos físicamente que podrían confundirse. Aunque su marido ya empezaba a tener el pelo bastante canoso, cosa que a Tom todavía no le había ocurrido.

—Entonces... —dijo Roger sentándose en el sillón y ofreciéndole a su hermano el asiento contiguo—, has decidido firmar.

—Quiero librarme de ella cuanto antes —contestó Tom con suavidad.

—Ya sabes cuál es mi opinión al respecto.

—Lo sé, y la respeto, pero tú también debes respetar la mía. —Se sentó y dejó en el suelo su sombrero.

—No me parece justo... —continuó Roger tras un leve silencio y una inspiración profunda—. Si, como te dije, hubieses puesto tus bienes a tu nombre...

—No quiero nada que me recuerde el pasado que viví con ella, hermano. Ahora soy un hombre muy diferente del que fui, y te aseguro que soy muy feliz

así.

—¿No te has planteado volver? El ejército necesita muchos hombres como tú —indicó al tiempo que alargaba la mano para coger un cigarrillo.

—Ese Thomas murió el día que... —Tom se interrumpió y, tras comprender que ya no le provocaba dolor continuar la frase, prosiguió—: El día que encontré a Amanda en mi casa con otro hombre.

—Esa mujer fue siempre así, pero nadie consiguió hacerte entrar en razón y tú decidiste casarte con ella. —Dio una larga calada a su cigarrillo.

—Bueno, han tenido que pasar cinco años para comprender que mi decisión inicial no fue la más acertada. Aunque mejor eso que dejar pasar toda una vida sin rectificar, ¿no crees? —Arqueó las cejas y se reclinó en la butaca.

—Tana me ha dicho que has encontrado a otra mujer. Esta vez... ¿has actuado con cautela? —Clavó la mirada en él.

—¿Quién habla ahora?, ¿mi hermano Roger o papá? —Sus labios se tensaron.

—Me preocupo por ti, tan sólo eso.

—He encontrado a una buena mujer. La quiero y deseo pasar el resto de mi vida con ella.

—Lo dices tan serio y con tanta firmeza que me resulta difícil no creerte. —Roger sonrió de medio lado.

—Virginia no es como Amanda, te lo aseguro... —susurró él apretando los dientes.

—Si tan seguro estás, ya sabes lo que hay que hacer. Sin embargo..., ¿estás dispuesto a perderlo todo por ella?

—No pierdo nada si Virginia decide vivir conmigo —finalizó Thomas sin titubeos.

* * *

La velada en familia fue bastante divertida. Los niños no cesaban de hacerle preguntas a Tom acerca de cómo era la vida en su rancho y qué hacía con los animales. Cuando les habló de cómo plantaba hortalizas y las cosechaba, los rostros infantiles mostraron un increíble asombro.

—¿De verdad creéis que las verduras nacen de una bandeja plastificada? —

preguntó sin dejar de carcajearse.

Era injusto que aquellos niños no pudieran disfrutar de la vida lejos de la contaminación y la masificación de la ciudad. Seguro que, tras un día en el campo, volverían a casa cubiertos de mugre y comiéndose las piedras.

—Ya les he explicado miles de veces de dónde procede la fruta y la verdura —dijo Tana con pesar—, pero son tan cabezotas como vosotros dos —añadió señalando con el tenedor a Tom y a Roger.

—Cuando vuestro padre decida hacerme una visita, os enseñaré todo lo que os he contado.

—¿Puedo hacerte una pregunta, tío Thomas? —dijo el niño mayor, que se parecía físicamente a la madre.

—Dispara.

—¿Por qué llamaste a tu rancho «Reborn»? Parece el título de una de esas novelas que mamá lee cada vez que descansa. —Tras las palabras del niño, Tana soltó un pequeño bufido y puso los ojos en blanco.

Tom se quedó pensativo. ¿Qué le decía al chiquillo? Porque contarle la verdad no le parecía oportuno. ¿Qué cara pondría Tana si la explicación que le daba a su hijo era que la finca se llamaba «Reborn» porque tiempo atrás había tenido un encuentro sexual con Virginia en el almacén de un bar y, gracias a los gemidos que ella profería cuando la penetraba, él pudo empezar a pensar con cierta claridad? ¿Cómo podía decirle que aquella pasión lo hizo renacer? Seguro que le pegaría una patada por debajo de la mesa y le prohibiría entrar en su casa otros cinco años más. Así pues, miró al niño y, con una suave mueca de felicidad, le dijo:

—Lo llamé «Reborn» porque, cuando aparecí en el pueblo, descubrí que mi vida no había sido tal hasta que pude disfrutar de una puesta de sol tan bonita como las que veo desde el porche de mi rancho.

—Precioso... —susurró Tana mirándolo a los ojos y entendiendo que la historia tenía un trasfondo que su cuñado no deseaba contar.

—Bueno, me voy a dormir. Espero con ansia el día de mañana —dijo entonces Tom levantándose de la mesa y cogiendo el sombrero que había depositado en la mesita de la entrada.

—Tu dormitorio está preparado —señaló Tana al advertir que su intención era marcharse de la casa.

—No quiero molestar...

—¿Tú? ¡No digas tonterías, jovencito! —Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No la hagas enfadar... —dijo el pequeño agarrándole la pierna—, que se convierte en un toro...

—¿Qué has dicho? —Tana clavó la mirada en su hijo y entornó los ojos.

—Eso es lo que dice papá... —indicó el chiquillo señalándolo con el dedo.

Tom volvió a reír al contemplar la divertida situación. Parecía que había viajado al pasado, cuando su madre lo regañaba por algún motivo y su padre se colocaba tras las espaldas de ella haciéndole burla. Eran la pareja ideal. Nunca habían dejado de quererse, y estaba seguro de que, cuando ellos se retiraban a los dormitorios, sus padres se amaban con la misma pasión y la misma intensidad con que él adoraba a Virginia.

—Entonces... no hagamos que se enfade, ¿verdad? —dijo guiñándole un ojo.

—Tienes toallas limpias sobre la cama. Si necesitas algo más... —señaló Tana sin dejar de observar cómo su cuñado subía relajado la escalera.

Era muy distinto del Tom de hacía cinco años. El actual andaba erguido, seguro de sí mismo, firme, y tenía un brillo especial en la mirada. El hombre del pasado, el que había dado un portazo antes de abandonar aquella casa, tenía los ojos ensombrecidos por la tristeza, caminaba encorvado y le temblaban las piernas a cada paso que daba. Realmente, Thomas era feliz con la vida que había decidido tener.

—Tranquila, estaré bien —respondió él levantando la mano derecha y dirigiéndose hacia su habitación.

Los niños imitaron a su tío y, en menos de un cuarto de hora, Tana y Roger ya estaban solos en la cocina.

—¿Crees que mañana, cuando la vuelva a ver, seguirá estando tan feliz? —preguntó ella acercándose a su marido para que éste la abrazara.

—Juraría que sí. Este Thomas no es el que recordamos. Ha cambiado.

—Quizá esta vez sí ha elegido bien... —Alzó la barbilla hacia su esposo y dejó que los labios de él se posaran en los suyos.

—Un Sanders termina encontrando a su mujer ideal... —murmuró Roger al tiempo que le agarraba con fuerza las nalgas por encima del vestido y acercaba

las caderas a las de ella para que entendiese el deseo que sentía en aquellos momentos.

—¿Aunque resulte que la mujer es un toro?

—Eso fue lo que me hizo enamorarme de ti, cariño. —Ella arqueó las cejas ante su extraña confesión—. ¿No te acuerdas de cómo mugiste la primera vez que entré en tu cuerpo?

—¡Idiota! —Le dio un pequeño empujón en el pecho tras ruborizarse.

—Lo sé, soy un idiota enamorado de su esposa...

CAPÍTULO 23

UN PASADO CON ROSTRO DE MUÑECA

Como siempre, Tom abrió los ojos antes de que el sol iluminara el cielo. Aunque en aquel lugar no sabía con certeza si se podía ver en el este o no. Las oscuras nubes que había observado la noche pasada seguían cubriendo el cielo, y le resultaba muy difícil observar algo a través de ellas. Suspiró al comprender cómo algunas personas eran incapaces de valorar su entorno. «No empieces con las paranoias mentales, que tú eras uno de ellos... —se dijo al tiempo que caminaba semidesnudo hacia la ventana de la habitación—. Pero ya no...» En ese instante sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó echando un rápido vistazo a su alrededor.

—Soy Roger. Quería decirte... —Abrió la puerta y encontró a su hermano en calzoncillos—. ¿Quién eres tú y por qué te has comido a mi hermano? —añadió burlón.

—Buenos días... —respondió Tom caminando hacia la bolsa de viaje que había dejado sobre la silla y abriendo la cremallera para sacar la ropa que todavía permanecía en el interior.

Sacó una camiseta blanca, una camisa de cuadros oscura y unos vaqueros negros. Era la ropa que había preparado para presentarse frente a Amanda y firmar su libertad.

—Tana está preocupada... —Tom echó una rápida ojeada a su hermano y levantó la ceja derecha—. Cree que si vuelven a hacerte daño no serás capaz de superarlo.

—No me van a hacer daño: Virginia es la mujer de mi vida —contestó él de nuevo en un tono suave y seguro.

—¿Y si no lo es? —inquirió Roger levantando las cejas.

—No tengo duda. Lo es... —dijo él con rotundidad mientras empezaba ya a vestirse.

—Aun así, quiero que sepas que tu familia te apoyará siempre, ¿entendido?

Ambos hombres se miraron y la conversación cesó. Era una cosa familiar. Se miraban durante unos segundos y, si no pestañeaban, el asunto se daba por finalizado. Ya no se discutía más.

Tom jamás había presenciado un desayuno tan ajetreado. Tana no daba abasto colocando sobre la mesa platos repletos de comida que desaparecían con rapidez. Aquellos dos angelitos eran unos monstruos voraces que, entre cucharadas, no cesaban de preguntarle a su tío acerca de la vida diaria en el rancho. Tom les habló del nacimiento de *Rayo*, obviando la parte en la que pensó matar a *Doncella*, claro está, y cómo iba con su tractor de un lugar a otro. Les narró algunas aventuras con *Chico* y lo divertido que era dormir en el campo contemplando el brillo de las estrellas. Se sentía orgulloso de su vida. Aquel pequeño pueblo se la había cambiado por completo, y ahora tan sólo esperaba dar por zanjado su pasado para vivir junto a la mujer de la que estaba enamorado. De pronto se oyó el claxon de un vehículo, era el autobús escolar. Los niños, a regañadientes porque no querían dejar de hablar con Tom, se marcharon con sus mochilas llenas de libros a cuestras. Entonces, justo en ese momento, la paz reinó el hogar. Tana se llenó una gran taza de café y, tras respirar con profundidad, se sentó a bebérsela.

—¿Todas las mañanas son así? —Tom arqueó sus oscuras cejas y se reclinó en la silla.

—Sí. Todas las mañanas son así... —repitió la mujer alargando cada sílaba.

—Se harán fuertes y crecerán sanos.

—Eso espero... —Tomó otro sorbo de la bebida—. Antes de marcharte, ¿no vas a visitar tu antiguo hogar?

Tom se revolvió con suavidad en la silla. Como siempre, Tana no se andaba con rodeos. La pregunta le provocó una ligera incertidumbre, pero ¿para qué iba a querer ver algo que ya no era suyo y lo que había malgastado tantos años de su vida?

—No —respondió con rotundidad.

—Si es tu decisión... —Tana se levantó y dejó la taza en el fregadero.

De repente oyeron los pasos de Roger, que se acercaba.

—Buenos días —saludó mientras caminaba hacia su esposa y le daba un tierno beso en la mejilla—. ¿Se han marchado ya?

—Hace un momento.

—Bien, entonces... —Miró a su hermano, quien asintió con fuerza—. ¿Nos vamos?

—Espero que todo salga bien. —Tana se dirigió hacia su cuñado y, después de un gran abrazo, le dio un beso en la mejilla.

Tom inspiró con fuerza. Ya le quedaba poco para su liberación y, después de ello, volvería a su casa. Tan sólo había pasado unas horas sin Virginia y ya la necesitaba más que el aire para respirar.

De camino hacia el juzgado, permaneció bastante pensativo. No paraba de cavilar sobre su futuro con Virginia y si éste se parecería en algo al de Roger, a quien había envidiado desde que Tana había aparecido en su vida y lo había llenado de amor y felicidad.

—¿Preparado? —La voz de su hermano lo despertó de sus pensamientos.

—Más que nunca —contestó con firmeza.

Abrió la puerta del coche y levantó la vista hacia la interminable escalera del edificio. Entonces, un gruñido salió de su garganta. Allí arriba, en la entrada, una alta figura femenina los observaba con cautela. Amanda no había perdido aquella mirada fría que le había mostrado tantas veces en el pasado. Seguro de sí mismo y sin albergar ningún tipo de emoción hacia la mujer de la que se libraría, Thomas subió los peldaños despacio. Al pasar por su lado, le echó un rápido vistazo. Apenas la reconoció. Había cambiado, y no se trataba de que hubiese envejecido, sino todo lo contrario: parecía más joven.

—Buenos días, Thomas —dijo ella—. Me alegro de que al final hayas entrado en razón. —Mostró una sonrisa triunfal. Como Tom no contestó a su saludo, caminó tras él sin apartar las pupilas del hombre—. Has cambiado mucho... —comentó con sensualidad.

—Hola, Amanda —dijo Roger al observar la hostilidad de su hermano.

—¡Roger! ¿Qué tal estás? ¿Y Tana? —La mujer se dirigió hacia él y extendió la mano, que Roger estrechó por educación.

—Muy bien. ¿Dónde está tu abogado? —Arqueó las cejas.

—Dentro, en la sala quince. Os está esperando.

Tom oía el ronroneo de la conversación que mantenían Roger y Amanda, pero no prestaba atención. Lo único que deseaba era firmar y salir de allí cuanto antes para comprar el anillo que lo uniría para siempre con la mujer que amaba. Se colocó frente a la puerta de la sala y la abrió para acceder al interior.

—¿Ya no eres un caballero? —soltó Amanda acercándose a él para que la dejara pasar primero.

—Yo no veo ninguna dama... —escupió Tom antes de dar el primer paso.

Ella se quedó parada y continuó la marcha cuando Thomas entró. Estaba muy cambiado. Su rostro era duro, feroz, y su cuerpo más ancho de lo que recordaba. Lo observó caminar y sonrió de medio lado. Estaba segura de que aquella arrogancia era sólo una pose. Sin dejar de pensar en la recompensa que obtendría tras la firma de los papeles, se colocó al lado de su abogado y éste la recibió con un tierno beso en la mejilla. Tom los vio y sonrió de medio lado. Ya tenía otra víctima a la que arrancarle el corazón.

El juez habló durante un buen rato, aclarando las condiciones del caso y la resolución amistosa a la que se había llegado. Preguntó si ambas partes estaban de acuerdo y, cuando ellos asintieron, les ordenó que se acercaran para firmar el acuerdo. Tom fue el primero en hacerlo. Echó una última ojeada a la mujer y de pronto entendió cuál era la diferencia que había notado en ella en la entrada, tras observarla después de tantos años: se había operado los pómulos. Ya no lucía aquel rostro redondo, sino uno muy parecido al de una muñeca. «Una muñeca fría y sin emoción», pensó.

—¿Estás bien? —le preguntó Roger colocando una palma sobre su hombro.

—Mejor que bien —sonrió Tom satisfecho—. Ahora tengo que hacer una cosa y debes ayudarme.

—¿Qué es?

Los dos hombres se alejaron de allí sin mirar a Amanda, que abrazaba con entusiasmo a su abogado.

—Tengo que comprar un anillo...

* * *

Thomas condujo sin levantar el pie del acelerador hasta que vio el cartel de Old-Quarter. La caja con el anillo estaba en el asiento del pasajero. De vez en cuando la miraba y ponía esa sonrisa tonta que le era imposible de borrar. Quince minutos después, aparcó frente a la puerta del hostel de Kathy. Alargó la mano para coger la pequeña cajita y se la metió en el bolsillo. Salió y dio un ligero portazo. Erguido, feliz, caminando despacio a pesar de querer correr, llegó hasta la entrada, llamó al timbre y esperó a ser recibido.

—¿Thomas? —inquirió la anciana con cara de sorpresa.

—Buenas tardes, señora Duffy. —Se quitó el sombrero—. Vengo buscando a Virginia —sonrió, pero su sonrisa desapareció al contemplar con más atención el rostro de la mujer.

—Se ha ido... —dijo sin apenas voz.

—¿Cuándo? ¿Hacia dónde? —gruñó Tom.

—Al despertarme ya no estaba. —La anciana extendió la mano hacia él para agarrarlo, pero no consiguió alcanzarlo.

Tom giró sobre sus talones, se puso el sombrero y regresó a su camioneta. Arrancó el motor y se alejó de allí.

«Señor, no dejes que estas dos almas se pierdan la una a la otra. Haz que se unan de nuevo», rezó la anciana antes de cerrar la puerta y observar cómo la camioneta del hombre salía del pueblo.

CAPÍTULO 24

DIME LO QUE QUIERO OÍR

Virginia miraba una y otra vez los papeles que tenía sobre su mesa. Pensaba que si los observaba el tiempo suficiente el resultado cambiaría. Alargó la mano hacia el teléfono que tenía a su derecha y marcó un código del hospital.

—Analítica —le respondió una voz femenina.

—Buenos días, soy la enfermera Wallace.

—Dime —continuó la voz.

En ese momento, Virginia se acordó de cómo la trataban en el pueblo y cómo siempre había un «buenos días» y un «hasta luego» cada vez que se cruzaba con alguien. Incluso Miah charlaba durante horas por teléfono con algún paciente cuando éste sólo llamaba para pedir una cita con Mathew. La ciudad era fría, demasiado fría para ella. Arrugó la frente al recordar los bonitos amaneceres que habían despertado sus mañanas y añoró hasta el canto del gallo que habitaba en el pueblo.

—¿Sigues ahí? —inquirió la voz al no oír nada a través del aparato.

—Sí, sí, perdona. Necesito que me confirmes un resultado.

—¿Confirmar? —preguntó con extrañeza.

Virginia miraba la pantalla del ordenador. Tenía abierto el programa del hospital y lo cerró. Abrió una nueva ventana con un buscador, escribió el nombre de Thomas Sanders y pulsó la tecla «intro».

—¿Los resultados del expediente 7804 son correctos? —Fue leyendo una a una las distintas informaciones que había sobre su búsqueda.

—Si me das cinco minutos, te lo confirmo.

—Bien, espero tu llamada.

Colgaron.

De repente, en la parte de abajo de la pantalla Virginia encontró algo que le oprimió el corazón. Había una breve noticia sobre la condecoración con la última medalla al honor otorgada por las Fuerzas Armadas estadounidenses. Hizo clic y apareció una pequeña foto de Tom vestido de uniforme.

El cabo Thomas Sanders ha recibido, de manos de nuestro presidente, máximo representante de nuestro país, y en nombre del Congreso de Estados Unidos, la medalla al honor por su valentía con riesgo de la propia vida, más allá de la llamada del deber, estando en combate. Gracias a su intrepidez, el cabo salvó la vida de una veintena de nuestros soldados, que realizaban unas maniobras de observación, y de un centenar de civiles...

Las lágrimas de Virginia manaron entorpeciéndole la lectura del artículo. Suspiró, apoyó la frente sobre la mesa y cerró los ojos. El rostro de Thomas apareció en la oscuridad. «Tom... —susurró—. ¿Cómo puedo borrarte de mi mente? ¿Cómo puedo eliminarte de mi vida?» El teléfono sonó y, sin levantar la vista, extendió la mano.

—Enfermera Wallace —respondió entre sollozos.

—¿Me habías preguntado por el resultado de los análisis del expediente 7804?

—Sí —dijo casi sin voz.

—Pues son correctos. No hay duda: la paciente está embarazada.

Levantó la cabeza y sus ojos se abrieron como platos. «¡Estoy embarazada! —gritó en su mente—. ¡Llevo en mi interior un hijo de Tom!»

—¿Sigues ahí? —preguntó la mujer que la había llamado.

—Sí. Entonces... ¿no hay error?

Llevó despacio la mano izquierda hacia su vientre.

—No.

—Muchas gracias.

—De nada.

Colgaron.

Virginia echó un vistazo al ordenador y comprobó que la foto de Tom seguía allí, mirándola, indicándole que siempre estaba a su lado. Lo apagó, se levantó, colgó la bata blanca en el perchero que tenía detrás de la puerta y se marchó.

A pesar de su estado, condujo hasta el rancho de Tom. Durante el trayecto tuvo que parar varias veces para vomitar y para tomar algo. Su cuerpo era una constante marea de sensaciones. Además, no dejaba de hacer suposiciones acerca de la actitud que él adoptaría ante su llegada y cómo afrontaría la noticia de que iba a ser padre después de que ella lo hubiera plantado sin dejarle siquiera una nota de despedida. «¿Quién es capaz de abrir los brazos a una mujer que lo abandona?», se preguntaba una y otra vez. En más de una ocasión, esa incertidumbre la hizo dudar y deseó dar media vuelta, pero entonces comenzaba a llorar con fuerza y se decía que no podía vivir sin él. Recordó las palabras de Tom cuando le contaba que ella había sido su ángel y que lo había salvado de la desastrosa vida que había tenido antes de conocerla. «¿Crees que un simple “te quiero” eliminará el dolor que le has causado?», se decía sin dejar que el llanto acabase. Pero era cierto, lo amaba y estaba enamorada de él. Su huida había sido una mera evasiva para no oír de su boca que él no la quería. Su mente no le hizo recordar ni un solo instante en el que él le diera a entender que entre ambos había algo más que química o pasión. Sí, la tocaba, la besaba, la protegía y se preocupaba por ella, sin embargo..., ¿podía llamar a eso «amor»? «Si te quisiera..., ¿no habría ido a buscarte? Mathew y Miah sabían dónde estabas y Tom podría habérselo preguntado. —Entonces ella misma se respondía—: Tampoco le expliqué que, cuando estábamos juntos y le susurraba que lo necesitaba o lo quería era, en realidad, que lo quería para siempre a mi lado...» Puso el intermitente de la izquierda y observó a lo lejos el hogar de Thomas. Los caballos seguían correteando por el cercado, pero no estaba su camioneta. Frunció el ceño y aparcó frente a la casa. Abrió la puerta y la recibió *Chico* con sus típicos saltos y ladridos. Tras saludarlo, Virginia caminó hacia la entrada. El perro dirigió la mirada hacia el lado derecho del porche y movió la cola justo cuando ella extendía la mano para abrir la puerta. Volvió sus ojos hacia el lugar donde el animal le indicaba y tuvo que apoyar la palma en la dura hoja de madera para sostenerse cuando vio aparecer a Thomas.

—Tom... —susurró.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él entre asombrado y enfadado.

—Quería..., necesitaba...

—¿Qué, Virginia? ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres? ¡Dime! —dijo sin moverse.

—Te necesito a ti y... —Su cuerpo empezó a perder las fuerzas. Alargó la mano para aferrarse a la barandilla.

—¿Y? —Seguía intentando mostrar que no deseaba correr hacia ella, estrecharla entre sus brazos y colmarla de besos y caricias. Necesitaba recuperar el tiempo que había transcurrido desde que ella había decidido alejarse de él.

—Y te quiero... —susurró la joven sin apenas voz.

Tom observó cómo se desplomaba. Saltó hacia ella y la aferró entre sus brazos.

—Virginia..., ¿qué te sucede? —La levantó y, dando una patada a la puerta, la llevó a su dormitorio—. Nena, dime, ¿qué te ocurre? —Su voz ya no era firme ni segura. Temblaba en cada palabra.

—Yo... —intentó decir ella antes de que pudiera recostarla en la cama.

—Virginia, ángel mío, ¿qué te sucede? —Le acarició el pelo con mucha ternura.

Ella sonrió con suavidad, cogió la mano que la tocaba y la llevó hasta su vientre.

—Tom... —Lo miró fijamente para contemplar cómo se tomaría la noticia.

—¿Estás...? —Unas lágrimas comenzaron a recorrer el duro rostro del hombre y su garganta se cerró con rapidez—. ¿Por eso te fuiste? —Ella negó—. ¿Entonces? —Acercó su boca hacia el lugar donde tenía la mano y lo besó.

—No sé si sientes lo mismo que yo... —La muchacha posó las dos manos sobre la cabeza de él y le acarició el pelo.

—Virginia... —Alzó su cuerpo y ahora fue él quien le agarró la mano y la condujo hasta su corazón—. ¿Lo notas? ¿Notas cómo palpita? —Ella asintió—. Pues llevaba sin sentirlo desde el día que regresé y pensé que te había perdido para siempre.

Virginia se incorporó, lo abrazó y continuó llorando.

—Te quiero tanto que me duele... —susurró Tom con voz ronca—. ¿Cómo podría no amar a mi ángel?

La retiró con suavidad, colocó sus grandes palmas en su rostro pálido, le enjugó las lágrimas con los pulgares y la besó.

EPÍLOGO

El sol brillaba con fuerza aquella tarde. Parecía que otra ola de calor acompañaría la ceremonia. Tom sudaba sin poder evitarlo, aunque no sabía muy bien si era por el calor o por su estado de nerviosismo. Alzó la mirada y la observó parada al final del pasillo de flores que los habitantes de Old-Quarter habían construido. Desde que se enteraron que iban a casarse, no habían dejado ni un solo día de merodear por los alrededores para preparar el lugar. Dylan había fabricado un enorme altar de hierro forjado que Miah embelleció con lazos blancos y ramilletes de flores. La señora Duffy se encargó del banquete, junto con Samantha, la dueña del supermercado. Monthly preparó grandes barriles de cerveza y, así, uno tras otro fueron aportando lo que podían para celebrar el enlace más importante del pueblo. De repente, se oyó una melodía. Thomas miró de reojo al párroco y luego dirigió la mirada hacia el fondo. Virginia, vestida de blanco, empezaba a caminar hacia él de la mano de Mathew. Sonreía sin parar y el ramo de flores ocultaba su abultado vientre.

—Será una chica... —le susurró Gerald situado a su lado.

—Sabes que puedo arrancarte la cabellera, ¿verdad? —Amusgó los ojos y mostró un semblante serio.

—No me das miedo, Thomas Sanders —respondió el indio con una sonrisa.

Virginia se aproximó y le tendió la mano. Tom se apresuró a cogérsela y la acercó para darle un beso en la mejilla.

—Estás preciosa... —murmuró.

—Ya..., con una enorme barriga y unas botas de cowboy que me han obligado a llevar.

—Es la tradición... —cuchicheó Tom divertido.

Se colocaron frente al párroco y éste comenzó su discurso:

—Hoy estamos felices de poder unir en matrimonio...

Los invitados, el pueblo entero, empezaron a aplaudir y a silbar cuando se ofrecieron los anillos. Tom mantenía una sonrisa en el rostro que le resultaba muy difícil ocultar.

—Puedes besar a tu esposa —dijo para finalizar el sacerdote.

—Lo estaba esperando... —contestó él, y acercó a su mujer con rapidez para ofrecerle un beso que la dejó sin respiración.

—¡Muéstrale cómo se comporta un verdadero cowboy! —gritó eufórico Dylan.

—¿No crees que con esa barriga lo ha demostrado ya? —replicó Kathy pegándole un codazo.

—Tiene toda la razón —se carcajeó el mecánico.

Tras el último silbido, todos lanzaron el sombrero al aire y continuaron dando aullidos de alegría.

—¡A divertirse! —exclamó Tom desde el altar sin soltar a su ya esposa.

Tal como había indicado el novio, todo el mundo fue a divertirse. La entrada de la casa se había llenado de mesas repletas de adornos florales y de comida. Más de veinte sillas rodeaban cada uno de los rectangulares tableros. La gente hablaba, reía y bebía hasta no poder más.

Entre la multitud destacaba un hombre con su elegante traje azul marino y su melena dorada. Mathew saludaba a todos los invitados como el padrino que era mientras mostraba su encantadora sonrisa. En algunas mesas se quedaba más tiempo para charlar, y en otras no tanto. Miah lo observaba guardando las distancias. Desde la noche que ella había pasado con Virginia en el hostel de Kathy no habían vuelto a estar juntos. La muchacha se había levantado con la firme decisión de no permanecer ni un día más entre sus brazos y había mantenido su promesa. Aunque no podía evitar pensar en él todas las noches. Recordaba sus besos, sus dedos recorriendo cada centímetro de su piel... Le resultaba agónico pasar tanto tiempo a su lado y no poder saltar como una tigresa sobre su fibroso cuerpo para devorarlo por completo. Pero tenía que ser fiel a sí misma. Su impetuosidad la había conducido en el pasado hacia una espiral de destrucción. Si no hubiera sido por Tom, tal vez ahora no estaría respirando. Resopló con fuerza al clavar las pupilas en el hombre y observar cómo las

jovencitas no cesaban de coquetear con él. Ahora, tras la boda de uno de los solteros más codiciados de Old-Quarter, tan sólo quedaban el doctor y Gerald, aunque nadie se fijaba en el muchacho por ser mestizo. Miah volvió la cabeza con rapidez para no seguir presenciando el flirteo de una joven con Mathew y frunció el ceño sin darse cuenta.

—¿Te sucede algo? —le susurró Kathy al ver que arrugaba la frente con tanta fuerza que en ésta se veían unos pliegues tan grandes como montañas.

—No —se apresuró a responder ella—. ¿Tengo cara de que pueda sucederme algo? —Arqueó las cejas.

—Tienes cara de tener un puercoespín debajo del culo.

—Pues no me ocurre nada. —Cruzó los brazos y refunfuñó como una niña enojada.

—Mira, parece que al final va a ser verdad —la chinchó la anciana.

—¿El qué va a ser verdad? —preguntó Miah mirando a su alrededor.

—Que de una boda sale otra. —Le señaló con el dedo una mesa en la que Mathew le sonreía a una chica y ésta colocaba su mano sobre el hombro de él.

Miah se levantó con rapidez de su asiento y, bufando como un toro, se alejó andando hacia el establo que estaba más cerca. Después de saltar sobre el suelo, dar patadas en el aire y gritar con la boca cerrada, se apoyó en la pared de madera e intentó buscar algo que la calmara. No lo halló hasta que pasaron algo más de diez minutos, momento en el que se rindió y rompió a llorar. Limpiándose las lágrimas, inspiró con fuerza y contó hasta treinta para volver a salir de allí con una sonrisa de aparente felicidad.

—¿Miah? —preguntó Mathew en la puerta del establo. Por la agitación de su tono, parecía que había llegado haciendo un esprín.

—¿Qué haces aquí? —La joven abrió unos ojos como platos y se llevó la mano al corazón.

—¿Estás bien? ¿Te sucede algo? —Él levantó sus rubias cejas y la observó de arriba abajo.

Su expresión de inquietud llenó de alegría a Miah. Nadie se había preocupado por ella desde hacía mucho tiempo y saber que se sentía cuando alguien se interesaba por ti le resultó tan maravilloso que el delgado muro de cemento que había construido para proteger su corazón se hizo añicos.

—Sí, ¿por? —dijo con una voz tan suave que apenas se oyó ella misma.

—Me ha dicho Kathy que estabas mareada y he venido a ver qué te sucedía.

Mathew tenía el cabello alborotado por la carrera. Su corbata se había escapado del chaleco y tenía las manos apoyadas en las jambas de la puerta.

Miah volvió la cabeza y vio a lo lejos a la señora Duffy, que los observaba y sonreía de satisfacción. Devolvió la vista a Mathew, que la contemplaba con aquel rostro de inquietud, y no lo pensó. Agarró con fuerza su corbata azul, lo acercó a su boca y lo besó con tanta fuerza que parecía querer marcarlo como suyo.

—Miah... —susurró él sin voz.

—Chist... —Lo hizo callar y lo llevó hacia el lugar donde Tom guardaba las balas de paja.

Ambos creyeron que aquel encuentro amoroso iba a ser íntimo, pero no fue así. Un muchacho tenía los ojos inyectados en sangre mientras observaba cómo el doctor besaba y acariciaba a Miah. Bruce apretó los puños, giró sobre sus talones y se juró que acabaría con aquel que le había arrebatado a la mujer que amaba.

BIOGRAFÍA



Nacida en Lasarte, un pueblecito de San Sebastián, en 1977, soy hija adoptiva de Guadahortuna, donde viví hasta los diecinueve años. Decepcionada por elegir una carrera universitaria que no me ofrecía el futuro que esperaba, comencé a trabajar como cajera en hipermercados. Las labores de esposa y madre me apartaron de mi afición por la escritura, pero en el 2013 decidí regresar. Tras publicar mi primera novela, descubrí qué quería hacer con mi vida y a qué deseaba dedicarme. *Engañada*, *Enamorado de ella*, *Crónica de un deseo*, *La soledad del duque*, *La sorpresa del marqués* y *La tristeza del barón* son las novelas que he publicado hasta septiembre del 2017. Pero hay más, muchas más que verán la luz en los próximos años.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en <https://www.facebook.com/dama.escritoranovel> y en Twitter [@EscritDamaBeltr](https://twitter.com/EscritDamaBeltr)

NOTAS

[1] *I Need You*, Curb Records Inc., interpretada por Tim McGraw y Faith Hill. (*N. de la e.*)

[2] *A Little Bit Stronger*, Sony Music Entertainment, interpretada por Sara Evans. (N. de la e.)

[3] *Coming Home*, Sony Music Entertainment, interpretada por Gwyneth Paltrow. (N. de la e.)

[4] *Who Are You When I'm Not Looking*, Warner Bros., interpretada por Blake Shelton. (N. de la e.)

[5] *Remind Me*, Sony Music Entertainment, interpretada por Brad Paisley y Carrie Underwood. (N. de la e.)

[6] *Then*, Sony Music Entertainment, interpretada por Brad Paisley. (*N. de la e.*)

My Angel
Dama Beltrán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Olivier Le Queinec / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Dama Beltrán, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17408-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre

www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

